





# **DEL OCASO AL AMANECEER**

**NOVELA**

Adolfo Miranda Sáenz

**El argumento, los personajes y demás contenido de esta novela son absolutamente ficticios; producto de la imaginación del autor. No tienen ninguna relación con la realidad ni fueron inspirados en ningún personaje, situación o suceso de la vida real. Cualquier parecido con la realidad sería mera coincidencia.**

Adolfo Miranda Sáenz  
Del Ocaso al Amanecer  
Managua, Nicaragua

*A mi esposa.  
A mis hijos y  
sus cónyuges.  
A mis nietos.*

# 1

Don Ricardo Mendoza había atravesado muchas líneas cruciales a lo largo de su vida. Fueron decisiones tomadas tras profundas meditaciones sopesando las ventajas y desventajas, calculando los riesgos y beneficios. Así atravesó, entre tantas otras, la línea entre la soltería y el matrimonio y entre ejercer su carrera como médico o fundar una empresa de tecnología médica. Por experiencia sabía perfectamente que tendría que atravesar unas cuantas líneas más. Lo que no sabía aquella calurosa tarde de verano al salir de su oficina en el centro de una de las capitales de América Latina, era que pronto estaría a punto de atravesar la línea entre la vida y la muerte.

Tampoco sabía don Ricardo Mendoza, porque nunca se había puesto a pensar en ello, que atravesar la línea entre la vida y la muerte era un hecho bastante diferente a atravesar otras líneas que, al fin y al cabo, eran actos voluntarios, calculados, programados. Pero atravesar la línea entre la vida y la muerte no. Nadie voluntariamente busca la muerte, salvo casos excepcionales y generalmente patológicos. No se desea morir, no se puede programar ni calcular cuándo morir, ni se puede escoger cómo morir. La muerte simplemente viene cuando quiere y cómo quiere, no cuándo y cómo nosotros queremos, y la mayoría de las veces viene cuando menos la esperamos. Esa línea simplemente se atraviesa. ¡Siempre se atraviesa! Sin que nadie sepa el momento en que le tocará atravesarla.

Lo que sí sabía don Ricardo era que tenía que morir, como todo el mundo muere. ¡Algún día! Pero no solía pensar en ello. Generalmente nadie lo hace. Era algo que en algún lugar de su mente estaba registrado, pero no lo veía inminente, ni siquiera más o menos cercano a pesar de ser un hombre enfermo y de

edad avanzada, cerca de los ochenta años. Tenía muy presente la reciente muerte de su esposa, trágica, dolorosa, cruel; pero no tenía presente la de él.

La gente no anda por el mundo pensando en cómo va a morir sino preocupada sobre cómo vivir. Nadie vive pensando en los problemas de su muerte sino en los problemas de su vida. De alguna manera en la mente de don Ricardo, como en la mente de casi todos los seres humanos adultos, la muerte está siempre presente, pero no nos gusta pensar en ella y tratamos de ignorarla como un mal pensamiento. Paradójicamente nuestra propia muerte al mismo tiempo que siempre está presente, siempre está ausente... ¡hasta que llega!

Por eso, cuando aquella tarde don Ricardo cerró la puerta de su despacho y se dirigió al estacionamiento de su empresa llevando en las manos la llave de su auto, pensaba en muchas cosas, pero no en la posibilidad de acercarse a la línea divisoria entre la vida y la muerte.

Minutos más tarde el Inspector de la Policía, Juan Rivera, estacionó su auto y se acercó al *Mercedes* negro que se había detenido de pronto en el carril central de la principal avenida de la ciudad, interrumpiendo el grueso y lento tráfico de las últimas horas de la tarde. Reconoció inmediatamente al hombre que estaba inconsciente sobre el timón. Se trataba precisamente del empresario Ricardo Mendoza, dueño principal de Tecnomedic, la importante empresa distribuidora de equipos y accesorios médicos. Lo reconoció de inmediato por tratarse del mismo que había tenido un accidente de tránsito hacía más o menos un año en el que la esposa había perdido la vida y sobre el cual al inspector le había tocado hacer la investigación. Era un señor bastante mayor con la apariencia elegante y distinguida de un próspero hombre de negocios, con escasa cabellera gris, y según era sabido, de mucho dinero.

Notó que al igual que en aquella ocasión el hombre iba elegantemente vestido. Su traje azul claro era fino e impecable y usaba un agradable y distinguido perfume varonil clásico, de esos que estuvieron en boga hace cuarenta años y que algunas personas mayores todavía usan y les da un toque de distinción. El inspector Rivera no lograba distinguir si era colonia 4711 o *Jean*

*Marie Farina.* Dejó de pensar en ello y vino a su mente la dramática imagen de aquel accidente.

*“Recuerdo que entonces conducía una Lexus que quedó muy dañada por el impacto; en gran parte destrozada... como su esposa. ¡Fue horrible! ¡Pobre mujer! ¡Nunca vi un cadáver más destrozado! Él por suerte sufrió solo golpes y una ligera conmoción cerebral.”*

Le tomó el pulso en la yugular comprobando que estaba vivo aunque su corazón apenas latía, muy lento y débil. Por la radio de su auto pidió una ambulancia explicando detalladamente el cuadro. La ambulancia llegó rápidamente con un médico emergenciólogo que de inmediato le suministró oxígeno, lo examinó con cuidado, practicó un electrocardiograma y al comprobar que estaba infartado le aplicó una inyección intravenosa de nitroglicerina, trasladándolo al Hospital General que por fortuna no estaba lejos.

El joven cardiólogo escuchó claramente el llamado por los altavoces del hospital:

*Doctor Ricardo Mendoza favor presentarse en Emergencias*

Un llamado que escuchaba frecuentemente y que como acostumbraba atendió con prontitud. En la Sala de Emergencias se encontró con la mirada de preocupación de la linda doctora Rosa María Fuentes, cardióloga como él, rubia, de ojos azules, atendiendo al paciente que yacía en la camilla al final del salón. Ciertamente Rosi, quien además de ser su colega era su novia desde que estudiaban medicina, se preocupaba siempre ante un caso delicado. Pero la preocupación que reflejaba en esta ocasión no era la usual. Indicaba algo más.

Al fijarse mejor en el paciente conectado a los monitores y recibiendo oxígeno por los orificios de un tubito plástico bajo su nariz, el doctor Ricardo Mendoza hijo identificó el rostro de su padre. El golpe frío e intenso que sintió en el pecho fue seguido de una fuerte angustia, mientras una abundante carga de adrenalina circulaba ya por su sangre. En su mente se presentaron vertiginosamente las imágenes del cuerpo destrozado de su madre

apenas unos meses atrás, alternando con la visión de su padre, ahora evidentemente en estado crítico.

-Tuvo un infarto –le dijo Rosi en voz baja y saliéndole al encuentro-. Pero está estable. La ambulancia lo trajo inconsciente hace algunos minutos.

-¿Qué tan grave es? –preguntó con voz débil-. ¿Todavía está inconsciente?

-Ahora está consciente. Aunque fue un infarto bastante grande, Ric. Lo voy a trasladar a Cuidados Intensivos, si estás de acuerdo.

-Claro, Rosi. Lo que tú decidas. Está en tus manos. Toma tú las decisiones por favor... yo no puedo hacerlo... -Rosi lo tomó de ambas manos susurrándole:

-Tranquilo, Ric. Como te he dicho, tu papá está estable y consciente; y no debe verte afligido.

Ricardo trató de mostrarse lo más tranquilo posible y se acercó a su padre.

-¡Hola papá! Nos diste un susto... pero Rosi me dice que lo peor ya pasó. –Puso una mano sobre las de él, que tenía entrelazadas sobre el pecho, e hizo un esfuerzo por sonreír.

-¿Como me alegro de verte, hijo! ¿Y tu hermana? ¿No lo sabe aún?

-Le avisaré enseguida. Tienes poco tiempo de haber ingresado al hospital y recién me llamaron. Rosi estaba muy ocupada atendiéndote. Ahora te trasladaremos a Cuidados Intensivos.

-Rosi me dijo que tuve un infarto. ¿Qué tan mal estoy? ¿Es muy grave? Procura no alarmar mucho a tu hermana.

-Fue algo serio, pero estás estable y te vas a recuperar. Lo importante es que descanses tranquilo y vigilar tu corazón de cerca. Por eso estarás por ahora en Cuidados Intensivos.

-¿Por cuánto tiempo estaré hospitalizado?

-No podemos saberlo. Hay que hacer varios exámenes, estudiar bien el caso. Vamos a atenderte y cuidarte. No te preocupes. Vas a recuperarte bien. Espero que pronto puedas pasar de Cuidados Intensivos a una habitación privada. Pero debes estar relajado y con mucha paciencia.

-Sí, por supuesto. Comprendo. Agradécele a Rosi de mi parte. Me ha atendido muy bien.

-Aquí estoy, don Ricardo –dijo Rosi acercándose- y no tiene nada que agradecerme. Además, vamos a estar viéndonos frecuentemente los próximos días pues seguiré atendiéndolo junto a Ric.

-Gracias Rosi, en mejores manos no podría estar.

Ricardo y su hermana María Elena tuvieron que enfrentar la dura realidad de que la salud de su padre no era nada buena, más bien bastante grave. El infarto no había sido pequeño y podía sobrevenirle otro que podría ser mortal. Tenían que estar anímicamente preparados para esa situación cuyas probabilidades eran altas. Cuando María Elena llegó al hospital Ricardo y Rosi le habían explicado la gravedad del caso y abrazó a su hermano buscando sentir en su abrazo apoyo y fortaleza.

*“¿Por qué Dios mío permites una tragedia tras otra? Recientemente murió mamá y aún no cicatriza esa herida. ¡No permitas que ahora muera papá! ¡No tan pronto!”*

Don Ricardo estuvo varios días en Cuidados Intensivos y luego fue trasladado a una habitación privada. Aunque había superado el infarto las arterias coronarias estaban bastante obstruidas. Había sobrevivido pero seguía presente la posibilidad de sufrir otro ataque en cualquier momento. La diabetes, la hipertensión, el elevado colesterol... el cuadro llamado síndrome metabólico en un hombre de su edad no ofrecía condiciones favorables para una cirugía de *bypass*; al menos no a corto plazo. Tendría que estar solo bajo tratamiento oral tratando de limpiar sus arterias con medicamentos que para algunos cardiólogos, como Ricardo y Rosi, eran de poca eficacia.

Le practicaron una angioplastia con balón implantándole dos *stent*, o sea que introdujeron un catéter en las arterias coronarias obstruidas y dos veces inflaron un balón para eliminar la obstrucción y dejar un soporte o armazón llamado *stent* para mantener abierto dos vasos sanguíneos obstruidos. Para el *bypass*

se requería que don Ricardo estuviera más fuerte antes de someterlo a ello.

El médico y empresario don Ricardo Mendoza, viejo y cansado, acostado en una cama de hospital, no había cruzado aún la línea entre la vida y la muerte... pero todo indicaba que estaba muy cerca de cruzarla.

-¡Buenos días don Ricardo! –Dijo la graciosa joven auxiliar de enfermería abriendo la puerta de la habitación impecablemente uniformada con su nítido traje y zapatos blancos-. ¿Cómo amaneció mi paciente favorito?

-Guapo; ¡cada día amanezco más guapo! Listo para las aventuras y el amor –respondió don Ricardo Mendoza desde su cama, incorporándose un poco con la ayuda de una mano mientras con la otra trataba de ordenar los pocos cabellos que aún conservaba.

-Usted como siempre, picarón. ¡No se compone!

-Ni me compondré mientras anden por allí muchachas bonitas como tú necesitando de galanes como yo.

-Le gusta alardear... ¿no?

-¿Alardear? Si no estuviera en esta cama reponiéndome de un infarto, te juro que caerías rendida en mis brazos como mansa palomita.

-Le cuento que el otro día mi novio me manifestó que por lo que le han contado cada día tiene más celos de usted –bromeó mientras colocaba el termómetro en una de las axilas del paciente.

-¡Y eso que no me conoce! ¡Porque si me conociera te saca del hospital!

La muchacha rió divertida mientras abría las cortinas de la ventana. –Bueno, bueno... basta de coqueterías, don Ricardo. A ver... ¿qué desea hoy para desayunar?

-Lo mismo que te pido siempre: dos huevos fritos con bastante tocino, tres *pancakes* con mucha miel, cuatro tostadas con mantequilla y mermelada, café con crema y jugo de naranja.

-Eso sería un buen desayuno si no hubiese tenido usted un infarto, pero por ahora tendrá que escoger entre el menú que ya conoce: ensalada de frutas o cereales con leche descremada... y se le concede su jugo de naranja y una rebanada de pan integral, por supuesto.

-¿Por qué me torturas preguntándome diario por las comidas, muchachita endiablada, si todos los días me ofreces lo mismo? –Dijo conformándose.

-Porque me gusta verlo serio y respondón... así se ve más guapo. ¿Y al fin, que prefiere desayunar, don Ricardo?

-Pues de tu exquisito menú *gourmet* me quedo con las frutas además del jugo y el pan de cartón. ¡Pero un día me las pagarás! –Agregó sonriendo mientras amenazaba con el dedo.

No deseaba que la muchacha se fuera tan pronto. Su alegría y sus bromas le hacían sentirse bien.

-Por cierto, no creas que no haya notado cómo me discriminas, pues a mi hijo no le dices don Ricardo como a mí, sino doctor Mendoza –dijo para alargar la conversación-. Yo soy tan doctor y tan médico como él y no me llamas doctor Mendoza. ¿A qué viene eso de llamarme *don*?

-Por respeto a sus elegantes canas... además estoy acostumbrada a llamar *doctor* a los médicos que se dedican a curar a la gente y no a hacer negocios como empresarios –agregó con una pícara sonrisa.

-¡Ajá! –Expresó comprendiendo que lejos de burlarse la muchacha bromeaba-. Así que estás diciéndome viejo y además no me reconoces como médico porque me dedico a mi empresa. ¡Los equipos e instrumentos que yo vendo curan a la gente! Para que sepas, tus doctorcitos no pudieran curar a nadie sin los equipos que distribuye mi empresa. Tu misma los usas todos los días. Mira no más frente a ti... ¿de dónde crees que salieron todos estos cachivaches a los que me tienen enchufado como árbol de navidad? Además, finges ignorar que tus doctorcitos hacen un gran negocio con los honorarios que cobran, ¿o trabajan de gratis? ¡Bien lo sabes! Ya quisieran muchos empresarios ganar lo que cobran en honorarios algunos de tus doctorcitos...

-¿Ahora me sale con rabietas y quejas infantiles? No le luce, don Ricardo. ¿Todo un galán conquistador como usted con esas niñerías?

-Precisamente, por ser un atractivo galán –lo cual no te lo discuto- me describe mejor el *doctor* que el *don*. Un *don* cualquiera no puede ser un galán como yo, mientras que un *doctor*... ¡Claro que me va mejor el *doctor*, muchachita!

-¡Que equivocado que está! ¿No sabe usted que desde la antigüedad el significado de la palabra *don* es la frase *de origen noble*?

-¡Que disparate, niña! Ya no existe la nobleza –sonrió burlesco.

-¡Claro que sí! No valdrán mucho los títulos de condes o marqueses, pero hay gente de noble corazón. Un señor para ser un *don* tiene que tener un corazón noble y ser una persona importante, de méritos. Mi novio es licenciado pero en su trabajo le llaman *don*... y es muy joven... y además muy guapo, ¡para que vea...! ¡Guapísimo! ¡Para que se muera de celos! –Agregó divertida.

-¡Pero no más guapo que yo!

-Al fin y al cabo yo lo llamaré como quiera aunque se me ponga enojadito... de todas formas usted sabe que igual lo quiero, ¿no? –Sacó la lengua como se burlan los niños, a la vez que guardaba el termómetro y anotaba la temperatura y otros datos de los monitores.

-¿Cómo me llamarás, niña? –Dijo tratando de prolongar el juego.

La muchacha sonrió y le guiñó coquetamente un ojo mientras salía de la habitación diciendo:

-¡Don! ¡Don Ricardo! –Agitó la mano-. ¡Adiosito don Ricardo!

Don Ricardo Mendoza sonrió plácidamente al cerrarse la puerta. Pero su sonrisa no duró más que unos pocos segundos.

Al retirarse la auxiliar de enfermería don Ricardo quedó de nuevo en medio de la soledad. Dejó escapar un pequeño suspiro con el que se escapó también el breve momento de distracción que le

había proporcionado la amena conversación con la muchacha y que lo hizo salir temporalmente de su depresión. Con la mirada recorrió por enésima vez las paredes blancas de su habitación; blancas igual que el techo y el piso; las cortinas *beige*, también casi blancas, abiertas a un panorama que desde su cama no podía contemplar; el televisor apagado sujeto con un brazo movable a la pared; el closet para guardar ropa y enseres personales; las puertas del baño y de salida al pasillo; el sofá-cama para las visitas o para un acompañante según el caso; la mesita especial para poder comer desde su cama; el panel en la pared con varias conexiones para suministrar oxígeno, monitorear la presión arterial, conectar un desfibrilador y otros instrumentos de la tecnología médica moderna de la cual él era parte como empresario y ahora como paciente.

*“¡Cómo es de blanca esta habitación! De un blanco triste; porque hay blancos alegres como los de algunos parques, bonitos como los de las iglesias, y elegantes como los de ciertos edificios y residencias. Pere éste no; este es un blanco triste, gélido. Las habitaciones de los hospitales son frías y deprimentes. Saben a sufrimiento, dolor, enfermedad, muerte... Es cierto que a veces son alegres, como cuando una madre trae un bebé al mundo; pero esas ocasiones son muy pocas... ¡muy pocas!”*

Recordó los nacimientos de sus dos hijos: Ricardo, el cardiólogo que pronto entraría por la puerta donde había salido la auxiliar de enfermería; y María Elena, quien seguramente estaría llegando poco después, antes de dirigirse a Tecnomedic, empresa de la que recientemente era la Gerente General, desde el accidente en que murió su madre y sumió a su padre en una profunda tristeza que le impedía concentrarse en el trabajo como Presidente Ejecutivo de la misma.

Don Ricardo nuevamente suspiró nostálgico al recordar aquellos felices nacimientos de sus hijos en ese mismo hospital décadas atrás, y al recordar a la madre, su esposa doña María Elena Ramírez de Mendoza, una dama en todo el sentido de la palabra. Sus padres fueron hacendados prósperos que la educaron con esmero hasta obtener su bachillerato sin seguir estudios

superiores porque poco tiempo después, muy jovencita, contrajo matrimonio con él, que le llevaba varios años.

*“Mi adorada María Elena... ¿Sabes la falta que me haces?”*

La imaginó a su lado igual como lucía cuando tuvieron a sus dos hijos, con la lozanía de su juventud, su cabello negro y largo cayendo ondulado y alegre sobre los hombros, sus ojos verdes intensos, su piel ligeramente morena... Era el lindo recuerdo de una imagen dulce, aunque no tan dulce y tan grata como recordarla ya mayor, tan solo un año atrás cuando cumplió los sesenta y cinco. La recordó recorriendo los pasillos de su casa con su cabello entonces corto y gris, sin tinte, siempre bien arreglada y con su perfume favorito de una delicada y suave fragancia de jazmines; negándose a dejar de trabajar en su pequeña pero prestigiosa empresa que organizó desde joven llamándola simplemente *Decoraciones y Eventos*; sin por eso descuidar cada detalle del hogar dando instrucciones en la cocina, a la mucama, al jardinero... Se había convertido en un invaluable e insustituible apoyo en su vida; su amiga del alma además de esposa. Con su trato suave, respetuoso, de gran tacto y delicadeza para decir las cosas, para expresar su opinión aunque fuese contraria a la de él, con un carácter afable que rara vez se alteraba. Atenta a las cosas para él importantes y respaldándolo para ayudarle a cumplir con sus compromisos como Presidente Ejecutivo de Tecnomedic. Permanentemente pendiente de la vida de sus hijos: Ricardo, exitoso médico, soltero; y la menor, María Elena, con una maestría en administración, casada aunque sin niños. Ambos extraordinariamente parecidos físicamente a su madre y entre sí, como si fueran gemelos, herederos indudables de la belleza de doña María Elena quien al llegar a la edad madura se había convertido en una elegante señora, que aún con la huella de los años reflejaba que había sido una mujer atractiva y en varios aspectos continuaba siéndolo... hasta que su cuerpo y su rostro fueron desfigurados en el trágico accidente que le causó una muerte inesperada para todos y de la que don Ricardo se sentía terriblemente culpable.

Aquel accidente don Ricardo lo tenía constantemente presente. Lo recordaba cada día... cada noche... con dolor... con furia.

*“No me hace bien recordarlo así; no debo... pero no puedo quitar de mi mente el sentimiento de culpa. ¿Qué puedo hacer para recordarlo con serenidad?”*

Ricardo y María Elena le habían dicho varias veces que tratara de recordarlo serenamente y sin sentirse culpable. Que era natural que no lo olvidara, pero que debía hacer el esfuerzo para que su recuerdo fuera diferente, tranquilo y sereno.

Había pasado poco más de un año desde el sábado en que ambos salieron juntos a cenar al *Les Fruits de Mer*. Don Ricardo conducía la *Lexus* blanca de ella pues su *Mercedes* estaba en reparación. Muchas veces le habían dicho que no debía atender el celular mientras conducía, pero nunca se acostumbró a los auriculares ni a otros sistemas de *hands free*. Cuando se distrajo tres segundos para atender una llamada invadió parte del carril contrario de la autopista que no tenía boulevard en medio –apenas separado por un par de líneas amarillas- y aunque el conductor del inmenso camión que venía de frente maniobró para evitar un choque frontal, no pudo evitar totalmente la colisión impactando en el lado derecho de la *Lexus*, donde iba doña María Elena. Su muerte fue instantánea.

El inspector Rivera después de investigar el caso lo pasó a la Fiscalía, como es la rutina establecida cuando en un accidente de tránsito fallece alguna persona; y la Fiscalía acusó judicialmente de homicidio por imprudencia a don Ricardo. Fue suficiente su declaración confesando haberse distraído por responder el celular para que el juez lo condenara a un año de prisión, a pesar de los testimonios de Ricardo y María Elena sobre el amor de su padre hacia su madre y atribuyendo la distracción a su edad y enfermedades. Don Ricardo no había querido atender la recomendación del doctor Lorenzo Quirós, su abogado y personal amigo, quien le pidió declararse inocente y atribuir el accidente a la pérdida del control del vehículo por

haber sufrido un supuesto mareo momentáneo debido a una de sus frecuentes subidas de la presión arterial.

-Siempre he dicho la verdad... toda mi vida. Agradezco tu consejo, Lorenzo, pero no voy a mentir ahora, mucho menos sobre la causa de la muerte de María Elena –le había respondido entonces al doctor Quirós; lo mismo repitió una y otra vez a sus hijos, y de esa forma rindió sus declaraciones ante la policía, el fiscal y el juez.

El juez consideró que don Ricardo no quiso causar el accidente pero que había actuado con imprudencia y causó la tragedia al violar la ley que prohíbe atender los celulares mientras se conduce, por lo que no pudo evitar condenarlo por homicidio no intencional con atenuantes. Su excelente e impecable trayectoria, su edad avanzada y su delicado estado de salud sirvieron para que la condena fuera suspendida mediante una fianza. Pero don Ricardo se sentía culpable y su castigo moral era inmensamente más fuerte que cualquier prisión. Era prisionero de una culpa que no podía borrar de su mente.

-¡Hola papá! ¿Cómo te sientes hoy? –Preguntó el doctor Ricardo Mendoza hijo al entrar al cuarto de su padre-. ¿Y esos ojos llorosos? ¡Vamos, papá! De nuevo con tu depresión y seguramente con tus sentimientos de culpa... Debes superar eso. Te hace mucho daño y no es justo para ti.

Se sentó al borde de la cama y lo besó en la mejilla pasándole cariñoso una mano por la frente.

-¡Animo, doctor Mendoza! Tú siempre nos enseñaste a tener buen ánimo en todas las situaciones de la vida.

En su gabacha blanca de médico Ricardo se veía particularmente atractivo. Era un hombre guapo, de cabello negro peinado con descuido y con los mismos ojos verdes intensos de su madre acentuados por sus atractivas y pobladas cejas. Ricardo tenía buena complexión y estatura, moreno claro, con un cuerpo que evidenciaba muchas horas de gimnasio; su trato amable y simpático resaltaba aún más su atractivo físico.

-Llegó ya mi galanísimo hermanito... -dijo María Elena al entrar y encontrarse con él-. No hay día en que pueda ganarle y

llegar de primera a esta habitación... ¡Está escrito en el libro del destino! ¿Cómo están mis dos amores?

-¡Cuidado Mari! Con eso de tus dos amores te olvidas de Alberto –replicó Ricardo- y eso no le gustaría nada a mi cuñado; además, para venir de primera bastaría con adelantar tu despertador un poco... lo cual no está escrito en ningún libro, sino en las manecillas de tu reloj.

-Olvídate de Alberto y deja que se ocupe de sí y de sus asuntos él mismo, que a mí me tiene sin cuidado. Me refiero a mis dos amores aquí presentes. Pero si te pones majadero lo dejo en uno solo; o sea papá. ¡A ti te puedo excluir en cualquier momento! –Bromeó, y se acercó a la cama de don Ricardo- ¿Cómo estás, papi?

-Muy bien, hija. Listo para irme de esta prisión de donde no me deja salir tu hermano.

-No es cierto, Mari –protestó Ricardo-. Todavía no tiene la presión arterial totalmente estable.

-Pero se puede estabilizar en mi casa –dijo con aplomo don Ricardo- en vez de estar prisionero en esta cárcel.

-¡Hospital, papá! No es una prisión. Además aquí te controlamos para que de veras reposes y te alimentes de lo que te conviene.

-¡Ahhh! Encima me quieren matar de hambre, de aburrimiento, de soledad...

Mari se le acercó y lo abrazó con ternura. –No te alteres, papi. Cálmate. Ya pronto vas a estar en tu casa. Ricardo solo quiere asegurarse de que estés bien. ¿Cuándo le darás de alta, Ric?

-Dos o tres días más serán suficientes... ¡Si tú colaboras, papá! ¿Sabes, Mari, cómo lo encontré poco antes de que tú llegaras?

-¡Ahora vas a acusarme! –Interrumpió don Ricardo.

-Muy deprimido. Al menos lloroso y carilargo. ¡De nuevo con esa depresión que es lo que más daño le causa!

-No, papi. No debes sentirte así –dijo Mari con dulzura besándole la frente-. Todos sentimos mucho la muerte de mamá y comprendemos que tú más que ninguno. Entendemos que te hayas sentido culpable por lo del celular; pero, ¡antes del

accidente todos hablábamos por celulares al conducir! ¡Incluso siempre mamá lo hacía! Pudo suceder al revés; que ella fuera conduciendo y atendiendo el celular. Fue un accidente ¡y punto! Deja ya de culparte. Aquel juez no tuvo más remedio que condenarte porque tú no les dejaste opción con tu terca confesión. Te juro una vez más que tanto el fiscal como el juez me dijeron que no querían que recibieras una condena pero que estaban sin salida por tu declaración. Pero no... No eres culpable de nada. Pudo haber viajado mamá conmigo, con Ric, conduciendo sola, y el accidente se hubiera producido igual con tan solo timbrar cualquiera de nuestros teléfonos. Fue un accidente del que nadie es culpable.

Así es, papá –agregó Ricardo-. Entendemos la falta que mamá te hace; a ti más que a ninguno. Pero la muerte es parte de la vida y debemos aceptar esa realidad. Tarde o temprano se nos van nuestros seres queridos por una u otra causa; es inevitable. Pero debemos reponernos y seguir adelante. Nuestras vidas deben continuar. Mamá no quisiera verte así... deprimido, culpándote. Debes tratar de dejar esos pensamientos negativos, principalmente por ella. Mira, yo no soy creyente y no te puedo hablar de otra vida, pero estoy seguro de que si mamá pudiera verte no estaría contenta con lo que sientes.

–Pues yo si soy creyente –dijo Mari- y sé que mamá nos está viendo desde el cielo y no le gusta para nada lo que ve. Tú sabes que su cuerpo descansa pero su espíritu no está muerto sino esperándonos en otra vida mucho mejor que ésta. ¡Ufff! ¡Definitivamente que tiene que ser mejor, porque ésta a veces es una porquería! ¿Pero dónde está tu fe, papá?

–¡Papi! –exclamó don Ricardo.

–¿Cómo?

–¡Que me has llamado papá y tú siempre me has dicho papi!

–Sí. Es cierto, papi. Pero es que me preocupa mucho tu depresión –se justificó.

–Yo se que los dos tienen razón. Cuando lo analizo... cuando reflexiono... conscientemente yo lo entiendo. Pero a veces no puedo evitar sentirme culpable, involuntariamente. Les aseguro que voy a tomar en serio sus consejos. Se los prometo.

Pero, Ric, estar en el hospital me deprime más. Dame de alta y seré un paciente modelo en casa.

-Hummm. Déjame ver el monitoreo cardíaco de las últimas 24 horas y hacer algunos otros análisis; consultaré con Rosi y tomaremos una decisión juntos. Recuerda que la meta no solo es que te repongas sino crear las condiciones para analizar si podríamos practicarle un *bypass*. Veremos qué decisión tomar.

-¿Hoy?

-Mañana.

-¿Mañana me darán de alta?

-No dije eso, papá. Mañana tomaremos una decisión.

-¡Por amor a Dios, Ricardo! –Dijo Mari-. ¿No puedes ser más flexible con papá? Rosi no se opondrá si tú se lo pides.

Ricardo iba a replicarle molesto pero se contuvo. Al ver el rostro de su hermana idéntico al de su madre, su estampa tan similar a la que doña María Elena lucía de joven, tan bonita como aquella, su mismo timbre de voz, el énfasis que ponía en ciertas palabras... le hizo recordarla y sintió como si la petición de Mari fuese una petición de su madre. ¡Eran tan parecidas! Su largo cabello negro ondulado, su mirada intensa con aquellos ojos tan verdes; por cierto, tan parecidas ambas a él.

-¡Okey, Mari -exclamó-, está bien! Veré el caso hoy con Rosi y si los análisis resultan buenos, como es de esperarse, le pediré que le demos de alta mañana temprano. ¿Oíste papá...? ¡Pero deberás cuidarte mucho en casa!

-¡Bendito sea Dios! –Dijo feliz don Ricardo, sonriente, mirando con agradecimiento infinito a María Elena y tomando la mano de su hijo.

María Elena miró su reloj.

-Tengo que irme a Tecnomedic. ¡Pasaré por la tarde, papi! –Lo abrazó y besó, y luego besó a su hermano.

-Chao, Ric. ¿Me das un telefonazo para contarme el resultado de los análisis? No quisiera estar en ascuas todo el día.

-Nos vemos, Mari. Descuida, yo te llamo.

Lo primero que notó don Ricardo cuando llegó a su casa fue el perfume de los heliotropos del inmenso jardín que con tanto

esmero había plantado y cuidado doña María Elena. Se sintió feliz de llegar a su hogar a pesar de que ahora vivía solo en compañía de los empleados: la mucama, la cocinera y el jardinero. Era una elegante mansión que una vez se llenó de la algarabía, risas y travesuras de los niños Ricardito y Mari, y que hoy lucía vacía y demasiado grande para él. Sin embargo ese era su hogar y en cada rincón estaban los recuerdos de su familia. Mientras viviera lo haría en esta casa.

Al entrar al vestíbulo, la pequeña *poodle* que tanto quiso su esposa salió a recibirlo brincando y ladrando con alegría y lanzándosele encima en gestos de cariño y entusiasmo.

-¿Cómo estás, Chispita? –La levantó afectuoso mientras la perrita lamía su cara y él le acariciaba la cabecita cuidando de no estropear el coqueto lacito rojo prensado en su blanco y rizado pelaje-. Me hiciste mucha falta en aquel hospital, Chispita. Y tú, ¿me extrañaste?

-No sabe cuánto, don Ricardo –afirmó la mucama-. Diariamente entra a su cuarto y llora. Igual que cuando se asoma a la ventana al escuchar un vehículo y comprobar que no es usted quien viene... o doña María Elena... -hizo una pausa y apenas se llevó una mano a la boca-. ¡Perdone usted!

-No te preocupes. Todos extrañamos a María Elena y es bueno que ninguno la hayamos olvidado, incluyendo a Chispita. ¿Y cómo están todos ustedes? –Preguntó mirando también a la cocinera y al jardinero.

-Ahora que ha venido a casa, pues muy bien –dijo el jardinero que lucía limpio y recién bañado para la ocasión.

-Muy contentos de que esté de regreso –agregó la cocinera- y lista para prepararle las recetas que autorizó Ricardito.

Ricardo y María Elena entraban en ese momento al vestíbulo cargando las maletas de su padre. La vieja cocinera trabajaba en esa casa desde antes que ellos nacieran y Ricardo sabía que podía confiarle el cuidado de su padre que debía guardar la dieta prescrita de acuerdo a su salud.

-Veo que Ric ya les hizo una visita previa– dijo don Ricardo.

-Preventiva –respondió aquel.

-Y además justificada –agregó María Elena.

-No se preocupen... Les prometí ser un paciente modelo y obediente, y así será.

Ricardo y María Elena se despidieron de su padre con mucho cariño prometiendo llegar con frecuencia. María Elena vivía relativamente cerca en una lujosa casa con su esposo el ingeniero Alberto Mantilla, dueño de una empresa constructora. Ricardo vivía un poco más retirado, aunque no demasiado lejos. Vivía solo en un cómodo y bonito apartamento cerca del Hospital General donde tenía su bien equipado y concurrido consultorio en el área para pacientes privados. Aunque de vez en cuando el apartamento era también habitado durante algunas noches y fines de semana por Rosi.

Antes de retirarse Ricardo y María Elena recordaron a su padre que a partir del siguiente día un conductor de Tecnomedic estaría a su servicio y que él no debería conducir a fin de evitar todo estrés. Ni a don Ricardo ni a doña María Elena les interesó nunca contar con conductores. No tenían nada en contra de ellos, pero les gustaba conducir sus propios vehículos.

*“Está llegando el final, definitivamente” –reflexionó-. “Un final que tendré que vivir bajo nuevas reglas. ¡Qué remedio! Tendré que acostumbrarme... si acaso hay tiempo siquiera para acostumbrarme y para lograr lo que más deseo antes de partir.”*

Difícilmente aquella tarde se podría contemplar una visión más espectacular que la salida de Linda Rostrán del mar a unos trescientos kilómetros de la capital.

La creación tiene cosas bellas, sublimes, maravillosas, y la mujer es la más sublime y maravillosa obra de la creación. De todo lo creado por Dios nada supera al ser humano, y entre los humanos la criatura más sutil, delicada y admirable es la mujer.

Toda mujer es bella de una u otra forma, sea interna o externamente, sea física o espiritualmente, pues hay muchas formas de belleza. Es cierto que a veces encontramos mujeres que destruyen su propios encantos por la maldad o los ocultan por sus complejos, pero son excepciones. El cielo es hermoso aunque a veces tenga nubarrones y las fascinantes estrellas del firmamento a veces son opacadas por las luces artificiales. Así mismo, la mujer es un bello ser aunque existan ciertas excepciones. Entonces, digamos mejor que *casi* toda mujer es bella.

No siempre la belleza de cada mujer resulta evidente, clara, perceptible. Quizá debamos buscarla con detenimiento y entonces lo más seguro es que la encontremos. Si no está en algunos de sus rasgos físicos estará en su corazón o en su talento. En otros casos la belleza femenina salta a la vista –sobre todo la belleza física- y es imposible no reconocerla.

Dejar de admirar lo que es evidentemente bello no es posible. Cuando un hombre dice no tener ojos más que para una mujer o una mujer dice no tener ojos más que para un hombre, simplemente no dicen la verdad. No existe un solo hombre que ante la belleza de una mujer deje de admirarla. Como no existe ninguna mujer que ante la belleza de un hombre deje de admirarlo. Eso no implica infidelidad alguna ni tiene nada que

ver con el amor. Otra cosa es ver con ojos morbosos, con lujurioso deseo, o con vulgaridad. ¡Claro!

La visión de una hermosa mujer es el mejor espectáculo que la naturaleza puede ofrecernos a los hombres y también es digno de admiración para toda mujer normal. Y tratándose de Linda Rostrán saliendo del mar aquella tarde, quienes pudieron verla fueron privilegiados. Como el grupo de jóvenes amigos que pasaban el fin de semana en la casa de playa del doctor Abelardo Rostrán, padre de Linda.

Cuando todos decidieron dejar de nadar para preparar la barbacoa, Linda se quedó un rato más disfrutando del agua distraídamente. Minutos después las miradas del grupo no pudieron dejar de fijarse en la figura de la muchacha que con su *bikini* rojo ofrecía una cautivadora imagen. Aquella muchacha era de una belleza extraordinaria. Una belleza latina mediterránea de esas que pueden encontrarse en Italia, al Sur de Francia, en España, en Portugal y, por supuesto, en América Latina.

Linda salió del agua dejando ver primero su largo y abundante cabello castaño, en ese momento humedecido, pero naturalmente sedoso y ondulado. Su pelo tenía el color y el brillo de la miel; un cabello castaño que agitaba el viento imprimiéndole una gracia muy sexi y absolutamente espontánea.

En las perfecciones de su rostro terso y bien proporcionado sobresalían sus hermosos ojos café como las avellanas. Su perfil era de líneas clásicas y sus labios delineados con esmero por la naturaleza. Su reluciente y agradable sonrisa hacía que las perfecciones de su rostro realzaran más.

Tenía pechos naturales, firmes, adecuadamente proporcionados al resto del cuerpo. Sus caderas redondeadas y respingadas. Sus piernas largas tan bien formadas que parecían cinceladas por un fino escultor. Sus pies eran delicados, pequeños y particularmente bonitos.

Al salir del mar su radiante rostro y fantástico cuerpo se presentaron en todo su esplendor con su piel blanca levemente oscurecida con el suave toque bronceado de la mujer latina. Linda Rostrán acompañaba su extraordinaria belleza con una voz suave y sin afectaciones. Pero además contaba con una gran fuerza interior; era un encanto de muchacha, alegre, amable, inteligente,

dotada de humildad y sencillez; virtudes muy difíciles de encontrar en una mujer bonita.

Hay muchas definiciones de *belleza*; una de ellas la define como *proporción y armonía*. Linda Rostrán sería la personificación de la belleza así definida.

-¡Nunca he visto una mujer más linda que Linda! –Dijo sin dejar de verla Bernardo.

Por supuesto que ninguna mujer es físicamente perfecta, y Linda no sería la excepción. La perfección no aumentaría sino más bien disminuiría la belleza física de un ser humano, hombre o mujer. Algo de imperfecto debe tener cada individuo de nuestra especie para que pueda apreciarse la belleza integral de su físico. Además, son las imperfecciones las que hacen única a cada persona y permiten en el contraste apreciar todo su particular atractivo. Pero aquella tarde los amigos de Linda no tenían ojos para ver en ella ninguna imperfección, aunque probablemente la tuviese.

-Sin duda que es una muchacha preciosa –agregó Sofía, la mejor amiga de Linda.

Con expresiones parecidas se sumaron elogiando sus encantos el resto de amigos: Manuel, Tania, Carlos y Margarita. Tanto los hombres como las mujeres con sincera y abierta admiración, aunque las mujeres también con una pizca de envidia y un poco de celos que no lograban disimular totalmente, con excepción de Sofía que profesaba a su amiga un fraternal cariño y una probada lealtad desde niñas.

Los amigos hablaban sobre Linda admirándola desde el porche de la casa de playa, mientras ella en la costa terminaba de secarse con una larga toalla playera que paseaba sobre la escultura viviente de su cuerpo, se peinaba, se ponía una salida de baño roja que hacía juego con el bikini y que cubría un poco menos de la mitad de sus atractivas piernas, colocándose sus anteojos oscuros y sus sandalias.

Bernardo, quien le había expresado dos veces a Linda su admiración e interés de salir con ella, y en ambas ocasiones había sido rechazado con cortés delicadeza, preguntó:

-Sofi, tú que la conoces mejor y de más tiempo que nosotros, dínos, ¿Linda está enamorada de alguien? Siendo tan bonita es raro que no tenga novio. ¿Quién fue el último que tuvo?

-Linda ha tenido varios novios desde la secundaria. ¡Imagínate! Siendo como es, y te remarco *como es*, porque no se trata solo de una muchacha bonita, sino que tiene otras muchas cualidades...

-Calma, chica. Que eso todos lo sabemos –replicó Bernardo.

-Pues ya pueden imaginarse que desde la primera comunión ha tenido cualquier cantidad de enamorados; y novios algunos, no muchos. Linda es muy inteligente y no es coqueta, por lo que siempre ha sido muy selectiva.

-¡Toda mujer es coqueta, Sofi! –Protestó Tania.

-Por supuesto. Hay una coquetería natural en toda mujer y Linda la tiene. Me refiero a que hay muchachas que saben que son muy bonitas y conocen la especial atracción que ejercen en los hombres, y desde el colegio se aprovechan de ello para conquistar al más guapo de la clase, al tipo más popular, o para lograr algo que les interesa conseguir coqueteándole a algún compañero, amigo o a algún hombre mayor. Y luego esa costumbre la practican para sacar ventaja en la universidad, en el trabajo... ¡en todo! Ese tipo de coqueta no es Linda, aunque sabe los atributos que tiene. Ella, como les digo, es muy inteligente y ha sido selectiva. Algunos noviazgos terminaron porque tenían que terminar, como al finalizar el colegio y marcharse cada uno a diferentes universidades, por ejemplo. Pero el último acabó en una decepción para Linda.

-¿Qué pasó? –Preguntó Margarita.

-Como saben, Linda y yo venimos de familias modestas. De la típica clase media, como algunos de ustedes... Carlos... Tania. El doctor Rostrán es un médico de provincia que mantiene bien su hogar pero no puede darse lujos excesivos ni desperdiciar la plata. Nosotras somos vecinas y amigas desde niñas. Crecimos juntas y sé que a veces la familia de Linda, igual que mi familia, pasó momentos económicamente difíciles. El doctor Rostrán logró comprar con mucho esfuerzo esta casa de playa para descansar con su esposa y para diversión de su única y adorada

hija; una casa cómoda y bonita, pero sencilla como ven. Gracias a una beca por sus altas calificaciones y otros méritos es que ella pudo estudiar en Europa...

-¿Pero todo eso que tiene que ver con el noviazgo de Linda? -Se impacientó Carlos.

-Mucho... Mientras estudiaba arquitectura en Europa se enamoró de un compañero de clases que también era de aquí. El muchacho era de una familia muy rica y aparentemente también estaba enamorado de ella, pero al final resultó ser un *niño de mamá*. Habían planeado casarse al terminar los estudios y regresar al país; también iban a instalar juntos una firma de arquitectos. Pero cuando llegó el momento la familia de él se opuso ferozmente a la boda. Rechazaron a Linda por no ser de su condición social. A ella eso no le importaba un comino ni tampoco el dinero de la familia de su novio... mientras él la quisiera; pero el muchacho rompió el compromiso cediendo ante las presiones de sus padres. Linda estaba realmente enamorada y llena de ilusiones. El golpe le dolió. Había creído en la sinceridad del amor de aquel muchacho y tuvo una gran decepción. Al regresar al país él le mostró una cara diferente a la que le había mostrado en Europa. Ya pasó un año desde entonces, pero no sé si ella ha logrado recuperar la confianza en las promesas de amor.

-¡Que tipo más despreciable! Se necesita ser muy imbécil para perder así a una muchacha como Linda -dijo Manuel.

-¡Pues si tu quieres puedes correr a consolarla ahora mismo, Manolito! -Reaccionó Tania, evidentemente molesta con su novio.

-No reacciones así, Tania -respondió Manuel-. No se puede negar que Linda es muy bonita, pero cada mujer tiene lo suyo y tú, mi amor, eres preciosa. Además, *cada oveja con su pareja* porque para eso hay variedad de gustos. Ese tipo realmente es un canalla y un imbécil de marca mayor. Pero yo a ti no te cambiaría ni por *Miss Universo*.

-¿Qué pasa con *Miss Universo*? -Preguntó Linda que en ese momento se unía al grupo.

-¡Ehhh, Linda! -exclamó Bernardo sintiéndose sorprendido *in fraganti*-, estábamos hablando de ti.

-¿Y qué tengo yo que ver con *Miss* Universo? –Replicó sonriendo y sinceramente extrañada.

-Nada... es decir, algo... o mucho... no sé... eh... –balbuceaba Bernardo.

-*Okey*, Linda, en realidad hablábamos de ti –salió al rescate Margarita-, pero lo de *Miss* Universo no tuvo nada que ver contigo, sino que fue un decir de Manolo para aclarar que él no cambiaría a Tania por ninguna mujer, ni siquiera por *Miss* Universo...

-Aunque yo sí; a ti te prefiero antes que a todas las *Miss* Universos –concluyó Bernardo.

-¡Deja de decir tonterías, Bernardo! –Intervino Sofía-. Que no eres el dueño ni de Linda ni de ninguna *Miss* Universo para estar hablando de cambiar mujeres como si fueran objetos.

-¡Vaya, vaya! –Dijo Linda sin dejar de sonreír al grupo-. Uno se ausenta un ratito y ya es tema de conversación, ¿no?

-No es nada, Linda –aclaró Sofía-. Yo les contaba cómo un canalla te había dejado por el dinero de sus papitos.

-¡Ay, Sofí! Olvidemos ese asunto. Eso es prehistoria.

-¿De verdad, Linda? –Preguntó Bernardo con cierta ansiedad-. ¿Estás segura? ¿Realmente es para ti prehistoria? ¡Porque ese tipo no merece que sufras por él!

-Y no lo hago. Es verdad que me dolió durante un tiempo, pero es asunto del pasado. –Sonrió de nuevo dando por terminado el tema-. ¿Qué les parece, muchachos, si nos ocupamos de algo más interesante; cómo la barbacoa que aún no empezamos a preparar?

La pequeña cabecera de provincia donde vivía la familia Rostrán estaba más o menos equidistante entre la playa y la capital. Carlos y Sofía que también vivían allí regresaron del paseo en el auto compacto de Linda. El tránsito del anochecer del domingo era lento pues miles de personas visitaban la playa los fines de semana, especialmente en verano. Ciento cincuenta kilómetros se recorrían rápido por la autopista, pero al final de un domingo el tráfico era más lento. Sus amigos de la capital todavía tardarían mucho más, exactamente el doble, para llegar a su destino.

Los tres se enfrascaron en una amena conversación pasando de uno a otro tema con frecuentes bromas y risas. Después de un breve lapso de silencio Carlos se atrevió a soltar algo que desde que estaban en la playa había querido preguntar a Linda, sin atreverse:

-Perdona la pregunta, Linda, pero no termino de entender ese asunto de tu ex novio que según nos ha contado Sofi te dejó por prejuicios sociales de su familia. ¿Se dan esas situaciones todavía en pleno siglo XXI? Es decir, yo podría comprender... no justificar, pero más o menos entender que alguna gente de mente arcaica, retrógrada, no quiera que su niñita blanca se case con un negrito. Los prejuicios raciales desgraciadamente todavía se ven en todo el mundo. Por otra parte, se puede justificar que unos padres no deseen que su hija caiga en manos de un vago, de un borracho, de un drogadicto o de un vulgar maleducado... o viceversa en el caso de un hijo. Pero tú eres de clase media, muy bien educada, de una familia respetable, con excelente educación... sin mencionar que eres muy atractiva. No saliste de ninguna barriada ni creciste en las calles. Entonces, ¿por qué...?

Linda se encogió de hombros antes de responder, pero fue interrumpida por Sofía.

-Es normal que lo preguntes, Carlos. Yo también me lo pregunté muchas veces hasta que lo descubrí.

Linda despegó los ojos de la carretera y la miró sorprendida.

-¿Qué descubriste, Sofi?

-Algo que está frente a nuestros ojos pero que normalmente no vemos. Lo de aquel tipo es parte de eso.

Con gran interés y curiosidad Carlos y Linda preguntaron casi al unísono:

-¿Parte de qué?

-En nuestro país, como en otros, existe una élite en la cúspide de la pirámide social que permanece encerrada en sí misma. Están más arriba de la clase alta; pero muy arriba. No se notan a simple vista. Sus hijos van a los mismos colegios de prestigio a los que también tienen acceso otras personas de un alto nivel económico aunque inferior al de ellos, y no pocos los envían a lujosos internados en Europa. Hacen amistades con las

personas de clase alta y aún de clase media y se mueven en nuestro mundo. Se interrelacionan, sobre todo para hacer negocios. Pero hay un límite. Ellos tienen sus reglas y hay un punto a partir del cual se vuelven impenetrables. Un amorío con una chica de clase media se permite, pero matrimonio... ¡ni hablar! Solo entre parejas de la élite.

Linda balanceó muy despacio la cabeza de un lado a otro en un gesto que mostraba estar en parte de acuerdo pero sin un total convencimiento; aquel gesto con que solemos expresar *puede ser, en parte es cierto o más o menos*.

Carlos sí lo creía sin reserva alguna y totalmente convencido preguntó:

-¿Dónde está esa gente? ¡No sabía que existían! En realidad, nunca había pensado en ello.

-Claro que existen -agregó Sofía- y se les puede identificar. Tienen algunas peculiaridades. Sobre todo, son muy ostentosos de su fortuna; se movilizan en helicópteros y aviones privados, poseen yates de al menos dos millones de dólares, suelen comprar chalets en Suiza o en Liechtenstein, y casas de playa en Niza. Obligatoriamente tienen un par de apartamentos en los lujosos condominios de las islas del Caribe, y sus casas en el país son verdaderos palacetes rodeados de altas murallas y con extremas medidas de seguridad. Toman vacaciones compitiendo entre sí al que haga lo más exótico y costoso, como un safari por África o una excursión al Polo Norte. Gustan de excentricidades como tener dentro de sus alcobas piscinas con cascadas, hacer de oro las llaves de los grifos o las manivelas de las puertas de sus mansiones, incluso las manivelas de los sanitarios. Algunos tienen un zoológico privado o su propio teatro particular contratando artistas para exhibiciones privadas.

-Ya veo -dijo Carlos-. Son casi como seres de otro mundo. Bueno... yo sabía que ese derroche de riqueza se veía entre los artistas de cine, las estrellas del deporte, los jeques árabes petroleros y los *capos* de la mafia. Ahhh... también entre los políticos corruptos.

-No solo en ellos, Carlos -continuó Sofía-. Es más, esa élite que existe en varios países de nuestra subdesarrollada y empobrecida América Latina se sentiría ofendida de que los

comparen con estrellas de cine y futbolistas a quienes consideran *gente ordinaria*. Son especies diferentes. Al fin y al cabo la fama de los artistas o atletas los obliga a esconderse de sus *fans* y huir de los *paparazzi* para mantener su privacidad, con todo derecho. La élite latinoamericana no. Es pura petulancia, sin olvidar que también tienen bastante miedo a los asaltos y secuestros. Por supuesto que su ideología más que conservadora es absolutamente fascista. No son muchos y viven en un mundo aparte, paralelo al nuestro. Nuestros mundos son como los rieles del tren, que están juntos pero no se cruzan.

-No crean que esas personas son felices –intervino Linda- pues se privan de las cosas simples de la vida en las que a veces se encuentra la verdadera felicidad. Viven prisioneros de su fortuna. No pasean en los parques junto a la gente las tardes de domingo. No saborean un helado en una plaza pública lanzando trigo a las palomas. No disfrutan de la emoción de un partido de fútbol en medio de la multitud formada por los seguidores de su equipo, enarbolando banderas y cantando en un estadio a reventar. No van a los concurridos y populares centros comerciales de tienda en tienda buscando ofertas, comparando precios, regateando. No van a las playas a disfrutar del contacto humano. Probablemente nunca han saboreado una salchicha comprada en un carrito ambulante o se hayan comido una *pizza* con un refresco en el pequeño puesto de una calle peatonal... No van al cine, ni al circo, ni a misa... a menos que les celebren una misa en su capilla privada. No disfrutan de la lucha por la vida, de la satisfacción de ganarse el pan con el sudor de su frente, de la alegría de conquistar metas... En fin, tienen la mesa totalmente servida y por eso no aprecian ni gozan el sabor de las viandas.

-Menos mal que Margot no está en esa categoría -dijo con alivio Carlos-, pues yo estuviera frito. Aunque su familia es muy rica...

-Descuida, Carlos. Lo que ha dicho Sofi es verdad, pero es necesario aclarar un punto importante. Una cosa son las familias de clase alta que tienen cierto capital, como las familias de Margot, Bernardo o Manolo, y otra cosa es esa élite... ¿Cómo la llamaste? ¡Seres de otro mundo!

-Tienes razón, Linda -puntualizó Sofía-. Me hizo falta aclarar que la riqueza no necesariamente hace buena o mala a las personas. Muchas de nuestras amistades son personas de familias ricas pero honestas, con un capital bien habido; trabajan, se esfuerzan y aunque disfrutan de su dinero no lo derrochan instalando grifos de oro en sus baños. Además de no ver con desprecio a nadie muchas de ellas son personas con mente abierta y sensibles a las necesidades de los demás.

-Así es –agregó Linda-. Están lejos de ser fascistas. Quizá algunos sean muy conservadores, pero sin llegar al fascismo. Si no fueran personas generosas, de buen corazón, no serían mis amigos, ¡te lo garantizo! Además, su dinero genera empleos dignos para mucha gente. Gracias a sus empresas miles de personas tienen un buen trabajo para vivir. Otra cosa es esa pequeña élite ostentosa, derrochadora y encapsulada.

-Pero, volviendo a tu caso, Linda -intervino Carlos-, en la playa nos dijiste que ya superaste aquella decepción; si es así, ¿cómo es que no tienes novio? Ya pasó más de un año, según entiendo...

-Lo mismo digo –agregó Sofía.

Linda dejó de ver la autopista por la cual conducía y volvió un instante el rostro para mirar a sus amigos con seriedad y reproche.

-¡Que afán el de ustedes de verme con novio! ¿Que acaso es obligatorio?

-Mira, Linda –agregó Sofía-, no es que tengamos afán alguno de verte emparejada con alguien. Pero tal como conversábamos en la playa antes de que regresaras del mar, es raro que una muchacha tan bonita no tenga novio. ¡Ya es tiempo!

-Bernardo se muere por ti –agregó Carlos.

-¡Y también por Sofi!

-¡Alto ahí, Linda, qué locuras dices! –Protestó Sofía.

-¡Es verdad, Sofi! Todos lo sabemos... desde adolescentes. Siempre ha sido tu eterno enamorado, y ahora que yo regreso el muy tonto se despista porque mucho lo has hecho esperar. Bernardo es una gran persona, inteligente y guapo. La muchacha que se case con él tendrá mucha suerte. Pero no seré yo porque no es mi tipo y no lo podría amar como él se merece.

Además, tú eres su tipo, Sofí. Es a ti a quien realmente ama. El amor es misterioso, si no existe esa dosis especial de *no sé qué* uno no se enamora. Independientemente de que sea bello o no el otro.

-¡Química! Eso es lo que tú quieres decir -dijo Carlos.

-¡Exacto! Además, ¿qué prisa hay? Ya me equivoqué una vez y no quiero equivocarme de nuevo. Mejor ir despacio.

Sofía hizo el intento de replicar pero al fin guardó silencio limitándose a negar con la cabeza. Pronto entraron a la pequeña ciudad. Linda pasó dejando a sus amigos por sus respectivas casas antes de dirigirse a la suya deseando encontrar a su papá para cenar juntos. Despreocupada y contenta no tenía idea de que la vida que le esperaba en los próximos meses no sería nada fácil para ella.

El doctor Abelardo Rostrán había aprovechado el domingo para visitar en la capital a su viejo amigo y antiguo compañero de facultad don Ricardo Mendoza. Lo había visitado una vez mientras estuvo hospitalizado, pero le debía esta otra visita después de varias semanas de haber salido del hospital. Al bajar de su auto el doctor Rostrán sintió enseguida el delicioso olor de los heliotropos que con esmero cuidó en vida doña María Elena en el jardín que rodeaba la mansión. El olor de los heliotropos le hizo recordarla y caer en la cuenta de que hoy su amigo y él compartían el infortunio de la viudez.

Habían compartido muchas cosas. Cuando eran estudiantes fueron compañeros de cuarto en aquella prestigiosa universidad española. Compartieron estudios, fiestas, serenatas y amanecieron de juerga numerosas veces. Entre ellos creció una buena amistad aunque don Ricardo le llevaba diez años al doctor Rostrán. Al obtener sus títulos de doctor en medicina, ambos decidieron cursar la misma especialidad en medicina interna.

Don Ricardo nunca quiso ejercer como médico. Incluso tardó diez años en entrar a la facultad después de su bachillerato, mientras ensayaba varios negocios alcahueteado por su madre y a pesar de la oposición de su padre que siempre lo quiso ver con un título profesional. Desde estudiante tenía trazado su plan de establecer una empresa vinculada a la medicina importando y vendiendo a hospitales y clínicas equipos de alta tecnología y otros materiales, para lo cual fundó una sociedad en la que tenía el 40 % de las acciones. Cada uno de los otros tres socios tenía individualmente un 20 %, la mitad de las acciones que él tenía, aunque los tres sumaban el 60 %. El capital lo obtuvo gracias al respaldo financiero de su padre que también había sido un exitoso

empresario y que se sintió satisfecho una vez que don Ricardo obtuvo su doctorado en medicina y una especialidad. Sus socios eran su íntimo amigo el doctor Abelardo Rostrán, su abogado el doctor Lorenzo Quirós y el hermano de doña María Elena, su cuñado don Gabriel Ramírez. Después del fallecimiento de doña María Elena don Ricardo traspasó la mitad de su 40 % a sus dos hijos –10 % a cada uno- principalmente con el fin de que María Elena, que ocuparía la Gerencia General de la empresa, fuera también accionista. Él se reservó el 20 %. *“Al fin y al cabo –pensó- pronto ambos heredarán todas mis acciones.”*

En cambio, su amigo Abelardo decidió ser un médico de provincia y volver a la pequeña ciudad donde nació. De nada habían servido los ruegos de don Ricardo para que el doctor Rostrán se radicara en la capital y trabajara en Tecnomedic, de la cual al fin y al cabo era socio, o para que al menos ejerciera la medicina en la gran ciudad. El doctor Abelardo Rostrán era un hombre de provincia decidido a seguir siéndolo y allá se estableció contrayendo una deuda bancaria para instalar su consultorio y adquirir el 20 % de las acciones de la empresa fundada por su amigo. Ambos habían regresado de España trayendo consigo sus diplomas, sus experiencias, sus ilusiones, y en el caso del doctor Rostrán trayendo también una española que después de veinte años de feliz matrimonio falleció dejándolo solo en compañía de Linda, su hija. Nunca quiso volver a casarse.

Sentados en animada conversación frente a una cantarina fuente del jardín, el doctor Rostrán disfrutaba de un exquisito y aromático café acompañado de pastelitos salados mientras don Ricardo tomaba un jugo de naranjas. Ambos estaban muy lejos de ser aquellos alegres jóvenes que recorrían las calles de Madrid piropeando a las muchachas por el Paseo de la Castellana y La Gran Vía, o haciéndose acompañar por guapas chicas entre las arboledas de El Retiro. Sus amplias frentes -por no llamarles calvas- sustituían sus galantes cabelleras de antaño. Sus vanidosos bigotes fueron sustituidos por las arrugas que marcaban en sus rostros el inexorable paso del tiempo. Su visión de la vida había cambiado diametralmente de dirección. Antes

miraban hacia el futuro, hacían planes, construían proyectos, pensaban en el mañana. Todo eso podía resumirse en una palabra: ¡entusiasmo! Ahora miraban hacia el pasado, recordaban sus momentos de mayor alegría, pasaban vista por sus éxitos y sus fracasos, pensaban en el ayer. Todo eso podía resumirse en una palabra: ¡nostalgia! Aunque se notaba la diferencia en años y en salud de ambos amigos, mucho mejor conservado el doctor Abelardo Rostrán.

Después de hablar sobre sus recuerdos el doctor Rostrán, muy impresionado por el evidente deterioro físico de su amigo, quiso saber más detalles sobre la salud de don Ricardo.

-¿Qué tal funcionan los *stent*?

-Muy bien, Abelardo. Ric y su novia Rosi hicieron un buen trabajo. ¿Recuerdas a Rosi?

-La recuerdo. Una linda cardióloga rubia, la doctora Rosa María Fuentes. Excelente médico, por cierto. La conozco, aunque no he tenido el gusto de hablar con ella. Parece buena muchacha.

-Si... una buena muchacha. Con sus ideas modernas, claro está; más modernas de lo que puedo asimilar o aceptar, pero al fin y al cabo no me toca juzgarla... ¡Tú sabes cómo son estos tiempos!

-¿Tienen fecha programada para el *bypass*?

-No. Aún no. Ni siquiera estoy seguro de querer ese *bypass*. Rosi opina que se me haga cuanto antes, pero Ric le teme a mis ochenta años y a mi condición física para someterme a una operación a corazón abierto y aún no se decide. Las arterias están un poco más despejadas ahora, aunque no totalmente y siempre hay peligro de otro infarto. Yo, por mi parte, no quisiera entrar a un quirófano del cual no sé si saldré vivo, sin ver antes resuelto un asunto de gran importancia para mí.

-¿Qué asunto es ese?

-Nunca se lo he dicho a nadie, Abelardo. Pero tú fuiste mi compañero de juventud, eres mi socio y sin duda alguna no tengo otro amigo tan cercano como tú. Aunque tienes como cinco años menos que yo...

-Como diez, más bien.

-Como sea, pero eres un viejo igual que yo.

-No tengo tantos años como tú; tampoco exageremos, ¿eh? Además, ni tu ni yo somos viejos sino personas mayores.

-Los dos somos bastante mayores, Abelardo. Y por eso tú seguramente me puedes comprender.

-Para eso servimos los verdaderos amigos, ¿no?

-Así es. El asunto es que, aunque para nosotros las cosas no acaban con la muerte pues hay otra vida después de ésta, siento en lo más profundo de mi ser la necesidad imperiosa de prolongar mi permanencia en este mundo a través de mi descendencia.

-¿Y cuál es el problema? Todos reaccionamos instintivamente en favor de la conservación de la especie y la permanencia de nuestros genes. Desde las criaturas inferiores hasta los humanos todos luchamos de una u otra forma para conservar la especie y cada individuo prolongar su propia existencia en los genes transmitidos a su descendencia. En realidad es algo que está presente en todos los seres vivos. ¡Pero se trata de un asunto que tú lo tienes resuelto!

-No. No lo tengo resuelto.

-¿Cómo? ¿Y tus dos espléndidos hijos?

-Sí... mis hijos, ¡y hasta allí no más!

-¡Hombre Ricardo! ¿Cómo le pides más a la vida? Yo solo tengo una hija, Linda. ¡Y me siento totalmente realizado! En cambio tú tienes dos hijos y todavía te quejas. ¡No te comprendo!

-Tu hija, me contaste, se iba a casar, ¿no?

-Sí. Y tú sabes también por qué se canceló la boda.

-Y pensaba tener hijos...

-¡Claro! Pero, ¿a qué viene eso? La ruptura de Linda es algo de lo que no me agrada hablar.

-Pero Linda a pesar de aquella ruptura sigue siendo una muchacha que piensa casarse y tener hijos... ¿no es así?

-Como toda muchacha, supongo. O al menos la gran mayoría... creo... algún día... supongo que más temprano que tarde.

-Y tú verás a tus nietos... tu continuidad en este mundo... O al menos estás seguro de que vendrán...

-Como tú también.

-¡No! Si las cosas no cambian, no.

-¿Qué quieres decir Ricardo? ¡Por Dios! ¡Me intrigas con tanto misterio!

Don Ricardo Mendoza se puso en pie y mirando hacia el jardín dio la espalda a su amigo, poniéndole una mano en el hombro. Aspiró la fragancia de los heliotropos como si quisiera retener para siempre aquel perfume que le hacía sentir la presencia de su esposa María Elena y continuó hablando pausadamente con una profunda tristeza.

-Ni Ric ni Mari quieren tener hijos.

La frase sonó lapidaria. El doctor Rostrán sintió el dolor en las palabras de don Ricardo. Lo sintió y lo comprendió. Era un dolor muy grande, angustiante, evidente y casi palpable: un dolor tan pesado que casi podía tocarse. Imaginó lo terrible que él se sentiría si Linda tomara una decisión como aquella. También soñaba con ver a sus nietos, y como decía su amigo, sentir que su propia vida continuaría en ellos.

-¿Comprendes, Abelardo, lo que esto significa? Siempre pensé que mi vida en este mundo no terminaría en el momento en que mi corazón dejara de palpar. Viviría en mis hijos, en mis nietos, en mi descendencia; viviría para siempre en este mundo. Si no, nada de lo que hasta hoy he hecho tendría sentido. -Hizo una pausa, y luego en voz casi susurrante y quejumbrosa continuó:

-¿Para qué Tecnomedic? ¿Para qué tantos proyectos y esfuerzos? ¿Qué legado, qué huella dejaré en este mundo? Una vez que mis hijos mueran, y algún día como todo el mundo van a morir, no quedará nada de mí, nadie va a recordarme. ¡Simplemente desapareceré! Entonces, ¿para qué viví? ¿Qué sentido habría tenido mi vida? ¡Ninguno! ¡Tampoco la de mi esposa María Elena!

El doctor Rostrán enmudeció. No sabía qué decir; aquello le sonaba un poco exagerado pero a la vez tenía sentido. Mientras don Ricardo continuaba hablando:

-Estoy muy cerca de cruzar la línea, Abelardo. Y no quiero irme sin dejar esto arreglado. Debo tener nietos. ¡Un nieto al menos! ¡Nieto o nieta, es igual! Se lo debo también a María Elena. Ella soñaba con ver a nuestros nietos correteando por estos jardines.

-¿Por qué estás tan seguro de que tus hijos no van a darte nietos? ¿Por qué dices que no quieren tener hijos? A lo mejor no por ahora, pero en el futuro, aunque sea después de que tu no estés, seguramente que van a tenerlos.

-Bien... te diré. Ric y su novia Rosi son una pareja ultramoderna y ni siquiera piensan en el matrimonio. Les basta acostarse de vez en cuando. Ambos solo piensan en sus carreras y los hijos son vistos como un estorbo. Ninguno de los dos quiere comprometerse ni ver su carrera obstaculizada por estar cambiando *pampers*. No tengo ninguna duda de que preferirían tener una mascota; de ser posible un pez para que no salga de su diminuta pecera ni emita ningún sonido molesto. Y Mari igual; está dedicada a realizarse en su profesión, como dice ella. Su matrimonio no funciona más que como una cómoda ficción social. Las veces que les he preguntado a ella y a Alberto han sido muy claros en decirme que tener hijos no forma parte de sus planes. ¿Habrás visto semejante insensatez? Bueno, en realidad ni siquiera tienen un matrimonio, aparte de las formalidades.

-Pero tus hijos son jóvenes aún. Seguramente más adelante...

-Más adelante yo no estaré y me iré sin saber si habrán o no niños en ese "más adelante". A como van las cosas lo más probable es que no. ¿Conoces las estadísticas? Mientras la gente pobre se reproduce cada vez más aumentando la pobreza, entre la gente de clase media para arriba la población descende. Es absurdo... la pobreza aumenta con la explosión demográfica, mientras los que tienen recursos se niegan a traer niños al mundo. Ni hombres ni mujeres quieren tener hijos. Tienen perros, gatos, loros, peces, iguanas... pero niños, ¡ni hablar! Así es en Europa y entre los anglosajones de Estados Unidos. Su población descende y suplen la carestía de brazos para trabajar con los inmigrantes del Tercer Mundo. Ahora ese mal está invadiendo los estratos medios y altos de América Latina. Simplemente la nueva generación se niega a tener hijos.

-Pero esa actitud implica mucho egoísmo; me parece antinatural. La realización profesional y hacer fortuna no están reñidos con tener una familia estable y con hijos, como Dios

manda. Solamente una inmensa ambición y una comodidad egoísta pueden conducir a lo contrario.

-Llámalo cómo quieras: egoísmo, ambición, comodidad... ¡Ya ni sé cómo llamarlo! ¡Quizá insensatez o locura! Se supone que todos tenemos un instinto maternal o paternal, pero parece que algunos jóvenes lo han perdido y se conforman con el sexo casual para calmar sus pasiones. ¡Muchos ya ni siquiera se casan! Una noche se acuestan con uno y a la semana ya se están acostando con otro; si no es que al día siguiente. Algunos duran un tiempo en parejas, a veces hasta algunos años como Ric y Rosi que llevan varios años juntos llamándose *novios* pero sin un compromiso firme, mucho menos el compromiso y la responsabilidad de tener hijos. ¿Cómo van a querer hijos llevando ese tipo de vida? ¡Es triste! Por supuesto que Mari y Alberto se casaron, pero su matrimonio se mantiene solo por las apariencias. Con entusiasmo Mari sacó su maestría en administración y desde el accidente está entregada con pasión a Tecnomedic. Sus planes son la plena realización profesional y nada más. Alguna culpa tengo por haberla llevado a la Gerencia General, aunque igual la hubiese contratado otra empresa.

El doctor Rostrán se estremeció. Lo que decía don Ricardo tenía mucho de verdad. Una terrible verdad.

*“Debo tener una conversación con Linda, en cuanto llegue a casa.”*

-No vayas a cometer ningún disparate, Ricardo. Lo que me dices es cierto y es muy triste, pero no está en tus manos corregirlo. No puedes obligar a tus hijos. No los presiones ni armes un pleito con ellos. Recuerda que tu salud no está bien y debes estar en paz.

-Tienes razón, Abelardo. He pensado mucho en eso. No solo debo estar en paz, sino morir en paz. Pero puedo al menos expresarles lo que pienso. Debo hacerlo pronto, pues el tiempo se me acaba. ¿Cómo no ven el ejemplo de sus padres? Yo me dediqué a Tecnomedic y su madre se dedicó a su empresa Decoraciones y Eventos, y a pesar de eso fuimos una pareja feliz que los criamos muy bien a los dos. Si ellos conocen mis sentimientos a lo mejor cambian de opinión y si piensan tener

niños alguna vez, quizá decidan hacerlo antes de mi muerte. ¡Tengo que expresarles lo que pienso!

-Expresarles... ¡Nada más! Nadie te puede reprochar por expresar tus ideas. ¡Pero no se te ocurra presionarlos!

-Lo sé... lo sé... Lo sé bien, mi querido amigo.

El doctor Rostrán conducía por la autopista alejándose de los grandes edificios, de los caracoleados pasos a desnivel, del *smog*, y del sofocante ruido de la capital. Las fábricas a orillas de la autopista a medida que avanzaba daban paso a campos cultivados y el cielo iba cambiando de grisáceo a azul celeste. Pronto llegaría a su querida cabecera de provincia, con sus edificios modestos de no más de tres o cuatro pisos, con un tráfico decente y con una vida menos loca y acelerada. Se sentía alterado, deprimido y hasta cierto punto alarmado por la conversación con su amigo. Sentía compasión por él, pero además no podía dejar de pensar en las implicaciones que podría tener aquel tema en su propia vida.

*“¿Querrá Linda tener hijos?”*

Al llegar a su casa notó que el auto de Linda ya estaba en el garaje. Estacionó el suyo junto al de ella y luego con el control remoto cerró la puerta levadiza que había abierto segundos antes. Entro por la puerta interna que daba del garaje a la cocina, y desde allí divisó a su hija sentada en el sofá de la sala de estar, con los pies descalzos, las piernas recogidas y de cola de caballo, viendo la tele. Aún traía la blusa playera y el short con el cual había salido en la mañana al paseo con sus amigos.

-¡Hola preciosa! –Saludó al entrar.

-¡Hola papá! ¿Qué tal tu viaje?

-Bien... Pero, dime, ¿cómo te fue en tu día de playa?

-¡De maravilla! El agua estaba tibia, el sol radiante, la barbacoa deliciosa y los amigos súper.

-¡Qué bien! ¡Un día perfecto! ¿Fue Bernardo?

- Si... Bernardo, Manolo, Carlos, Tania, Margot y Sofi... Tú sabías quiénes íbamos... ¿Por qué me preguntas por Bernardo?

-No... por nada. Como Manolo y Tania son novios, igual que Carlos y Margot, quedaban solo tú y Bernardo... y como él

pareciera estar enamorado de ti, pues... no sé... pensé que a lo mejor se entendían...

-También estaba Sofí. Pero, ¿quién te ha dicho que yo tenga algún interés en Bernardo? ¿Por qué me dices eso, papá? Es curioso... Ya son dos las veces que hoy me quieren emparejar con él. Primero Carlos, ¡dale con Bernardo en el viaje de regreso! Y ahora tú. ¿Qué les pasa?

-Era una simple pregunta.

-¡Muy rara en ti! No eres de los padres que hagan ese tipo de preguntas a su hija, así, de sopetón, sin más ni más.

-Olvidemos a Bernardo. ¿Tranquila?

-Esta bien, papá.

-Pero... ¿piensas en casarte, verdad?

Linda saltó del sofá abriendo enormes sus hermosos ojos de avellana; frunciendo el entrecejo se paró en sus lindos pies descalzos, colocó ambas manos en su esbelta cintura y mirando fijamente a su padre, le recriminó:

-¡Papá! ¿Qué te pasa? ¿Qué animal te picó? ¿Qué son esas preguntas?

-Nada, Linda. Nada. Solo que tengo curiosidad de saber qué piensas de tu futuro. ¿Acaso hay algo malo en que un padre quiera conocer los planes de su hija?

-Mira, papá. Ven acá y siéntate por favor. Vamos a conversar.

El doctor Rostrán se sentó y Linda sentándose junto a él recogiendo de nuevo sus bellas piernas en el sofá, continuó:

-Tú estás muy raro. A mí me encanta hablar contigo y te comparto lo bueno y lo malo de mi vida. Tus consejos -igual como hacía con los de mamá- siempre los he escuchado y puesto en práctica. No tengo reparo alguno en hablar contigo de mis planes... Pero aquí está sucediendo algo distinto. Yo te conozco muy bien, y algo pasa que no me has dicho. Tú tienes que explicarme eso. A ver... ¡dime!

-¡Ay Linda! Eres demasiado lista y conoces bien a tu padre. En efecto... algo pasó hoy que me tiene muy conmovido.

Linda pasó de enojada a preocupada.

-¿Tú estás bien, papá? ¿Tiene algo que ver con tu salud? ¿Tienes algún problema?

-No... No, preciosa. Estoy absolutamente bien. Es algo que me dijo Ricardo. ¿Recuerdas a Ricardo, verdad?

Por supuesto. El doctor Ricardo Mendoza, tu gran amigo, compañero de carrera, socio y dueño principal de Tecnomedic a quien hoy fuiste a visitar. De niña, cuando estudiaba la primaria en la capital, su hija Mari era mi compañera de clases; iba con frecuencia a su casa, una linda mansión por cierto. Después entré aquí al cole y dejé de frecuentar la capital porque siempre estaba con mis amigos de acá; luego me fui a Europa y no he vuelto a verlos. Poco antes de regresar de Europa me enteré del fallecimiento de doña María Elena, lo cual me apenó muchísimo. Era una mujer admirable y muy cariñosa conmigo.

-¿Recuerdas a su hijo Ricardo?

-Bueno... Recuerdo al niño Ricardito y a mi compañerita Mari. Creo que no reconocería hoy al doctor Ricardo Mendoza hijo ni a la licenciada María Elena Mendoza de no sé Quién, si acaso se firma a la antigua.

-El caso es que ninguno de los dos quiere tener hijos y eso tiene destruido al pobre Ricardo.

Después de un instante de perplejidad y silencio Linda soltó una risa fresca y animada. La tensión que tenía se desvaneció y luego miró a su padre con ternura y con una amplia sonrisa.

-¿Y eso te tiene a ti preocupado porque piensas que yo no me casaré ni voy a tener hijos? Ahora comprendo. Pero a mí me parece que no tener nietos no debería ser algo tan terrible...

-Para Ricardo sí. ¡Y ahora pienso que para mí también!

-¡Caramba, papá! Supongo que tener nietos debe ser algo muy bueno y deseable –respondió Linda-, pero no como para convertirse en algo terrible no tenerlos... ¡No para que don Ricardo se sienta destruido, como dices!

-Tú no entiendes... No sabes lo que es sentir lo que nosotros sentimos... Si estuvieras en nuestro lugar... Si tuvieras la edad de Ricardo o la mía...

*“Debo calmarme. La estoy presionando, contrario a lo que le aconsejé a Ricardo.”*

-¡Pero no la tengo, papá! Yo no tengo tu edad ni puedo sentir lo que ustedes sienten. No vivo sus circunstancias. No es

natural que yo experimente sus mismos sentimientos, por lo cual no estoy en capacidad de ponerme en su lugar... –Linda hizo una pausa al darse cuenta que se había puesto a la defensiva y estaba siendo muy dura con su padre, cambió el rostro severo por una sonrisa y continuó hablando en un tono diferente-. Mira, papá: yo vivo otro momento de la vida, lo cual no significa que no los comprenda o al menos trate de comprenderlos; entiendo su deseo, pero no alcanzo a medir la falta de nietos con las dimensiones que quizá ustedes lo ven. Sin embargo, puedo llegar a imaginarlo. A ver, cuéntame por qué se angustian tanto don Ricardo y tú.

El doctor Rostrán contó con detalle a Linda los razonamientos de don Ricardo, los cuales enfatizó que él compartía. Le contó sobre el estado de salud de su amigo y las opiniones y actitudes que tenían Ricardo y María Elena sobre el tema del matrimonio y los hijos. Linda lo escuchó con esmerada atención, más preocupada por su padre que por don Ricardo Mendoza.

-Siento mucha pena por él, papá. Pero Ric y Mari son dueños de sus vidas y él debe respetar lo que ellos decidan.

-El dice respetarlo, aunque piensa hablarles del tema.

-Mientras no les monte una campaña...

-No; me dijo que no quiere presionarlos.

-Me parece bien... Ojalá así sea. En cuanto a usted, doctor Rostrán –dijo con solemnidad-, lo veo en el futuro cargando a sus nietos... ¡Si Dios quiere! Yo soy una muchacha de hogar, papá. Mamá y tú me enseñaron a ver la vida en forma sencilla y a la familia como la forma natural de vivir en este mundo: padre, madre, hijos. Tengo la ilusión de casarme con un buen muchacho y tener niños o niñas, o ambos; lo que Dios me de la dicha de tener.

-¡Que alegría y tranquilidad me das, preciosa!

-Pero debes estar muy, pero muy claro, que nadie debe casarse ni mucho menos tener hijos porque sientan la necesidad de darles nietos a sus padres, o porque sus padres estarían tristes de no tenerlos. El matrimonio y los hijos son decisiones personales que toman ambos esposos y nadie más debe interferir en eso. Lo de alegrar a los abuelos es un beneficio adicional, no una razón determinante a la hora de tomar esa decisión. Yo voy a

darte nietos, si Dios quiere, te lo repito. Pero porque serán hijos que yo deseo, porque será mi propia decisión y en su momento será también la decisión de quien quiera que llegue a ser mi esposo... espero. No me casaría con quien no quiera tener hijos. Yo te adoro, como tu bien lo sabes, pero no es por esa razón que me casaría y tendría niños. ¿Me comprendes?

-Claro. Perfectamente. Y así debe ser, preciosa.

-Y una cosa más... ¡No me casaré con Bernardo! ¡Basta de eso! ¿Estamos claros? Además, aunque no lo dice, se que a Sofi le gusta y le interesa Bernardo y ve en mí un obstáculo. No me siento bien por eso, pues Sofi es mi mejor amiga. Ojalá Bernardo pronto se convenza de que está pretendiendo a la chica equivocada. La verdad es que ellos dos se gustan desde hace años y harían una pareja perfecta. Bernardo siempre ha estado enamorado de Sofi, pero ahora ve en mí la novedad de la chica recién llegada. Eso se le va a pasar. ¡Se le tiene que pasar!

-Pero, hija; es que eres muy bonita y es natural que le gustes a Bernardo.

-Puedo gustarle. Más bien, yo sé que le gusto como deben gustarle otras muchachas, especialmente Sofi... o Thalía o Shakira. A mí también me gustan Chayanne, Luis Miguel y Antonio Banderas, pero no estoy enamorada ni me casaría con ninguno de ellos...

-¡Un momento, Linda! No te permitiré despreciar a semejantes estrellas. ¡Yo quisiera ser el suegro de uno de ellos!

-¡Qué interesado! -dijo Linda riendo con frescura y dándole un cariñoso empujón a su padre.

-Pero en serio, ¿a ti qué muchacho te gusta?

-¡Me gustan un montón! ¡Pero ninguno en particular! ¡Ya basta, papá! ¡No me presiones! Las cosas van a suceder cuando convengan. Voy a preparar la cena; ¿no tienes hambre?

-Sí, preciosa. Pero hoy quisiera que comiéramos fuera. Al menos yo tengo sobradas razones para celebrar.

-¿Me llevarás a *La Piccola Montagna*? Ya sabes cómo me gusta la pasta.

-Como quieras, preciosa. Ve a cambiarte de ropa. No pensarás ir a cenar vestida así. Ahhh... y también tendrás que calzarte. ¡No pensarás ir de short y descalza! Bastante tengo con

todas esas miradas y suspiros por ti aún cuando andas bien cubierta –bromeó con un estado de ánimo totalmente diferente al que traía de la capital.

-Papá... Antes de cambiarme quisiera agregar algo a nuestra plática.

-Está bien, dime.

-No tiene razón don Ricardo Mendoza al decir que sin descendencia la vida no tiene sentido. Hay personas que sacrificaron tener una familia por un ideal y su vida ha tenido más sentido que la de la mayoría de la humanidad. Bastaría un ejemplo: Teresa de Calcuta.

Eso es cierto, hija. Y yo pudiera agregar una inmensa lista de personas, incluyendo a muchos sacerdotes y religiosos... Pero hay que entender a Ricardo. Si no es su descendencia, ¿qué legado dejaría él a la humanidad? ¿Y yo? ¡Nosotros no somos ni Teresa de Calcuta ni Francisco de Asís!

-Entonces estás de acuerdo conmigo, papá, en que uno no deja solamente sus genes como legado a la humanidad. Alejandro Magno nos legó su epopeya; Sócrates, Platón y Aristóteles, su filosofía; Miguel Ángel y Da Vinci, tanto genio creador; Cervantes, El Quijote; Beethoven, Mozart y Tchaikovski, su música inmortal; Julio Verne su imaginación literaria; Gandhi su idealismo y resistencia pacífica; Rubén Darío su poesía; Bolívar su heroísmo y su visión sobre la unidad y grandeza de nuestros pueblos... y en cuanto a ejemplos de amor y sacrificios hay una larga lista de hombres y mujeres que renunciaron a todo por servir a los demás... ¿No debería encabezar esa lista Jesús mismo?

-¡Totalmente de acuerdo! Pero querer perpetuarse en la descendencia no deja de ser una legítima aspiración y forma parte de la naturaleza humana... Más aún, está en el orden biológico de la creación.

-No lo niego, papá. Es verdad. Es un deseo legítimo y encomiable. Pero no son nuestros genes lo único que dejamos al pasar por este mundo ni es nuestra descendencia lo único que le da sentido a nuestras vidas... sin restarle su importancia, ¡que sí la tiene y es muy grande!

Una vez un ecologista reaccionó molesto cuando alguien soltó la expresión *matar dos pájaros de un tiro*. Afirmó que lo mismo se puede expresar de otra manera sin necesidad de aludir al cruel asesinato de dos pajaritos. Quizá por eso aquella noche antes de dormir el doctor Abelardo Rostrán, cuando meditaba sobre lo que tenía que hacer, pensó: “*Debo enviar muy pronto a Linda a un viaje y dos mandados*”.

El apartamento de Ricardo era elegante y cómodo. Un apartamento de soltero, pero adecuadamente listo para ser usado en las ocasionales visitas de Rosi que resultaban muy prácticas y convenientes para la vida sexual de los dos jóvenes profesionales en franco ascenso y que no querían contraer ningún compromiso permanente o serio que pudiera resultar en obstáculo para sus metas, las cuales estaban colocadas en el siguiente estricto orden de prioridad: obtener dinero, prestigio y autorrealización personal.

Su relación había iniciado en los últimos años de la facultad de medicina, continuó durante sus años como residentes, después durante la especialización y ahora en el exitoso ejercicio profesional como brillantes cardiólogos. Ricardo solamente en una ocasión había mencionado la posibilidad de casarse, a lo que Rosi respondió en forma categórica:

-¿Casarnos? ¿Para qué? Dame una sola razón para hacerlo.

-Este... bien... podría ser para formalizar nuestro compromiso.

-¿Cuál es nuestro compromiso?

-Pues... ¿ser fiel el uno al otro?

-Igual lo podemos ser sin casarnos, así como igual podemos ser infieles estando casados.

-¿Y si tenemos hijos? El matrimonio de los padres es lo mejor para los hijos.

-O lo peor, si no resultan bien las cosas, lo cual es muy frecuente. Pero, además, tener hijos no está en mis planes. Quizá piense en eso cuando me acerque a los cuarenta años.

-Cuando seamos muy mayores para tenerlos...

-Puede que sí y puede que no. Pero no es un asunto vital para mí. En todo caso, si cuando llegue a vieja me siento muy sola puedo adoptar un niño. Pero tú, Ricardo, eres libre de decidir tus prioridades en la vida. Sabes que te quiero y no me gustaría perderte, pero si el matrimonio y los hijos son importantes para ti, no podré complacerte y no debo ni quiero retenerte a la fuerza.

-No, Rosi. No son asuntos vitales tampoco para mí. En realidad, ni siquiera es algo de importancia; pero quería conocer tu opinión. Por otra parte no veo razón alguna para que no vivamos juntos, sin necesidad de casarnos pero bajo el mismo techo. Nuestra relación lleva varios años y cada cual sigue viviendo por su lado.

-Fuera de ahorrar dinero no veo ninguna ventaja en vivir juntos. Y dinero no nos hace falta ni a ti ni a mí.

-Dormiríamos juntos todas las noches.

-¿Y qué ventaja nos traería? Tú sabes que aunque así fuera no tendríamos relaciones todas las noches, entre otras razones porque no debería ser normal para nadie, y también porque generalmente ambos terminamos agotados cada día. Como también sabes que la vida de un médico es de horario impredecible. Quizá si tú fueras un contador y yo una secretaria podríamos vivir juntos, pero no es así. En nuestra condición vivir juntos solo nos impondría ataduras. ¡El solo hecho de tener que estar pendiente uno del otro sería un fastidio! Cada cual tendría que sacrificar parte de sus costumbres, sus gustos, sus preferencias... Si tú quisieras dormirte y para eso te molestaran mis ronquidos, ¡tendríamos un problema! Si tú debes escribir un informe y necesitas concentrarte, mientras yo deseo ver un programa de televisión, ¡tendríamos otro problema! ¡No! Definitivamente no tiene ningún sentido vivir juntos.

En aquella única ocasión en que trataron el tema Ricardo no tuvo argumentos que oponer al razonamiento de Rosi, pues consideraba muy práctica la forma de pensar de su novia. No obstante, a pesar de lo conveniente y lógico que parecía todo, Ricardo sentía de vez en cuando una sensación de vacío y le surgían ideas y sentimientos tales como la necesidad de una entrega mutua más completa y sin reservas, darle más sentido al amor mediante el sacrificio por el ser amado, la necesidad de

compartirlo todo, construir una vida juntos, formar una familia... En algún libro había leído que no hay verdadero amor entre dos personas si no están dispuestos a renunciar a algo el uno por el otro, si no hay disposición a buscar primero la felicidad del otro antes que la propia; incluso, que el verdadero amor presupone estar siempre dispuesto a aceptar hasta el dolor. A veces se preguntaba por qué esas cosas que parecían realmente esenciales en un verdadero amor estaban ausentes en su relación con Rosi. ¿Sería que lo suyo no era más que amistad y pasión?

También se preguntaba si esas ideas y sentimientos surgían en él solamente porque así lo habían educado y eran conceptos condicionados, convencionalismos aprendidos desde su niñez; o si en cambio se trataba de una parte de la naturaleza humana que luchaba por salir a luz mientras era reprimida y ahogada por la comodidad y por otras prioridades... las prioridades de Rosi y de él: obtener dinero, prestigio y autorrealización personal.

Pero ese sábado por la noche Rosi estaba en su apartamento y cuando Rosi y él estaban en la intimidad la pasión sustituía sus razonamientos. Como sucedía siempre, no hubo lugar para reflexiones cuando después de apagar las luces y encender velas en la alcoba y el baño la bella muchacha de cabello rubio y lizo cortado al estilo paje, de ojos azules como un cielo de verano, desnudó frente a él su atractivo cuerpo blanco y bello como una preciosa y perfecta escultura, mientras con sonrisa y mirada traviesas se sumergía en la amplia bañera con agua tibia y espuma aromática, escuchándose en el estéreo una agradable música de violines románticos. Ricardo desnudó su formidable cuerpo viril y también se introdujo en la bañera. Después de un rato salieron y se secaron con dos amplias toallas para ir a la cama y hacer el amor salvajemente, con furor animal, hasta quedarse dormidos.

Por la mañana del domingo Ricardo despertó solo en su cama. Fue a buscar a Rosi encontrándola en la cocina. No pudo ocultar su decepción al ver que la joven médico estaba lista para salir, impecablemente vestida, peinada y maquillada, terminando de tomar una taza de café con tostadas, apoyando sus lindas caderas en el desayunador.

-¿Te vas?

-Tengo que ver a un paciente en cuidados intensivos. Regresaré.

-Te estaré esperando.

-Espero que sí –dijo sonriendo con picardía mientras sus ojos azules admiraban el cuerpo de Ricardo que se había levantado apenas en calzoncillos. Tomó otra tostada y se sirvió otra taza de café cambiando de conversación-. ¿Recibiste los formularios de la especialización?

-¿Los de cardiología pediátrica?

-Exacto.

-No. ¿Tú sí?

-Ayer por la tarde llegaron en el correo. Seguro tú los tienes en el buzón. Hay que completarlos y regresarlos pronto a Sao Paulo.

-No lo creo, Rosi. Mientras mi papá esté tan enfermo no podría irme por un año a Brasil.

-Comprendo... Hablaremos luego.

Luego no hablaron. Es decir, no hablaron del tema. Ni Ricardo ni Rosi quisieron mencionarlo mientras descansaban ese domingo viendo la tele y haciendo el amor. Tampoco lo hicieron en los días siguientes. Ninguno quería abordar aquel asunto. Rosi estaba decidida a irse por un año a hacer la nueva especialidad y Ricardo estaba imposibilitado de ir. Ninguno quería tocar el punto, sin saber que muy pronto irremediablemente tendrían que enfrentar un dilema peor.

Quien haya leído el cuento de Rubén Darío *Palomas Blancas y Garzas Morenas* habrá encontrado en sus páginas a dos muchachas totalmente diferentes pero ambas igualmente atractivas. Dos tipos distintos de belleza. Así eran Rosi, la novia de Ricardo, y María Elena, la hermana del mismo. Rosi era una paloma blanca y María Elena era una garza morena. Rosi era blanca, rubia, de ojos azules. María Elena era de un suave color moreno; de cabello negro y ojos verdes. Ambas eran preciosas, con bellos rostros y cuerpos sensuales. Difícilmente alguien podría decir cuál de las dos era más bonita o más sexi.

Así como en su físico Rosi y María Elena tenían notorias diferencias, tenían también notorias similitudes en su filosofía de la vida. No es que pensarán exactamente igual, pero coincidían en varios aspectos. Quizá por eso se llevaban tan bien para fortuna de Ricardo, novio de una y hermano de la otra. Aunque lo de novio era una manera de definir una situación ciertamente muy indefinida.

María Elena se había casado, pero como si no lo hubiese hecho. Alberto y ella compartían la habitación y solo durante los primeros meses compartieron el sexo, abandonando las relaciones sexuales entre ellos antes de su primer aniversario. Cada uno iba buscando por la vida sus propios intereses, tras sus propias metas; y en cuanto al sexo, Alberto lo practicaba con otras mujeres muy frecuentemente. A María Elena no le importaba. Su matrimonio en realidad era un arreglo de conveniencia porque ambos consideraban útil tener compañía. Su vida social era intensa en el mundo en que se movían lleno de empresarios conservadores con esposas remilgosas y criticonas. Llegar a las frecuentes cenas y recepciones sin pareja sería incómodo para cualquiera de los dos.

Llegar con una pareja diferente cada vez sería objeto de una crítica mordaz y dañina para sus relaciones empresariales. Llegar con una pareja con quien vivieran sin un matrimonio de por medio, sería fatal, contra todas las reglas de su círculo de colegas empresarios, ya no se diga de los socios del elegante y muy selecto *Gold Country Club*.

Por otra parte, la educación religiosa recibida por María Elena, aunque no fuese una católica practicante, la motivó a formalizar esa relación de conveniencia mediante un matrimonio religioso en toda regla. Así que se casaron con gran pompa y elegancia en una iglesia exquisitamente adornada por su madre, con ese acuerdo no escrito pero perfectamente conocido por ambos. Por supuesto que tal acuerdo no contemplaba tener descendencia. Nadie, fuera de las más íntimas amistades de ambos y un reducido grupo familiar, sabía la realidad de aquel falso matrimonio sin amor al que inicialmente se opusieron tenazmente don Ricardo y doña María Elena.

El joven Ricardo Mendoza hijo fue quien convenció a sus padres de no oponerse a la decisión de su hermana que ya era bastante grandecita para decidir por sí misma, y tomando en cuenta, además, que si se hurgaba en la realidad de los matrimonios de su círculo social se encontrarían con que esos casos eran mucho más frecuentes de lo que se pudiera pensar, escondidos bajo el ropaje de una gran hipocresía que guardaba las apariencias.

María Elena era la Gerente General de Tecnomedic. Al terminar su maestría en administración asumió el cargo para el cual se había preparado, aunque la máxima dirección se suponía que la ejerciera don Ricardo desde la presidencia ejecutiva. Pero con la muerte de su madre, su padre se derrumbó y ella tomó mayores responsabilidades desde la gerencia general. Los demás socios pensaron que era muy joven e inexperta, pero que sería algo temporal mientras don Ricardo se recuperara.

Al caer la tarde de aquel jueves, en la Sala de Conferencias de la Presidencia Ejecutiva de Tecnomedic estaban casi todos los socios puntualmente presentes según fueron convocados para una

Asamblea General Extraordinaria. Don Ricardo Mendoza ocupaba la cabecera como presidente ejecutivo. A su derecha estaba el vicepresidente, su amigo y abogado doctor Lorenzo Quirós. Luego estaba el secretario, su cuñado don Gabriel Ramírez, hermano de doña María Elena. A su izquierda estaban sus hijos: María Elena y Ricardo, quienes no ocupaban cargos directivos. Faltaba el vocal, su mejor amigo el doctor Abelardo Rostrán.

-Esperemos un poco más a Abelardo –dijo don Ricardo-. Recordemos que tiene que recorrer ciento cincuenta kilómetros para llegar aquí.

Todos asintieron. En realidad el doctor Lorenzo Quirós y don Gabriel Ramírez estaban acostumbrados a esperar al doctor Rostrán que generalmente se atrasaba unos diez o quince minutos. Igual estaba acostumbrada María Elena que asistía a las sesiones desde que era gerente general, aunque este día por primera vez lo hacía como socia. Quien nunca antes había participado era Ricardo, pues hasta ahora se realizaba una Asamblea de Socios desde que su padre le traspasara el diez por ciento de las acciones de Tecnomedic.

De pronto la puerta de la Sala de Juntas se abrió y todos volvieron la mirada esperando ver al doctor Abelardo Rostrán. No era él. En cambio, una muchacha de extraordinaria belleza apareció frente a ellos. La sorpresa era grande pues al principio nadie reconocía a la recién llegada.

-Buenas tardes –dijo-. Soy Linda Rostrán y vengo en representación de mi padre el doctor Abelardo Rostrán. Perdonen la demora.

Linda estaba espléndida con sus suaves y ondulados cabellos castaños sueltos sobre sus hombros y sus hermosos ojos café que iluminaban su rostro discretamente maquillado con buen gusto y sobria distinción. Lucía un elegante conjunto de pantalón y *blazer* gris claro con un pañuelo de seda roja en el cuello. Un traje muy apropiado para una elegante y bonita mujer ejecutiva.

La primera en reaccionar fue María Elena, quien inmediatamente después de oír su nombre recordó a su amiga de los tiempos infantiles.

-¡Linda! –Exclamó-. ¡Pero qué agradable sorpresa!  
¡Bienvenida!

Todos se habían puesto en pie.

-Gracias, Mari –dijo Linda-. ¿Te puedo llamar así?

-Por supuesto, Linda. Como me has llamado siempre.  
Además, aquí estamos todos en familia.

-Gracias de nuevo. Traigo conmigo una carta poder extendida por mi papá.

-Bienvenida, Linda –dijo don Ricardo acercándose para saludarla-. ¿Abelardo está bien?

-Sí; gracias don Ricardo. Solo que tiene hospitalizado un paciente en estado delicado. Por eso me ha pedido representarlo.

-Es un gusto tenerte entre nosotros. Tenía años de no verte y me alegro de que estés aquí. Gabriel –dijo dirigiéndose al secretario don Gabriel Ramírez-, ¿puedes recibirle la carta poder?

-Por supuesto. Qué alegría verte, Linda. Te recuerdo de niña, pero ahora estás muy diferente, convertida en una atractiva mujer, y no te había reconocido. –Se acercó a ella y estrechó su mano, tomando luego el documento.

-Muy amable, don Gabriel. Y a usted, don Ricardo, lo veo muy bien. He estado al tanto de su salud y espero que su mejoría continúe.

-Gracias, Linda. ¡No sabes cuánto me alegro de verte! Recuerdo a aquella chiquilla que correteaba por mi casa. ¡Cómo gozaría María Elena si pudiera verte ahora tan extraordinariamente transformada!

Todos se acercaron a saludarla sintiendo su suave y discreto perfume, la fuerza de su mirada, y el aplomo y seguridad en sí misma que irradiaba al obsequiarles con su agradable sonrisa. Ricardo fue el último. La saludó con un beso en la mejilla mientras estrechaba su mano.

-¡Que placer verte, Linda! Ha pasado mucho tiempo desde que jugábamos en el jardín de la casa, cuando íbamos al cine con Mari y luego a comer pizza... ¿recuerdas?

-Perfectamente... *Ricardito* –bromeó sonriente. ¿O debo llamarte ahora doctor Mendoza?

-¡Nooo! Para ti soy el mismo Ricardo de siempre... o simplemente Ric como me llaman en confianza. Pero, ¡en qué belleza de mujer te has convertido! ¡Estás preciosa!

-Al menos no uso trenzas que puedas jalarme como entonces ni frenillos en los dientes de los que tanto te burlabas.

-¡Por supuesto que no! –Respondió riendo divertido-. Oye Linda, al finalizar la reunión Mari y yo tenemos que cenar contigo y conversar mucho para ponernos al día. ¿Verdad Mari?

-Así es –lo secundó María Elena-. Tenemos mucho de que conversar.

-Gracias a los dos –dijo Linda-. Para mí será muy agradable cenar con ustedes, pero dependerá de la hora; no quisiera regresar muy noche por la autopista.

-No te preocupes –dijo Ricardo- que después nosotros te escoltaremos hasta allá.

-Okey, Ric. Lo veremos después, ¿te parece? De todas formas, muchas gracias.

Ricardo asintió con la cabeza sin dejar de sonreír galantemente. A María Elena no le entusiasmaba el ofrecimiento de su hermano que la comprometía a recorrer trescientos kilómetros en un viaje de ida y regreso, seguramente entrada la noche. Iba a decir algo para zafarse pero de momento no se le ocurrió nada y su papá ya estaba llamando a iniciar la sesión.

Ricardo recordaba a una niña flacucha, de trencitas y frenillos, en nada parecida a la extraordinaria mujer que se sentó frente a él al otro lado de la mesa de conferencias, causándole una agradable impresión.

*“Qué mujer más bella –pensaba Ricardo-. ¡Bellísima!”*

Linda sintió la mirada de Ricardo. Le agradó. Estaba acostumbrada a que los hombres la miraran. Unos con admiración, otros con evidentes intenciones de conquista, algunos con lasciva vulgaridad. Ninguna mirada le molestaba pues ignoraba por completo a los vulgares morbosos y disfrutaba de las miradas de los conquistadores y de los simplemente admiradores. Como toda mujer ella también se sentía halagada de ser admirada y de que algunos intentaran conquistarla, aunque el tipo no le interesara o no le gustara. También sabía reconocer cuándo un hombre estaba tratando de conquistarla o solamente la

admiraba. La mirada de Ricardo era una mirada de admiración... pero era una *intensa* mirada de admiración. Los hombres maduros sentados en aquella mesa también la admiraban, igualmente María Elena; pero ninguna era una admiración tan intensa como la que percibía de Ricardo. De pronto sus miradas se cruzaron por dos o tres segundos y ambos se sonrieron por un instante. Ella continuó viendo por un brevísimo momento a cada miembro del grupo.

*“Cómo cambia la gente con el tiempo –pensaba Linda-. Estos señores... don Ricardo, don Gabriel, el doctor Quirós, que ahora son personas mayores, cuando los vi por última vez eran hombres jóvenes. Hoy se nota cómo han pasado los años. Don Ricardo anda por los ochenta, diez más que los setenta de mi papá. Los menores son don Gabriel y el doctor Quiroz que andarán por los sesenta. Mari era una niña bonita, pero no la mujer tan atractiva que estoy viendo ¡tan parecida a su madre y tan bonita como ella! Y Ricardito ya no es ningún Ricardito... ¡es un hombre guapísimo!”*

-Bien... iniciemos la sesión –dijo don Ricardo.

Don Gabriel como secretario comprobó las acciones representadas en la sesión: 20 % de don Ricardo, 10 % de María Elena y 10 % de Ricardo hijo, que sumaban el 40 % originalmente de don Ricardo Mendoza. 20 % del doctor Quirós, 20 % del propio don Gabriel y 20 % del doctor Rostrán, representado por Linda, sumaban el otro 60 %. Estaban, pues, representadas el 100 % de las acciones.

Don Ricardo les hizo a sus socios una larga exposición en la que refirió cómo había concebido Tecnomedic hasta llegar a formar la sociedad con ellos; historió sobre el desarrollo exitoso de la empresa y su amor por ella. Luego se refirió al fallecimiento de su esposa y a su propio estado de salud. Se emocionó al punto de interrumpir su exposición un momento para calmarse y tomar un poco de agua sirviéndose en su copa de una de las botellas de *Perrier* que estaban frente a ellos. Finalizó explicando que no le era posible continuar al frente de Tecnomedic, la cual en la práctica estaba siendo dirigida por María Elena como gerente

general. Por consiguiente, les pedía aceptar su renuncia y elegir a María Elena como presidenta ejecutiva.

Todos lo habían escuchado muy atentos y sinceramente conmovidos. El salón quedó en silencio. Un silencio que se prolongaba más de lo normal. Don Ricardo se sirvió un poco más de *Perrier* y después de un sorbo miró a su abogado y a su cuñado esperando una respuesta o una reacción que extrañamente no llegaba. Finalmente su cuñado don Gabriel Ramírez carraspeó y empezó a decir:

-Sin duda que el sentimiento de todos los socios es de un profundo pesar por tu renuncia, Ricardo. Desde la muerte de mi hermana María Elena hemos entendido tu dolor y tu justificada y comprensible ausencia. Todos esperábamos que luego de unos meses te recuperaras y asumieras de nuevo tus funciones. No contábamos con las malas noticias que todos conocemos y que nos has recordado hoy sobre tu salud. Hemos estado pendientes de eso, muy preocupados, más que como socios como familiares y amigos.

Esperábamos que tu ausencia fuera temporal –continuó exponiendo don Gabriel- y optamos porque Lorenzo, como vicepresidente, no asumiera tu cargo ni siquiera temporalmente, dejando que Mari dirigiera la empresa desde la gerencia general, mientras tú te reincorporabas. Pensamos que era un gesto de aprecio y consideración hacia ti que no fuera ocupado tu lugar mientras volvías. Ahora tú nos anuncias algo que ya esperábamos desde el infarto –continuó diciendo-. Entendemos tus razones y sabemos que tu renuncia es dolorosa, para ti y para todos nosotros, pero necesaria; tan necesaria para ti como para la empresa. Sabemos que necesitas llevar una vida tranquila, de descanso, de sosiego, para que puedas estar muchos años más entre nosotros. Eso te obliga a poner tu renuncia que entiendo que todos vamos a aceptarla por el aprecio que te tenemos y porque tu salud nos importa mucho.

Por otra parte, Mari, mi querida sobrina y ahijada, a quien todos queremos y admiramos, ha hecho un excelente trabajo y es una eficiente gerente general. Ella sin duda debe continuar en ese cargo que es el más importante después del de presidente ejecutivo, pues el vicepresidente no es más que un suplente. Pero

ella todavía no tiene la suficiente experiencia para asumir la presidencia. Por eso hemos pensado que lo mejor es que Lorenzo, quien ha sido el vicepresidente desde la fundación de esta empresa trabajando hombro a hombro contigo y que la conoce como la palma de la mano, sea elegido presidente ejecutivo. Por supuesto que Mari, como gerente general, será su mano derecha en todo -finalizó.

Don Ricardo no se sorprendió por la propuesta. El entendía esas razones, pero su hija estaba ilusionada y esperaba que él la propusiera; por eso lo hizo, con la leve esperanza de que fuera aceptada. Sin embargo, aunque no fue ninguna sorpresa no dejó de sentirse incómodo por la propuesta de su cuñado y le entristeció ver el rostro decepcionado de María Elena, quien –a diferencia de él- no comprendía las razones expresadas por su tío y padrino con quien se quería mucho. Don Ricardo sabía muy bien que el destino de María Elena sería la presidencia, más temprano que tarde. Era asunto de tiempo y paciencia. No obstante palideció y empezó a sudar. Aunque ya tenía noticias de que se presentaría esa moción, una vez llegado el momento la propuesta presentada lo conmovió, más que nada por los sentimientos de su hija. Don Ricardo estaba visiblemente alterado y Ricardo se levantó alarmado para atender a su padre.

–¿Estás bien, papá? Sería mejor suspender la sesión por ahora...

–No. Estoy bien, hijo. No te preocupes. Solo muy sorprendido y extrañado de que *mi cuñado* –remarcó estas palabras- no me haya advertido que iba a hacer finalmente esta propuesta que solo me habían comentado como una posibilidad sin confirmación.

–Estás juzgándome mal –dijo don Gabriel-. Fue hasta hoy que pude hablar con Lorenzo; tú sabes que estuvo fuera varios días y recién llegó al país esta tarde. Vino aquí directo del aeropuerto. Yo no podía tomar la decisión de proponerlo sin saber si Lorenzo aceptaría. En cuanto llegó le consulté y me dijo que estaba de acuerdo en aceptarlo. Antes de su viaje ambos te comentamos esa posibilidad, pero nada estaba confirmado. No tuvimos oportunidad de discutirlo contigo ni siquiera por teléfono antes de la reunión pues no respondía tu celular y no estabas en tu

casa. Hasta que llegaste a esta sala supimos que habías pasado por una revisión en el hospital y tenías apagado tu teléfono. Por otra parte, lo que propuse es razonable. Mari es muy joven y tiene poco tiempo en la empresa. Yo te había dicho que me parecía que necesitaba un poco más de experiencia para asumir la presidencia ejecutiva. Aunque sin duda más adelante asumirá ese cargo.

-Así es, Ricardo –intervino el doctor Lorenzo Quirós-. No reacciones por favor como si fuera yo un extraño... ¡Soy tu amigo! ¡Uno de tus mejores amigos además de tu abogado de toda la vida! No va a asumir la presidencia ejecutiva un adversario o alguien que no sienta por ti y por tu familia un inmenso cariño... y mucho respeto. Jamás prescindiría de Mari en la gerencia general. Conozco muy bien Tecnomedic porque te he acompañado y apoyado desde que tomaste la iniciativa de fundarla y estaré presidiéndola solo mientras Mari adquiere mayor experiencia. Estoy cansado de muchos años de bregar en la vida y no deseo estar en esto por mucho tiempo; no más de lo estrictamente necesario para estar seguro de que Mari tenga un poco más de experiencia. Luego yo mismo la propondré a ella para reemplazarme.

María Elena había sentido todo aquello como un balde de agua de la Antártida vertido sobre su cabeza. Sintió que se había abierto el piso bajo sus pies y que se hundía junto con todos sus sueños e ilusiones. Sabía que su padre les había traspasado acciones a Ric y a ella para que como socia pudiera asumir el cargo que ahora se le estaba negando y con el cual se había ilusionado. Sería su peldaño de oro en la escalera del éxito. Un éxito profesional para el cual se dedicaba en cuerpo y alma y que era lo primero en su vida. También sabía que su padre podía morir en cualquier momento y que su ilusión era ver a uno de sus hijos sustituyéndolo como Presidente de Tecnomedic.

Ricardo vio el asunto con preocupación por la salud de su padre y se preguntaba si todo eso sería una traición o si era más bien lógico. No tenía idea de las cosas de Tecnomedic y no se podía formar una opinión en ese momento. Necesitaba que su padre y Mari le explicaran el asunto, y por supuesto que en todo caso los apoyaría.

Don Ricardo sorprendió a todos cuando dijo:

-No le demos más vueltas a este asunto. Vamos a votar de una vez, a menos que alguien tenga algo más que agregar.

Entonces palideció María Elena que no se explicaba por qué su padre no suspendía la sesión. Pero no se atrevió a contradecirlo; siempre sintió gran respeto por sus decisiones.

*“Papá estará mal del corazón pero no de la cabeza. No voy ahora a contradecirlo. Si él ha decidido que votemos, no seré yo quien alargue la discusión. Falta el voto de Linda y será ella quien decida. Linda debe ser el As bajo la manga que debe tener papá. Seguramente ya habló al respecto con el doctor Rostrán.”*

-Primero votaremos por aceptar mi renuncia –dijo don Ricardo-. Los que estén de acuerdo levanten la mano.

Todos levantaron la mano, menos Linda. Las miradas se clavaron en ella.

-¿Linda...? –Inquirió don Ricardo.

-Si... Quisiera dar mi voto razonado y hacer una moción. Yo creo, y mi padre también, por supuesto, que nadie puede ser mejor Presidente Ejecutivo de Tecnomedic que don Ricardo. Solamente por su estado de salud y por respeto a su propia decisión yo voto por aceptar su renuncia, pero al mismo tiempo propongo que junto a la aceptación de su renuncia conste en acta el reconocimiento unánime de los socios a su labor como fundador y a su encomiable trabajo al frente de la empresa, cuya presidencia ejecutiva entrega por renuncia voluntaria y en una excelente situación financiera, declarándolo Presidente Emérito. Además, que ese reconocimiento se haga público en un acto con la asistencia de todo el personal, de los principales proveedores y clientes, develando una placa conmemorativa y su retrato al óleo en la sala de ingreso y recepción del edificio.

*“No solo es una belleza –pensó Ricardo-. Además es inteligente y hábil... se ve que no vino solo a levantar la mano. Vino muy bien preparada.”*

-¡Totalmente de acuerdo! –Expresó don Gabriel.

-Te felicito por tu moción, la cual respaldo con mucho entusiasmo –agregó el doctor Quirós-. Creo que es evidente que todos estamos de acuerdo y no hay necesidad de someterlo a votación.

-Gracias Linda, a ti y a tu papá –dijo conmovido don Ricardo-. Gracias también a todos. Entonces... paso la presidencia a Lorenzo como vicepresidente, pues yo ya no soy presidente a partir de este momento. Lorenzo presidirá la elección del nuevo presidente ejecutivo.

Ricardo y María Elena, simultáneamente, sintieron un estremecimiento y una gélida corriente que iniciando en sus cabezas pasó por la médula de cada uno de sus huesos hasta los dedos de sus pies. En ese instante la vida de su padre había sufrido un cambio dramático y se despojaba de la investidura que había sido una de sus principales razones de ser en la vida. Miraron a su padre con reverencia, amor y dolor sintiendo una inmensa compasión y al mismo tiempo la profunda tristeza de ver confirmada la cercanía de su fin. A la vez lo vieron con gran admiración y respeto. Se retiraba con orgullo, con decoro y habiendo alcanzado el éxito. Se retiraba triunfante y con una aureola de prestigio y dignidad incuestionables.

El doctor Quirós entonces tomó la palabra.

-Demos un aplauso a nuestro Fundador y Presidente Emérito doctor Ricardo Mendoza -todos se pusieron en pie y aplaudieron con entusiasmo.

-Bien... Ahora debemos continuar la sesión –dijo el doctor Quirós mientras se sentaban-. Están propuestos dos nombres para la presidencia ejecutiva, el de Mari y el mío. Yo acepto mi nominación. -Se dirigió entonces a María Elena-. ¿Aceptas tu nominación, Mari?

-Sí, doctor.

-Entonces los que voten por Mari levanten la mano.

Se levantaron las manos de don Ricardo, María Elena y Ricardo hijo. Sumaban 40 % de las acciones. Todas las miradas se volvieron de nuevo hacia Linda, quien permaneció sin votar y en silencio. Muy tranquila y circunspecta.

María Elena y Ricardo tenían esperanzas de que Linda votaría por María Elena decidiendo la elección con su 20 %, y de forma diferente cada uno se sintió decepcionado. Ante eso, dieron por un hecho la elección del doctor Quirós, quien continuó diciendo:

-Ahora levanten la mano los que voten por este servidor.

Se levantó la mano de don Gabriel y del propio doctor Quirós. Sumaban 40 %. Nuevamente Linda permaneció sin levantar la mano.

-¿Cuál es tu voto, Linda?

-Abstención, doctor –respondió, manteniéndose siempre tranquila y circunspecta.

-Bueno... Ricardo, Mari y Ric representan el 40 %. Gabriel y yo representamos otro 40 %. Por lo tanto hay un empate que solo puede decidir el voto de Abelardo, es decir, de Linda. Si ella se abstiene no hay decisión. ¿Mantienes tu abstención, Linda?

Si, doctor. Mi papá y yo discutimos largamente la situación de Tecnomedic y no tenemos todavía una opinión sobre esta elección. Necesitamos tiempo para decidir. Tanto don Ricardo como don Gabriel llamaron a mi papá para expresarle sus propios criterios y preocupaciones. Mi papá fue claro con ambos al decirles que debía estudiar bien su voto, consciente de que sería decisivo. Les dijo también que votaría según lo que objetivamente conviniese más a la empresa. Don Ricardo y el doctor saben que no hizo ningún compromiso. Quiso saber también mi criterio y me tomé unos días estudiando todos los documentos que él tiene sobre la empresa. Luego cambiamos impresiones y el resultado es éste. Necesitamos tiempo. Quizá esperar unos quince días sería conveniente antes de votar de nuevo. Sabemos que de por medio está pendiente la decisión de aceptar o rechazar una representación comercial que puede ser muy beneficiosa o muy perjudicial, según se vea, y que sobre eso hay diferentes criterios de parte de Mari y de parte suya, doctor. Ese es un asunto que también mi papá y yo quisiéramos tener en cuenta y analizar mejor antes de votar. Mientras tanto, usted, doctor Quirós, sigue siendo el vicepresidente y por lo tanto presidente ejecutivo en funciones; interinamente, claro está. Y Mari sigue en la gerencia general. La empresa puede trabajar así magníficamente por un par de semanas, mientras se realiza una nueva sesión.

-Está bien. Estás en tu derecho de solicitar ese tiempo, Linda. Entonces quedamos todos citados para dentro de quince días exactamente, a las cinco de la tarde.

-Perdone, doctor Quirós –interrumpió Linda-, pero solicito que la sesión se inicie a las tres en vez de las cinco. Mi padre tendrá que recorrer, como siempre, una buena distancia... o vendría yo, en caso de que él no pueda. Sería una gentileza si todos ustedes que viven aquí adelantan la sesión un par de horas. Son casi las siete y debo regresar por la autopista de noche, lo cual no deja de ser un inconveniente.

-Me parece razonable Linda. No creo que nadie se oponga. Así será, ¡no faltaba más! –finalizó el doctor.

Al levantarse todos abandonaron la sala don Gabriel y el doctor Quirós, no sin antes despedirse con suma cortesía de los tres miembros de la familia Mendoza y de Linda; ésta se dirigió después a la esquina del salón donde estaba el grupo que Ric y María Elena habían formado con su padre.

-Don Ricardo... –se aproximó diciendo Linda-, lamento que su retiro se haya dado en estas circunstancias. Tanto mi papá como yo lo queremos mucho. Yo aprendí desde niña a quererlos a los tres ustedes y a doña María Elena, y mi afecto no ha cambiado a pesar del tiempo que he pasado sin verlos. Si fuera por cariño el voto hubiese sido para Mari. Espero que nos comprendan. Sabemos que Mari es súper competente, pero hay varios aspectos que analizar.

-No te preocupes, Linda –respondió don Ricardo-. En primer lugar quiero agradecerte de nuevo y de todo corazón la moción que hiciste al aceptar mi renuncia. Trasmítele también a tu papá mi agradecimiento, pues supongo que fue una decisión de ambos.

-Así es, don Ricardo. Le daré gustosa su mensaje.

-Por otra parte, conozco muy bien a tu padre. Sé el cariño que Abelardo nos tiene y sé que su decisión sobre la presidencia ejecutiva la está analizando muy objetivamente. No es ninguna sorpresa para mí. El me había dicho hace un par de días que aún no sabía por quién votar. En realidad, pensé que tú traías ya una decisión, pero veo que todavía están analizándolo, lo cual me parece muy bien. Al final tu papá hará lo que mejor crea para la empresa y si no vota por Mari a lo mejor signifique que nosotros

estamos equivocados. Creo en su buen juicio –dijo con sinceridad-. Si sometí a votación el asunto fue a sabiendas de que tú ibas a tener el voto decisivo y me arriesgué al buen criterio de tu papá... y al tuyo, según veo, puesto que estás participando activamente en las decisiones sobre Tecnomedic.

María Elena no compartía la opinión de su padre, aunque sabía que era sincero. Sin embargo, no le hizo mala cara a Linda. Por su parte, Ricardo seguía sin comprender mucho. Ni siquiera sabía nada de ese asunto sobre una representación comercial controvertida. Entonces recordó su propuesta de cenar con Linda.

–¿Qué les parece si vamos a cenar los cuatro?

María Elena pensó que sería una buena oportunidad de acercarse más a Linda y preparar el terreno para una conversación con ella sobre su candidatura antes de la próxima sesión.

–Excelente idea –dijo.

Don Ricardo iba a responder cuando Linda se adelantó:

–Les agradezco, pero es tarde y no es conveniente ir sola por la autopista después de oscurecer. Si vamos a cenar ahora probablemente estaría regresando a casa cerca de la media noche.

–Yo te llevaré a tu casa –le ofreció Ricardo.

–¿Y dejar mi auto? Lo necesitaré mañana, Ric. Te lo agradezco muchísimo, pero de verdad no puedo. Además, no quisiera dejar a mi papá esperándome hasta muy tarde, y sé que no se irá a dormir hasta conversar conmigo personalmente sobre lo que ha pasado aquí hoy. Deseará que le cuente todo hasta el mínimo detalle.

–Okey; ni modo Linda. ¡Qué lástima! Sin embargo tienes razón... lo comprendo. Pero esa cena queda pendiente –insistió Ricardo-. Te llamaré por teléfono.

–Gracias, Ric. Ahora, tengo que irme... no se imaginan el gusto que me ha dado verlos a los tres. ¡Cuánto he sentido el fallecimiento de doña María Elena y haber estado fuera del país en aquel momento! Seguro que nos veremos muy pronto –dijo despidiéndose de ellos con un afectuoso beso.

–Bonita muchacha –dijo don Ricardo-. ¡Y muy inteligente! Me agrada.

-Aunque nos negó su voto... –comentó María Elena con algo de resentimiento.

-Eso no debería importarte mucho, Mari. La presidencia ejecutiva es lo deseable... y a lo mejor la vamos a obtener en quince días. Pero algo que dijo Lorenzo es muy cierto. El está deseando su jubilación. Si tú no eres electa dentro de quince días, lo serás a lo sumo en dos años. ¡Calma! Por de pronto les confirmo que yo confío sinceramente en lo que Abelardo decida y lo aceptaré muy tranquilo. Los argumentos de Gabriel y Lorenzo son válidos... aunque yo estoy seguro de tu capacidad y no dudo que serías excelente presidenta ejecutiva desde hoy mismo. Pero ellos ven a una joven muchacha con poca experiencia en Tecnomedic. No deja de ser razonable su punto de vista. Sin embargo hay un serio inconveniente para que Lorenzo asuma la Presidencia: su oposición a que firmemos el contrato de representación comercial con la *Deutschland Medical Equipment* por los posibles conflictos con la *Medical Equipment Supplier*. Si Lorenzo resulta electo no va a firmar ese contrato con los alemanes, ¡aunque lo necesitamos tanto! Lorenzo es muy conservador y prefiere no contrariar a la primera firma que Tecnomedic representó desde su fundación, como es la *Medical Equipment Supplier*, que nos exige exclusividad.

-Una exclusividad injusta y perjudicial que nos compromete a no representar otras marcas para ciertos equipos; algo que ellos no nos dan a nosotros, pues tienen otros distribuidores -agregó María Elena.

-Ya veremos qué pasa... Hoy me siento muy cansado. Me iré a casa.

*“Sí. Veremos qué pasa. Al fin y al cabo no es Tecnomedic lo que más me preocupa. Como sea, estará en buenas manos y lo del contrato tendrá que resolverse. Mari en algún momento llegará a presidirla sin duda. Pero me angustia que el tiempo se agota y no se ven posibilidades de resolver lo más vital para mí. Abelardo envió aquí a Linda... ¿estará pensando lo mismo que yo? Pero, ¿sería eso posible?”*

El doctor Quirós y don Gabriel tuvieron que desplazarse hasta la pequeña capital de provincia para reunirse con el doctor Rostrán y con Linda. Cuando los primeros invitaron a cenar a los Rostrán y pidieron una sugerencia sobre el sitio, Linda recomendó *La Piccola Montagna*. Disfrutaron de una pasta exquisita. Como casi siempre lo hacía, Linda pidió *spaghetti alla bolognese*, lo que imitaron el doctor Quirós y don Gabriel, mientras el doctor Rostrán pidió *lasagna*. Acompañaron la cena con un exquisito *chianti*. Ninguno tomó postre. El doctor Quirós y don Gabriel pidieron un café; Linda un capuchino y su padre un té de manzanilla. Fue hasta entonces que la conversación, que había girado en torno a temas triviales, cambió en dirección al verdadero motivo de aquella reunión.

-No imaginaba que ibas a estar interesada en el mundo de los negocios -dijo el doctor Quirós dirigiéndose a Linda, a quien conocía desde el día de su nacimiento.

-Pues ya ve, doctor. Aquí estoy acompañando a papá en esto. Soy su única hija y debo interesarme en todos sus asuntos. ¿Quién más podría hacerlo? Antes estaba mamá, por supuesto; pero ahora somos solo él y yo. Y le he tomado gusto al asunto.

El doctor Quirós se dirigió entonces al doctor Rostrán:

-Todos conocemos la especial amistad que hay entre tú y Ricardo, y que Linda además es amiga desde la infancia de Mari y Ric -continuó dirigiéndose ahora al padre y a la hija-, por lo que deseo dejar claro una vez más que tanto Gabriel, que es su cuñado, como yo, que soy su amigo y abogado de toda la vida, también apreciamos mucho a Ricardo y a sus hijos, y que nuestra posición está motivada únicamente por lo que consideramos que

es lo mejor para la empresa y por consiguiente para todos los socios, incluyendo a Ricardo y sus hijos.

-Eso está perfectamente claro -dijo Linda, mientras el doctor Rostrán asentía con la cabeza.

-Preferimos que Mari espere un poco para asumir la presidencia ejecutiva -continuó el doctor Quirós-. Ella será en poco tiempo la más indicada, sin duda. No tanto por ser hija de Ricardo, sino por ser una ejecutiva muy bien preparada e inteligente... además de ser hija de Ricardo, por supuesto; es un factor que no se puede dejar de considerar. Pero necesita conocer mejor la empresa. Navegar con el timón en mano en aguas tranquilas no es igual que hacerlo en medio de la tormenta. Ella solo ha estado en la empresa en tiempos fáciles y no ha tenido que enfrentarse a las crisis que de vez en cuando se presentan. Yo tengo tanta experiencia en Tecnomedic como Ricardo y todavía la salud me permite asumir ese cargo un par de años para preparar mejor a Mari que seguiría en la gerencia general. No tengo ningún deseo de estar más que el tiempo estrictamente necesario, y si veo que antes de los dos años Mari ya puede navegar sola, pues la apoyaré desde antes como presidenta ejecutiva. Estoy ansioso por jubilarme.

La conversación en ese momento tenía como principales interlocutores al doctor Quirós y a Linda. Don Gabriel y el doctor Rostrán escuchaban en silencio aprobando con sus semblantes y gestos lo que expresaban sus respectivos *partenaires*.

-Durante estos últimos días mi papá y yo lo hemos analizado -dijo Linda- y estamos de acuerdo con ustedes en ese punto. Sin embargo, nos preocupa que el nuevo presidente ejecutivo optase por rechazar la representación de la empresa alemana *Deutschland Medical Equipment*, o DME como se conoce, por las exigencias de la estadounidense *Medical Equipment Supplier* o MES. Sabemos que ustedes dos se inclinan por no firmar el contrato con los alemanes de la DME, lo cual sería -y perdonen la expresión- aceptar un chantaje de los gringos. No nos gusta la posición de la MES de exigirnos una exclusividad que nos impide firmar contrato con la DME. Ésta, en cambio, no nos pone condiciones.

-Mira Linda –dijo el doctor Quirós-, desde la fundación de Tecnomedic somos representantes de la MES.

-Uno de los *varios* representantes –corrigió con énfasis Linda-. La MES no nos da exclusividad, pero en cambio nos la exige. Al menos en los equipos en que nosotros nos hemos comprometido en una lista desde el primer contrato, lo cual se ha mantenido inalterable en cada renovación. Esos mismos equipos los distribuyen otras casas en el país, además de Tecnomedic.

-Pero son los mejores. La tecnología norteamericana es la mejor.

-No compartimos esa opinión. Eso fue cierto quizá en otras décadas, pero no ahora. Creemos que los Estados Unidos no son los líderes tecnológicos del mundo de hoy. Con ellos compiten otros, además de que se han quedado rezagados en varios aspectos comparándolos con los japoneses y los europeos. En realidad nosotros en otras líneas representamos firmas japonesas y europeas que son excelentes y hemos vendido sus equipos e instrumentos muy bien. La tecnología alemana que nos ofrece la DME es de primera. No menosprecio la tecnología de la MES, pero... ¿por qué seguir amarrados solo con ellos? El mercado de equipamiento médico es muy competitivo. Si nosotros firmamos el contrato con los alemanes la MES nos amenaza con cancelarnos el contrato, pero en cambio quedamos libres para representar no solo a la DME sino a cualquier otra firma europea o japonesa... o de los mismos Estados Unidos. Sin embargo, nosotros no quisiéramos dejar de representar a la MES. Ojalá que ellos acepten dejarnos en libertad de vender sus equipos además de los equipos alemanes de la DME.

-El cincuenta por ciento de los hospitales y clínicas del país tiene equipos de la MES. El personal hospitalario está familiarizado con ellos y cuando deseen comprar equipos nuevos van a querer que sean de la MES.

-No necesariamente. Esa posición, doctor, es muy conservadora. Perdóneme mi franqueza pero se lo digo con todo respeto. Mi papá y yo estamos seguros de que los clientes estarían abiertos a considerar seriamente otras marcas. Ya Tecnomedic lo ha experimentado con otras líneas, y también se ha sentido cuando algunos clientes que no quisieron más equipos de la MES

se han ido a la competencia. Claro está que algunos clientes vamos a perder, pero serán pocos en comparación con las nuevas posibilidades de venta que se nos abrirán.

-Ustedes están equivocados, Linda. Es muy peligroso. Nuestras ventas en equipos de la MES suman muchos millones de dólares al año.

-Y con la DME y las otras marcas que podremos vender una vez que nos libremos de la exclusividad con la MES, podríamos duplicar esa cifra. El comprador siempre quiere opciones y nosotros hasta ahora solo hemos podido ofrecer MES en ciertas líneas. En esos casos, ¿dónde han buscado otras opciones los clientes? ¡En la competencia! Por eso simpatizamos con la posición de Mari de suscribir el contrato con la *Deutschland Medical Equipment* aunque nos quite la representación la *Medical Equipment Supplier*... lo cual está por verse, pues ellos van a querer que nosotros, que somos los mayores vendedores del país, sigamos ofertando sus equipos a nuestros clientes. Lo que tratarían es de chantajearnos amenazándonos como método de presión, pero no es seguro que al final nos retiren la representación. Aún si llegaran a eso, mi papá y yo compartimos la posición de Mari, que es la misma de don Ricardo y de Ric. El contrato con la MES está por vencerse y hay que aprovechar la oportunidad para firmar uno nuevo que no contenga esa cláusula injusta de exclusividad unilateral. Si no lo aceptan, pues de todas maneras firmaríamos con los alemanes, y después también con otras suplidoras.

-No, Linda. Ustedes no tienen razón. El entusiasmo no los deja ver el peligro. En estas cosas hay que ser conservadores. Pero, aún así, según nuestros estatutos la Asamblea de Socios puede vetar por mayoría una decisión del presidente ejecutivo. O sea, que nuestra diferencia de opinión en este punto no es obstáculo para la elección del presidente. Si yo rechazo el contrato con la DME, los votos mayoritarios de los socios a solicitud de la gerencia general pueden vetarme y la gerente general firmaría el contrato con la DME. Como ves, no hay obstáculo para votar por mí como presidente ejecutivo.

-Si lo hay, doctor. No quiero ni imaginarme a Tecnomedic como una empresa en la que el presidente ejecutivo tome una

decisión oficialmente y sea anulado por una solicitud de su subalterna, la gerente general. ¡Sería desastroso! No solo usted se sentiría mal como presidente –a pesar de lo que diga hoy-, sino todos los socios y principalmente María Elena. Sin contar con la mala imagen que daríamos ante los clientes y suplidores. A lo mejor la DME tendría reservas de firmar el contrato con Tecnomedic en esas circunstancias. ¡Ese es nuestro dilema!

-Si... Entiendo, Linda. Realmente es incómodo y muy inconveniente. Teníamos la esperanza de que tu papá nos acompañara en esta decisión. Nuestro temor de que nos retire la representación la *Medical Equipment Supplier* es real y muy grande. Es un riesgo que no deseamos correr, y sobre todo yo no quisiera asumir esa responsabilidad del contrato con los alemanes. Quizá ustedes reconsideren esto.

-Así es -intervino por primera vez don Gabriel-. Es un asunto muy serio que amerita mucha reflexión.

-Ya lo hemos analizado bien y tenemos una propuesta -reaccionó Linda.

-¿Cuál sería esa propuesta? -Preguntó el doctor Quirós.

-Se trata de un simple procedimiento. Nuestra propuesta es que usted sea electo como presidente ejecutivo, doctor; pero aceptando de previo que una vez electo va a someter a la consideración de la Asamblea de Socios el contrato con la *Deutschland Medical Equipment* y una nueva negociación con la *Medical Equipment Supplier*. De esa forma la iniciativa de que la Asamblea de Socios decida sería de usted y no una apelación de la gerencia general; y la responsabilidad de esa decisión sería de la asamblea que decidiría por mayoría y no una responsabilidad suya. Al firmar con los alemanes usted solo estaría cumpliendo una resolución de la Asamblea de Socios. Con ese compromiso sería electo por el período de dos años conforme establecen los estatutos, confiando también en su ofrecimiento de que va a respaldar después de ese período la elección de Mari. No es necesario que esté convencido de firmar el contrato con la DME, simplemente usted lo sometería a la Asamblea de Socios expresando sus reservas, lo que constaría en el acta, y firmaría luego el contrato para cumplir con una decisión de la asamblea. Así se evitaría que la empresa pase por el trauma de que la

asamblea anule una negativa del presidente ante una solicitud de su subalterna. Tampoco es necesario que dé garantía alguna de estos acuerdos pues confiamos sin reservas en su palabra.

Hubo un momento de silencio. Don Gabriel y el doctor Quirós intercambiaron miradas reflejando las dudas que ambos tenían como para tomar una decisión en ese momento.

-Por mi parte -dijo el doctor Quirós- lo voy a considerar y les comunicaré mi decisión. No se hagan muchas expectativas. Yo ahora mismo preferiría que Mari asuma la presidencia aún con su inexperiencia, y que sea ella quien firme con los alemanes si eso quiere la mayoría, y no cargar yo con la responsabilidad de poner mi firma en el contrato con la DME sabiendo que eso nos divorciaría de la MES. Sin embargo, lo pensaré. Voy a considerar seriamente tus razonamientos, Linda.

-Yo esperaré la decisión de Lorenzo -expresó don Gabriel-. Hemos estado de acuerdo coincidiendo en este asunto y respetaré lo que él decida.

-Pero tengan en cuenta -agregó Linda- que de todas formas se firmaría el contrato con la DME y usted, doctor, sacrificaría a Tecnomedic al tener que elegir una presidenta todavía sin suficiente experiencia. ¿No sería mejor que usted firmara el contrato con la DME como nuevo presidente ejecutivo considerando que de todas maneras en cualquier escenario se va a firmar ese contrato? Además que sería en cumplimiento de una decisión de la máxima autoridad de la empresa y no responsabilidad suya. Usted solo cumpliría con los estatutos de Tecnomedic.

-Lo pensaré, Linda. Lo pensaré...

Se despidieron muy amablemente. No había resentimientos. Aunque con posiciones diferentes todos sabían que lo que cada uno hacía y deseaba era de buena fe pensando en lo que consideraban lo mejor para la empresa. El afecto y la amistad se daban por descontado.

Fue María Elena quien llamó a Linda para concertar la cita pendiente para comer juntos. Se reunirían los tres, incluido

Ricardo. Como Linda no vivía en la capital, le proponían que ella decidiera el lugar.

-Podemos aprovechar que el sábado voy a estar allá al medio día y almorzamos juntos -dijo Linda.

-Perfecto. Yo no trabajo los sábados y espero que Ric no tenga ninguna emergencia. Si te parece bien nos reunimos a la una y treinta en *Le Cheval Blanc*. ¿Lo conoces?

-Sí. El restaurante Francés de la Primera Avenida.

-Exacto. ¿Te va bien la hora?

-No hay problema. Allí estaré.

-Hasta entonces.

-Nos vemos, Mari. ¡Hasta pronto!

Linda llegó puntualmente. María Elena estaba esperándola con la noticia de que Ricardo había tenido una emergencia en el hospital y le pedía que lo disculpara por no poder almorzar con ellas.

-Ni modo -dijo Linda-. ¡Qué lástima! Me hubiera gustado conversar también con él de aquellos tiempos de nuestra infancia... ¿Todavía se siente tan rico el perfume de los heliotropos en el jardín de tu casa? O más bien, ahora sería la casa de tu papá...

-Mi casa. Siempre esa será mi casa. En realidad así me refiero a donde viví los años más felices de mi vida. Cuando hablo de ella algunos se confunden pues también llamo mi casa a donde vivo con Alberto.

-Ah, sí. Alberto Mantilla, tu esposo. Espero pronto conocerlo.

-No te afanes por eso, Linda. Ya lo conocerás, claro... No hay prisa.

-¡Huy, Mari! ¿Y esa falta de entusiasmo?

-Bueno... tú sabes... No es el mío un matrimonio como para entusiasmarse.

-¿Por qué? ¿Van mal las cosas?

-Ni bien ni mal. A ti puedo confesártelo. Es un matrimonio conveniente para ambos, pero ¡hasta allí no más! No hay amor... no hay pasión; solamente la hubo en un comienzo, de

vez en cuando... ¡muy de vez en cuando! Al menos hay amistad. Pero nos sirve a los dos ser marido y mujer en apariencia, por la vida social y de negocios que vivimos.

-Y esa situación, ¿por culpa de quién o de qué? Me cuesta mucho imaginarme eso en una pareja joven... en la flor de la vida. Normalmente en esos casos se separan o se divorcian. Digo... ¡no son una pareja de la tercera edad, pues!

-Muchas parejas mayores llevan una vida sexual activa, ¿sabes?

-¡Claro! En eso no hay reglas, Mari. Aunque muchas personas al llegar a mayores no tienen sexo por causas involuntarias propias de su edad o de su estado de salud. ¡Pero aún así se aman y da gusto ver cómo lo expresan de tantas maneras! No me explico cómo pueden vivir ustedes sin amor siendo jóvenes y sanos.

-La verdad es que nunca hubo amor. Fue un matrimonio de conveniencia y ambos lo sabíamos desde el principio. Tenemos lo que buscábamos.

-¿Acaso has renunciado al amor para siempre?

-Amé inmensamente a un muchacho que no se adecuaba a mis planes, por lo que corté la relación. Un idealista liberal que pensé que no calzaría con las prioridades de mi vida... mi carrera, el éxito empresarial... ¡Vive en la Luna! Entiende más de las causas sociales y del calentamiento del planeta que del éxito profesional que yo aspiro alcanzar. Es artista, pinta... Realmente es un excelente pintor. Sus cuadros se venden a muy buenos precios, pero él siempre está haciendo donaciones a diferentes causas, lo cual está bien. Dinero no le falta pues heredó un capital generoso de sus padres, en fideicomiso. De vez en cuando pienso en él y un día de estos tendrá que venir de uno de sus viajes de campañas ecológicas, artísticas, políticas o de no sé qué asunto. Puede ser que entonces lo busque y vivamos un par de noches de pasión...

-¡Oye, chica! ¿Y aquella muchacha conservadora que conocí?

-Depende. Hay áreas en las que soy conservadora y otras en las que soy liberal. Para los negocios soy conservadora. En cuanto al sexo, he sido también conservadora pero las

circunstancias me van empujando a ser más liberal... Tu bien sabes que recibimos una educación religiosa y me considero católica, como papá y mamá... aunque no muy fiel a los diez mandamientos... al menos no al sexto y a algún otro. No soy ninguna cristiana ejemplar, ¡evidentemente! ¡Si no me acuesto pronto con un hombre voy a reventar!

-¡Caramba! ¿Y si se enterara tu esposo?

-Yo me entero de muchas de sus aventuras y a él ni a mí nos importa un pepino. ¿Por qué habría de importarle a él que yo hiciera un diez por ciento de lo mismo? El vive acostándose con cualquier cantidad de mujeres.

-Los hombres no han dejado de ser machistas y podría reaccionar de una forma, digamos, inesperada... o violenta, ¿no?

-Lo sé. Pero creo que voy a aventurarme. La situación de Ric me alienta...

-¿La situación de Ric...? -De repente sintió un interés inusitado.

-Sí. Una situación muy cómoda. El y su novia Rosi -una colega del hospital- viven juntos pero no revueltos. Cada cual vive en su apartamento de soltero, pero se juntan los fines de semana. Así están desde estudiantes. ¡Sexo sin compromiso, mujer! ¡De maravilla! Claro que su relación se mantiene mediante un compromiso de fidelidad... que no se puede interpretar, creo yo, más que como exclusividad temporal. Aunque ya llevan varios años juntos y parece que se entienden bien y se han acomodado a esa situación. ¡No está del todo mal!

Linda sonrió levemente, aunque en el fondo sentía un desasosiego que no lograba descifrar por completo.

*“¿Estaré sintiendo celos de Rosi? ¡No puede ser!”*

-En realidad eso es algo bastante común ahora, Mari. Conozco muchas parejas así. No me sorprende que algunas personas hoy día piensen de esa manera.

-Y... ¿qué piensas tú sobre eso?

-Este... bueno... -pensó bien su respuesta-. En realidad no soy tan amplia en estas cosas como ustedes, pero tan poco quisiera que pensaras que soy una mojigata conservadora, aunque mi opción es el matrimonio... en toda regla. Yo me iba a casar con un muchacho de quien estaba enamorada, pero rompimos

hace un año. Ahora espero encontrar a alguien a quién pueda amar y que me corresponda para casarme y formar una familia. Pero no tengo ninguna prisa.

-¿Alguien en la mira?

-No. Nadie.

Por alguna razón le vino a la mente de nuevo la imagen de Ricardo. Recordó cómo le agradó verlo en la reunión y no pudo dejar de reconocer que sí le gustó, y mucho. Además, lo sorprendió varias veces viéndola a ella con ojos de admiración, lo cual le halagó y complació gratamente. “¿Había surgido alguna chispa?” Borró tales reflexiones como malos pensamientos. “Ricardo es un hombre comprometido.”

-¿Nadie? ¿Así, con tanta seguridad?

-Todavía no lo encuentro, Mari.

“¿Y si fuera que Ric no estuviese comprometido? ¿Sería diferente?”

-Cuando lo encuentres te voy a envidiar. ¡En serio! Recuerdo a mi papá y a mi mamá... ¡cómo se amaban! Yo estoy anteponiendo en mi vida otras metas, otros valores... pero a veces veo con envidia a los que como tú aún creen en el amor y la familia por encima de otras cosas; creen en una vida estable con un compromiso de fidelidad y entrega permanente de uno al otro.

-Tus padres y los míos fueron felices, sin duda. Me gusta su ejemplo. Y tras ese tipo de felicidad es que voy yo. ¡A ti nada te lo impediría!

-Creo que mi suerte está echada pues ya escogí mi camino y voy andando en él. Mi vida ya está encarrilada y es muy difícil regresar. Si me equivoqué... ¡no lo sé! Trato de ser feliz así y sacarle provecho a lo que tengo. Seguramente tendré un *affaire* de vez en cuando pues no tengo vocación al celibato; y como tú dices, estoy joven. ¿Y tu carrera? –Cambié de tema-. Eres arquitecta, ¿no?

-Me he dado un compás de espera después de mi regreso de Europa y del rompimiento con mi ex novio. Espero abrir mi estudio, sola o con algunos socios si los encuentro adecuados. Aunque no tengo prisa con eso, ni tampoco con el matrimonio. Llegará su momento para todo y no creo que sea incompatible ser

una buena esposa y madre y a la vez ser una buena arquitecta... o una buena ejecutiva como tú.

-Claro. Aunque hay diferentes modos de pensar, de ver las cosas...

-Por supuesto, y yo no juzgo a nadie por pensar diferente.

-A propósito de nuestros padres, Linda, ¿tu papá y tú no me encuentran capacitada para presidir Tecnomedic?

Linda ya esperaba la pregunta.

-Por supuesto que sí, pero dentro de un tiempo. Mientras adquieres una mayor experiencia el doctor Quirós puede ayudarte en tus planes ocupando la presidencia por uno o dos años y luego pasártela a ti. El desea jubilarse pronto y todos te vemos como su relevo, con absoluta seguridad. El doctor sería un puente muy adecuado en la transición de tu papá hacia ti, Mari. Te conviene que se de esa transición para asumir la presidencia sin tener que pagar el precio de cometer errores. Es el mejor camino para la empresa y para ti.

-Hummm. Parece que en todo caso así será, pues el voto de tu papá es el decisivo. ¿Han pensado ustedes en que el doctor Quirós se negaría a firmar el contrato con la *Deutschland Medical Equipment*?

-Nos reunimos con él y con don Gabriel. Nuestro voto está condicionado a que una vez electo presidente someta el caso a la Asamblea de Socios y según lo resuelva la mayoría proceda a firmar ese contrato como un mandato de la autoridad máxima de la sociedad. También a que se comprometa a apoyarte para la presidencia a los dos años. -¿Qué dijeron?

-Sobre tu futura presidencia ellos están convencidos de que así debe ser y en eso no hay objeciones de ningún tipo. Sobre el contrato y todo el asunto entre la DME y la MES el doctor Quirós ofreció considerarlo y don Gabriel hará lo que el doctor decida. Hay un acuerdo entre ellos.

-Me parece bien, Linda. ¡De veras! Es una propuesta muy inteligente.

María Elena no quiso insistir. En realidad, una vez pasado el *shock* de la votación anterior veía las cosas con mayor claridad y no le parecía tan mal esperar un par de años. Siguieron conversando de los tiempos de su niñez, como lo habían

planeado, disfrutando del vino y de los delicados entremeses franceses. Se despidieron cerca de las cinco de la tarde.

-Tenemos que encontrarnos de nuevo, Linda.

-Por supuesto.

“¿*También estará Ric?*”

En los hombres, pero más en las mujeres, hay un instinto parecido al de los felinos que nos viene en los genes desde los tiempos prehistóricos cuando nuestros antepasados vivían en cavernas y se descuartizaban en la lucha por conquistar y luego conservar una pareja. El sentido de pertenencia que pone una marca que dice *esta es mi mujer* o *este es mi hombre*, da paso al instinto felino de luchar por su pareja cuando se percibe la amenaza de que se la quiten. Ese instinto se despierta para detectar en las miradas, en las sonrisas, en los tonos de voz y en los gestos cuándo acecha el peligro. Si se sospecha tal amenaza, se reacciona instintivamente, como un tigre o una tigresa en defensa de su más preciada pertenencia.

Es un instinto evidentemente animal que existe en todo ser humano pues al fin y al cabo somos animales aunque seamos racionales. Como todos nuestros instintos éste debe ser sometido a la razón. Los animales reaccionan solo instintivamente, pero los humanos estamos obligados a frenar el instinto hasta que la razón apruebe si se debe o no reaccionar de una u otra manera. La razón siempre debería imponerse sobre el instinto, aunque a veces no es posible lograrlo. Nuestros instintos ahí están, a veces manifestándose con gran fuerza, y no van a desaparecer.

En los hombres, pero sobre todo en las mujeres, de vez en cuando se manifiesta con fuerza ese instinto felino. Cuando su hombre está frente a otra mujer, aquella pone en actividad todas sus *antenas* para detectar el peligro. La mujer sicológicamente se crispa como una gata y su *olfato* se afina a fin de captar las señales peligrosas y a la vez enviar otras de fiera advertencia: “*¡este hombre es mío!*” A la vez, la otra percibe que aquella está en actitud de alerta; jamás pasa eso desapercibido... ¡y le

divierte! Se siente halagada de haber despertado celos en otra hembra. Entonces la provoca... pone en funcionamiento todos sus encantos para atraer la atención del hombre, que puede gustarle o no, puede interesarle o no. Eso no importa. Lo que importa es provocar los celos de la que defiende la posesión de su macho. Es como triunfar en una primitiva e instintiva competencia.

En el caso de los hombres su reacción es más brutal, aunque muchísimo menos frecuente. El hombre cuyo instinto vence a la razón generalmente va directo a la agresión física. Las mujeres, en cambio, entablan una batalla sutil de lenguaje corporal, poses, miradas, gestos... palabras irónicas, disimuladas ofensas, sarcasmo... Es la reacción instintiva que está en la base de datos del ser humano grabada en la memoria de los genes desde hace millones de años y que a veces anula a la razón.

Esa batalla se da en forma encubierta creyendo las dos contendientes que actúan en forma disimulada, aunque siempre resulta evidente. Primero se dan las señales de advertencia, como los felinos cuando gruñen y muestran las uñas. Luego vienen acciones más directas.

Ricardo y Rosi miraban un escaparate en el inmenso centro comercial aquel domingo en la mañana, cuando Linda Rostrán distraídamente se acercaba a ellos por uno de los amplios pasillos del quinto piso. De pronto Linda reconoció de perfil a Ricardo y de alguna manera éste sintió su mirada y volteó el rostro hacia ella. Sus miradas se encontraron.

-¡Linda!

-¡Ric! ¡Qué sorpresa!

El joven y apuesto médico vestía una camisa manga larga azul a cuadros, jeans y tenis. El jeans ajustado al cuerpo lo mostraba varonilmente atractivo. Como siempre, su cabello negro peinado con descuido lo hacía verse más guapo.

Linda se veía fresca con su espesa cola de caballo que le daba un encantador aire juvenil y deportivo. También vestía jeans y tenis, con una camiseta sin mangas color melón con cuello en V

medianamente escotado. El jeans y la camiseta se ajustaban perfectamente a las curvaturas de su cuerpo.

Linda se acercaba a Ricardo cuando notó que a éste lo acompañaba una preciosa muchacha.

*“Debe ser Rosi, su novia.”*

Se notaba de inmediato que Rosi era muy bonita. Le quedaban muy bien sus shorts *beige*, bastante cortos, y su camiseta rosada. Se veían particularmente atractivas sus desnudas piernas de marfil y sus lindos pies tan bien cuidados, con las uñas pintadas de nácar y calzados con sandalias doradas de correas romanas. El pelo rubio cortado al estilo paje era un magnífico marco para su fina cara de delicados labios, nariz pequeña y preciosos ojos azules. Rosi estaba consciente de su propio atractivo, pero Linda era muy bella. ¡La mujer que se acercaba a ella y a su novio era demasiado bella como para permanecer tranquila!

Linda, con una amplia sonrisa que realzaba sus encantos se había acercado dispuesta a saludar amablemente a los dos. Fue entonces cuando en Rosi se despertó el instinto felino que le alertaba de un peligro inminente y miró a Linda de pies a cabeza examinándola con una mal disimulada mirada despectiva. Las alertas del instinto de Rosi se habían activado, lo cual fue captado por Linda surgiendo también en ella el instinto fiero. Sus miradas al encontrarse produjeron chispas suficientes para incendiar una montaña. No fue una mirada prolongada; bastó un instante. Rosi miró de nuevo al escaparate dando un par de lentos y calculados pasos alejándose como si no le interesara la llegada de la intrusa, mientras Linda, ignorándola a propósito, se dirigió a Ricardo con su más sensual sonrisa.

-Así que el ocupadísimo doctor Mendoza se permite unas horas de paseo dominguero... ¡qué bien!

Ricardo se acercó para besarla en la mejilla y Linda hizo otro tanto calculando colocar sus labios no muy lejos de los él y en la mejilla que Rosi podía ver. Linda no se limitó a un beso de cortesía, de esos que se dan más al aire que a la persona. Puso sus sensuales labios en la piel de Ricardo haciendo que su beso se sintiera, se escuchara y que luego se notara su huella.

La sangre de Rosi empezó a hervir. Ricardo se desconcertó un poco.

-¿Cómo estás, Linda? Te presento a mi novia...

-¡Estoy de maravilla, Ric! ¡Y tú te ves muy bien... muy guapo vestido con este elegante atuendo *sport*!

Había obviado con toda intención la presentación que Ricardo hizo de Rosi; y como si de pronto cayese en la cuenta la miró apenas y dijo:

-Ahhh, ¡perdón! Mucho gusto –no la besó ni le extendió la mano-. Soy Linda Rostrán... íntima amiga de Ric desde la infancia.

Linda se divertía con los evidentes celos de Rosi quien haciendo su mayor esfuerzo para mostrarse serena esbozó una sonrisa de incredulidad y frunció ligeramente el entrecejo.

-¡Qué raro! Ric nunca te ha mencionado.

Linda ignoró el comentario.

-¿Y tú te llamas...? -Preguntó lo que ya sabía perfectamente.

-Rosi, *la novia de Ric* –remarcó su derecho de propiedad.

-Pues que bueno conocerte, Rosa –miró entonces a Ricardo, le sonrió de nuevo sensualmente e iba a decirle algo cuando su novia la interrumpió. Esta vez su voz sonó alterada.

-¡Rosi... no Rosa! ¡No uso el nombre Rosa! ¡Me llamo Rosi!

-Perdón, me pareció escucharte decir Rosa –respondió Linda sin darle importancia.

-¡Dije Rosi! -Ahora estaba más alterada-. ¡Así que valga la aclaración!

-Okey... Rosi. –Siguió sin darle importancia y de nuevo miró sonriendo a Ricardo-. ¡Oye Ric, qué lástima que se frustró nuestra *cita*! Claro que entiendo que te surgió una emergencia; aunque espero verte muuuuy pronto –dijo con coquetería.

Rosi decidió terminar de una vez con aquella situación, consciente de que Linda estaba sacando mejor provecho.

-Ric –le dijo a su novio pasándole un brazo por la cintura y mirándole a los ojos-, se hace tarde; no sería malo aprovechar bien el tiempo e irnos al apartamento... -le guiñó un ojo sugestivamente.

Linda quiso anticiparse a la reacción de Ricardo. No sería él sino ella quien se despidiera.

-Fue un gusto verte de nuevo Ric -continuó Linda sin mirar siquiera a Rosi-. Recuerda que tenemos algo pendiente. ¡Nos llamamos! ¿Okey?

Le dio otro beso en la mejilla, esta vez un segundo más prolongado y casi rozándole la comisura de los labios. Luego miró a Rosi.

-Chao -le dijo escuetamente levantando las cejas, y se fue con una sonrisa de satisfacción.

Rosi no respondió. Su bello rostro estaba visiblemente enrojecido.

El doctor Ricardo Mendoza hijo no dijo ni una sola palabra durante el diálogo entre las muchachas. Cuando cada una hablaba Ricardo movía la cabeza a uno y otro lado para mirarlas, y sus intentos de intervenir en la conversación terminaron solo en abrir la boca y volver a cerrarla sin emitir ningún sonido.

Linda se sintió satisfecha consigo misma.

*“¡Arrogante y petulante esa doctorcita! ¿Por qué tenía que mirarme con frialdad y desprecio antes de siquiera presentarnos? ¿Qué le había hecho yo para que me recibiera de ese modo? ¡Pero la puse en su lugar! Pobre Ric... ¡menuda tormenta de reproches la que le espera! ¡Será un berrinche espectacular!”*

-¡Un berrinche espectacular! –Terminó diciendo Ricardo a María Elena después de contarle cómo Rosi descargó sobre él la furia que le causó su encuentro con Linda-. No me explico por qué Rosi tenía que enojarse conmigo ¡si yo no hice nada! Ni siquiera dije una palabra. Aunque tampoco me explico la actitud de Linda... parecía ignorar a Rosi y me prestaba más atención de lo normal... y esos besos en la mejilla fueron bastante fuera de lo común. ¿Será que le intereso?

-¡No seas tonto, Ric! ¡Ya quisieras tú! Lo que pasa es que no entiendes a las mujeres. Simplemente Linda notó que Rosi sintió celos de ella, lo cual es natural tratándose de una mujer tan bonita. Seguramente Rosi por celos le manifestó alguna señal de

menosprecio, como suele suceder en estos casos. Eso bastó para que Linda reaccionara provocándola. Todo iba dirigido a Rosi, no a ti. En ese momento a Linda le hubiera dado igual que fueras un muñeco de trapo o un monigote.

-¡Tampoco así, Mari! ¡No exageres!

-Bueno... acepto que eres un muchacho guapo, puesto que eres mi versión masculina...

-¡Que chica tan modesta!

-De veras. Yo creo que a Linda probablemente le gustes, como a toda mujer normal le gusta un tipo bien parecido. Pero no significa que esté interesada en un romance contigo. Ella exageró solo para molestar a Rosi.

-¿Y ahora qué hago, Mari? Rosi es mi novia y Linda es una amiga vinculada con Tecnomedic a quien tendré que ver con frecuencia.

-Y con frecuencia vas a tener problemas, Ric. En serio. Para Rosi esta es una píldora difícil de tragar.

-Pero Rosi es también una mujer muy bella y además la quiero. ¿Por qué va a tener celos de Linda? Yo no le he dado motivos.

-Es cierto. Tú te has comportado en forma normal, correcta. Y si sigues así quizá a Rosi se le pasen los celos. Sería lo mejor para ella pues si Linda nota que Rosi la ve con malos ojos, la va a seguir provocando. ¡Así somos las mujeres, chico!

-¡Qué maravilla! Yo tengo que guardar la distancia con Linda y quizá quedar como un patán ante ella, mientras debo soportar los celos de Rosi por nada. Eso es injusto. Si fuera que no tengo que tratar con Linda en las sesiones de Tecnomedic o como hija del mejor amigo de papá, sería más fácil. Pero estoy en una situación muy comprometida. ¡No voy a poder vivir tranquilo! Si tú hubieras estado presente cuando Rosi se soltó en aquella rabieta descomunal, me compadecerías.

-Y te compadezco. Entiendo tu posición; pero, *c'est la vie!*

-Tengo pendiente invitarla a cenar... o almorzar. ¿Cómo lo justificaré con Rosi? ¡Ella no va a aceptarlo! No quiere comprender que yo no tengo nada que ver con los coqueteos de Linda.

-¡Corrección! Con las provocaciones de Linda dirigidas a Rosi. No son coqueteos contigo, ¡tonto!

-¡Pues, como sea! Yo nada tengo que ver con eso.

-Es cierto. No puedo dejar de reconocer que realmente fue culpa de Rosi. Ella jamás debió mostrar sus celos ante Linda.

-Es que no tenía por qué tenerlos.

-En eso te equivocas. Toda mujer atractiva que se acerca a un hombre es un peligro potencial para su compañera. Y Rosi lo percibió muy bien. Otra cosa es que no supo actuar con madurez. No estuvo a la altura que debió estar. Sus celos debió ocultarlos, disimularlos, tratar a Linda con cortesía y no desatar después una rabieta contra ti, que no tienes la culpa de nada... a no ser que seas culpable de parecerte a mí y ser tan guapo.

-¡Vaya! ¡Y dale con tu modestia!

-En realidad no veo a Linda interesándose por ti. Ella es una muchacha romántica que desea casarse y tener hijos. Tú no eres de esa onda, chico. También Linda fue educada para cumplir con el mandamiento de “no desearás al hombre de tu prójima”. Creo que se lo haré saber a Rosi, para que se tranquilice.

-No creo que sea prudente que ella sepa que te he contado todo este lío. Mejor no...

-No seas tonto, Ric. Somos amigas y tenemos suficiente confianza.

-¡Ya van tres veces que me llamas tonto, Mari!

-Y lo eres. ¡Todos los hombres son tontos!

-¡Caramba! Estás agresiva. Aunque hoy estoy dispuesto a creerlo, Mari. Te lo juro. Todos los hombres hacemos el papel de tontos en casos como éste. Pero dime, ¿cómo hago para invitar a Linda sin enojar a Rosi?

-Pues que sea una invitación de la pareja para Linda.

-No lo creo. No quiero estar de nuevo en medio de los dardos envenenados, o mudo como convidado de piedra. Tampoco soportaría después otro berrinche de Rosi como aquel. Se me revuelve el estómago con solo pensarlo.

-Pues no veo otra forma.

-Ya pensaré en algo... No puedo dejar de invitar a Linda pues quedaría como un perfecto idiota maleducado.

*“Además, ¡deseo invitarla! No se puede negar que Linda es bellísima, inteligente y... ¡Basta! ¡Cuidado! No puedo ilusionarme con Linda. Definitivamente no. Tengo mi vida hecha con Rosi y soy muy feliz. Voy a invitarla... pero no voy a complicar mi vida.”*

¡Pobres seres humanos, tontos e ingenuos! Creemos que siempre podemos planificar cuándo, cómo y dónde complicarnos o no complicarnos la vida como si tuviésemos el control total de las cosas, de los acontecimientos, de los hechos de la naturaleza, de las decisiones que otros toman y nos afectan... ¡Cuántas cosas pasan cuando menos lo esperamos! También olvidamos los vientos que sembramos y después nos sorprendemos de las tempestades que cosechamos. Olvidamos que nuestras acciones de hoy repercutirán mañana y que las de ayer nos afectan hoy. Olvidamos que la vida nos cobra caro los errores. Frecuentemente reclamamos al destino por lo que nosotros somos culpables. No siempre las cosas suceden como nosotros queremos. No. Y no sería así en el caso del joven Ricardo.

Don Ricardo por fin procedió a hablar con sus hijos. Los invitó a cenar en su casa y a la hora de tomar el *cognac* de sobremesa en la sala familiar, empezó a hablarles del tema.

-Quisiera expresarles con la confianza de padre a hijos un deseo muy grande. Un deseo que a la vez encierra un temor. No lo tomen como una presión de mi parte, porque toca íntimamente sus vidas, sus planes; y debo respetar ese espacio. Sin embargo, no puedo dejar de expresárselo.

-Papá –dijo Ricardo-, no te vayas a emocionar por nada pues las emociones fuertes te hacen daño.

-No te preocupes, Ric. Estoy muy sereno.

-Me empiezo a preocupar y asustar, papi –agregó María Elena-. ¿Qué deseo es ese y por qué tienes temor?

-Yo sé, y ustedes también saben, que al morir nuestros cuerpos el alma sigue viviendo y que al final los muertos van a resucitar y el alma tendrá un nuevo cuerpo. Por consiguiente, la vida no termina con la muerte. Es una separación dolorosa e indeseable, pero una separación nada más. No es el fin.

-Así es –ratificó María Elena.

Ricardo guardó silencio y pensó que en realidad no estaba seguro de nada. Don Ricardo continuó:

-Pero no sabemos cuántos años o siglos faltarán para llegar a la resurrección de los muertos y al mundo futuro. Mientras tanto, en el mundo presente dejamos un vacío que solo se puede llenar con nuestros descendientes. Es la descendencia una prolongación nuestra en esta vida. No quisiera irme de este mundo sin saber que voy a tener descendencia.

-¿Qué dices, papá? ¿Acaso Mari y yo no somos tu descendencia?

-¡Claro que sí! Y me siento muy feliz y orgulloso por los hijos que Dios nos dio a tu mamá y a mí. Pero tengo un temor...

-¿Temor...? –Preguntó María Elena.

-Temor de que mi descendencia llegue hasta allí. Hasta ustedes. Una generación y luego ¡nada! Ustedes me han dicho que no piensan tener hijos. No está en sus planes.

Se hizo un silencio profundo y largo. Los dos hermanos cruzaron miradas sin saber qué decir. Ambos sabían que aquello de algún modo era cierto. Estaban centrados en sus carreras. Sus parejas definitivamente no deseaban que ningún niño se atravesara en sus caminos y ellos nunca le habían dado importancia al tema. No era algo en lo cual realmente pensarán.

Don Ricardo entendió el silencio. No quiso que sus hijos siguieran en una situación incómoda, sin saber qué decir y sin atreverse a mirarle a los ojos.

-Bien... Ya lo he expresado. No es preciso tener una respuesta de ustedes. Como les dije, no quiero presionarlos y respeto las decisiones que tomen sobre sus vidas y sus planes. Pero tenía que expresarles mi deseo y mi temor; si no se los expresaba me quedaría la duda de si debía haberlo hecho. Ahora siento la tranquilidad de que he cumplido con decirlo. Así que demos por concluido el tema y olvidemos el asunto.

María Elena se acercó a su padre y sentándose en el brazo de su sillón lo abrazó.

-Yo te comprendo, papi. Para ti eso sería lo natural, pero vivimos otros tiempos... Sin embargo, aunque no he pensado en ese asunto de tener hijos y Alberto no quiere que los tengamos, no significa que *nunca* voy a tenerlos. No te estoy prometiendo nada, pero soy una mujer joven y nadie sabe el futuro. Quizá los tenga algún día... no lo sé.

Don Ricardo cambió la conversación. Hablaron de Tecnomedic, de la conversación de María Elena con Linda, de doña María Elena, de sus trabajos. Bromearon, rieron y luego se despidieron. Pero en el fondo del corazón de don Ricardo reinaba la tristeza. Estaba sumamente triste... sin saber lo que Rosi en ese preciso momento había descubierto.

-¡Una entre doscientas! ¡Maldición! ¡Una entre doscientas y me tenía que tocar a mí! ¡Píldoras de mierda! –Rosi estaba sumamente alterada mirando cómo la cinta se había puesto azul al contacto con su orina; señal inequívoca de que estaba embarazada.

Había sospechado al notar que su menstruación no había llegado en la fecha indicada. Esperó cinco días que fueron de angustia antes de hacerse la prueba esa noche. Ahora no había duda.

-¡Maldita sea! ¡Estoy embarazada, carajo! ¿Cómo pudo ser esto? No he fallado ni un solo día en tomar la píldora. Las posibilidades de fallar son de una en doscientas. ¿Por qué me tuvo que tocar a mí?

Rompió en un llanto inconsolable tirada en su cama. Luego se calmó y quedó durante varios minutos inmóvil con la vista mirando a un punto indefinido del techo. Decidió entonces llamar a Ricardo.

-Hola Ric. Necesito que vengas a mi apartamento. ¡Es urgente!

-¿Qué sucede, Rosi? ¿Estás bien?

-¡No! ¡No estoy para nada bien! Te necesito con urgencia... –y rompió a llorar de nuevo.

Ricardo se preocupó. Por su mente pasaron rápidamente una secuencia de posibilidades: un robo, un asalto, una grave enfermedad, la cancelación de la beca de Sao Paulo, el despido del hospital, una muerte cercana... ¡No pensó en un embarazo!

-Estoy saliendo de casa de papá y voy para allá. Pero dime, Rosi, ¿qué está pasando?

-¡Estoy embarazada, maldita sea!

Ricardo quedó estupefacto. Por unos segundos no reaccionó.

-*Okey*, Rosi. Trata de calmarte. Voy para allá. ¡Tranquila! Pero... ¿estás segura?

-¡Absolutamente segura, por desgracia! El retraso en la menstruación y el resultado de la maldita prueba que me acabo de hacer no dejan duda. ¡No tardes, por favor!

-Pero tú tomabas tus píldoras...

-¡Que no hay duda, Ric! ¿No entiendes? ¡Fallaron! ¡Las píldoras de mierda fallaron! No hay nada infalible, ¡carajo! Era una posibilidad en doscientas... ¡y me tocó a mí!

-No tardaré. Voy para allá directamente ahora mismo.

Rosi estaba recostada en el sofá de la salita de su apartamento con los ojos enrojecidos por el llanto, pero un poco más calmada. Tomaba un *whisky* con tres cubitos de hielo. Ricardo abrió con su llave, entró y se sentó junto a ella abrazándola con ternura. Ninguno habló durante unos cinco minutos. Solo permanecieron abrazados. Ricardo no se atrevía a hablar de primero. ¿Qué diría? Quería a Rosi y una vez le propuso matrimonio. Ella no aceptó. Tener hijos no era algo en lo que hubiese pensado seriamente... pero no rechazaba la idea. Alguna vez comentó con Rosi esa posibilidad como algo natural, pero ella lo rechazó tajantemente y él nunca volvió a pensar en eso. ¡Ahora era un hecho que Rosi estaba embarazada! Estaba dispuesto a casarse con su novia y tener el bebé. O al menos reconocerlo. Al fin, ¡lo que Rosi quisiera! El caso es que no sabía lo que Rosi quería. Por lo que veía, para la muchacha el embarazo era una tragedia.

-No quiero este embarazo, Ric. Destruiría toda mi vida, todos mis planes. Mis planes de sacar la especialidad en cardiología pediátrica, mi carrera en ascenso en esta etapa de la vida que es cuando puedo escalar más alto... ¡Todo se vendría abajo! Yo no nací para ser mamá, para cambiar *pampers*, para dar el biberón en la madrugada cuando tenga que estar en una cirugía temprano en la mañana, para pasar en vela toda una noche con un chiquillo llorando y teniendo a la vez tres pacientes en cuidados intensivos. ¡Yo no quiero ser mamá, maldita sea! ¡Yo soy

cardióloga y deseo ser la mejor cardióloga del país! ¡Quiero abortar!

Las palabras sonaron duras, pesadas, difíciles de asimilar en la mente de Ricardo. ¿Un aborto? Siempre vio los abortos como algo trágico. Durante sus estudios de medicina y en el ejercicio de su profesión como cardiólogo había visto cómo sus colegas ginecólogos luchaban por salvar a los bebés haciendo todo lo posible para detener las amenazas de abortos espontáneos o naturales. Había visto cómo los ginecólogos se sentían derrotados al no lograr evitar un aborto. Presenció el llanto de dolor de las madres que habían perdido a sus niños antes de nacer. Por otro lado, conocía perfectamente los argumentos de quienes defendían el derecho a interrumpir los embarazos. Sabía que se argumentaba que la mujer es libre de decidir sobre su cuerpo. Conocía el argumento de que antes de tres meses de embarazo no está formado el feto y que no existe un nuevo ser humano. Sin embargo, nunca estuvo personalmente ante ese dilema. Nunca lo vio como algo que lo involucrara personalmente a él. No tenía una opinión clara sobre el asunto. Pero hoy era parte esencial del caso. ¡Era el papá! ¿Un aborto? ¡No estaba seguro!

-Cálmate, amor. Estás muy impresionada. Esto es algo totalmente inesperado. ¡Tranquilízate! Será como tú quieras. Tú lo vas a decidir. Solo cálmate y con tranquilidad toma tu decisión. No ahora. No es el momento. No hay prisa. Tómallo con calma y piénsalo. Yo te respaldo en todo. Si quieres abortar, así será. Veremos cómo lo hacemos. Pero si quieres tenerlo, ¡bienvenido sea! Yo lo acepto como padre y si tú quieres nos casamos. Todo será como tú quieras mi amor. Solo cálmate por ahora y después con tranquilidad lo piensas bien y decides. ¿De acuerdo?

-De acuerdo, Ric. Pero en este país es ilegal abortar. Tendría que ir a los Estados Unidos donde una mujer va a una clínica y aborta a la hora que quiera sin que le pregunten nada.

-Yo sé eso, Rosi. No te preocupes. Para todo hay solución. Si es necesario vamos a los Estados Unidos. No te preocupes. Solo tómallo con calma, piénsalo bien. No es una decisión que debas tomar tan rápido.

Rosi asintió con la cabeza y Ric con sus pulgares secó algunas lágrimas del rostro de su novia y le dio un corto y suave beso en los labios; luego se levantó a servirse un *whisky* y otro para ella, quien ya estaba notablemente más tranquila. Decidió quedarse a dormir acompañándola en su apartamento.

-Ric...

-Dime, Rosi.

-No le diremos a nadie. Absolutamente a nadie.

-A nadie. No te preocupes, amor.

¿Quién sabe lo que va a pasar en su vida al día siguiente? ¡Nadie! Ni siquiera a la hora siguiente, ni al minuto siguiente. ¡La vida y la muerte son impredecibles! Mujeres y hombres planifican, construyen supuestas seguridades, toman medidas, precauciones... Pero nadie sabe realmente qué va a pasar... y con frecuencia pasa lo inesperado, lo no deseado, lo no previsto, lo que no estaba dentro de los planes. En un instante se trastornan las vidas, las ilusiones, los proyectos. La causa puede ser nuestro propio actuar, un desastre natural, la acción de otras personas, un accidente, la muerte... como inesperadamente le vino a doña María Elena... o simplemente un embarazo, como le sucedía a Rosi.

¡Un embarazo! Un hecho tan natural como nacer, crecer, enamorarse o hacer el amor, puede ser recibido por unos como una desgracia. Paradójicamente millones de personas en el mundo lo desean ardientemente, lo esperan con alegría, lo buscan con esperanza e ilusión. Son muchos los que lloran porque aquel embarazo tan deseado no llega. ¡Ruegan por un embarazo! Rezan con fervor por ello, se someten a tratamientos de todo tipo... a veces sin poder lograrlo. ¡Qué paradojas hay en la vida!

Ricardo no habló del tema con nadie durante los siguientes ocho días. Ni siquiera con Rosi. Ella tampoco le comentó nada, como si el embarazo no existiera. Ricardo sabía que Rosi estaría considerando el asunto del aborto y no quería interferir en su decisión. No quería decir nada que pudiera influir en una u otra dirección. Pero fueron ocho días en que Ricardo no podía dejar de pensar en eso.

La idea de que en el vientre de su novia había una nueva vida surgida de él... o al menos el cincuenta por ciento surgida de él, era una idea que no podía quitar de su mente ni de día ni de noche. Estaba hasta en sus sueños. Él había sembrado esa semilla. Eran sus genes. ¡Era su hijo!

Recordó la reunión con su padre. La zozobra de don Ricardo por ver garantizada su descendencia. No tanto porque le preocupara mucho lo que su padre sintiera, sino porque aquel deseo tan vehemente lo impresionaba. Se despertaron recuerdos de su niñez, de su hogar, de aquella familia en la cual creció. Recordó cómo don Ricardo lo cuidaba y protegía de niño, cómo le enseñó a pescar, a andar en bicicleta, a jugar fútbol... cómo le iba descubriendo y explicando los misterios de la vida... La imagen de padre que Ricardo tenía era grata... ¡muy grata!

*“Yo sembré esa semilla en el vientre de Rosi... como lo hizo papá cuando mamá me concibió... ¿y si ellos hubieran arrancado aquella semilla? ¿Si me hubieran abortado? Y yo, ¿voy a arrancar la semilla de mi propio hijo?*

Ya no dudaba. No quería que Rosi abortara. ¡Claro que no podía obligarla a tener el bebé! Pero al menos ella debía saber lo que él pensaba; lo que él deseaba. ¡Al fin y al cabo era el padre!

-Rosi, amor...

-¿Sí, Ric?

-No sé qué has decidido sobre el bebé, pero quisiera darte mi opinión. Es decir, tú vas a decidir, pero antes quisiera que conocieras lo que yo pienso –hizo una breve pausa-. Rosi, yo quisiera que tengamos el bebé.

Ricardo conocía muy bien a su novia y esperaba una reacción violenta. Esperaba que aquella le llamara egoísta, irresponsable, inmaduro y otras cosas más. ¡Pero, no! Rosi lo quedó viendo con una mirada inexpresiva y le respondió en tono muy calmado.

-¿Has pensado en las consecuencias, para ti y para mí? No hace falta que te lo recuerde. Tú sabes bien cómo un niño afectaría nuestras vidas. Todos nuestros planes se vendrían abajo.

-¿Nuestros? ¿Son en realidad nuestros planes, Rosi? ¿Tenemos realmente planes que se puedan llamar nuestros? ¡Ni siquiera vivimos juntos sino cada cual en su apartamento! En

realidad, ¿no será más bien que tú tienes tus planes y yo tengo los míos, aunque sean parecidos? Tenemos la misma profesión y las mismas metas, y de vez en cuando compartimos la misma cama. Pero, fuera de eso, ¿qué tenemos que se pueda llamar nuestro? ¿Existen en el mundo cosas como la familia, el hogar y los hijos, que una pareja sí puede llamar nuestras!

-Nunca te opusiste a esta vida, Ric. La aceptaste gustoso y hasta ahora ha funcionado. ¡Por años! También aceptaste que no tendríamos niños. Yo he jugado limpio. Nunca te he mentado. Tampoco te he exigido nada que tú no quisieras. Siempre puse las cartas sobre la mesa.

-Es verdad. Lo reconozco. Pero ahora estás embarazada de un hijo mío... de un hijo nuestro; y eso cambia las cosas.

-Un embarazo que se puede interrumpir y podemos seguir con nuestra vida tal y como lo habíamos planeado.

-No, Rosi. Yo quisiera ese bebé. Sé los sacrificios que eso implica, pero juntos podemos luchar por nuestras metas y lograrlas a pesar de tener un bebé. ¡No seríamos los primeros! ¡No es algo imposible! Te podría mencionar un montón de ejemplos...

-Si yo no acepto, ¿qué harías Ric? ¿Me dejarías?

-No, Rosi. No te voy a dejar. Si tú insistes, puedes abortar. Solo que debes saber cuál es mi deseo. Yo deseo este bebé, pero no me voy a interponer en tu decisión. Sin embargo debo decirte que no voy a renunciar a tener algún día un hogar, una familia con niños. Si tú quieres abortar este bebé no lo puedo impedir; pero me va a doler y estaré muy triste. Aunque seguiré contigo. Pero debemos incluir en nuestros planes vivir juntos y tener hijos. Quizá no ahora, pero sí al terminar la especialidad en cardiología pediátrica y establecernos mejor profesionalmente. Dentro de un par de años, por ejemplo.

-Me colocas en una difícil posición, Ric. Si aborto ahora, tú dices que te va a doler y que estarás triste. Eso afectará nuestra relación, inevitablemente. Tú siempre me lo vas a reprochar, aunque guardes silencio. Va a ser como una grieta entre nosotros que difícilmente se cerrará. Por otra parte, tú sabes que en mis planes no estaba ni vivir juntos ni tener niños. Yo te quiero, Ric;

de veras. No quiero perderte. Pero me trastocas toda mi vida con esta nueva actitud que has tomado.

-Me imagino, Rosi. Yo también te quiero y tampoco quisiera perderte. Pero no puedo ir contra mis sentimientos, y si lo hiciera no funcionaría nuestro amor. Tarde o temprano lo nuestro no podría seguir. ¡Tú no quisieras tener como compañero de vida a un hombre frustrado! Y yo sería injusto contigo si no te expresara la verdad sobre lo que pienso.

Rosi se mantuvo serena. Al menos no externó ningún sentimiento. Su actitud era igual a la que asumía cuando trataban el caso clínico de alguno de sus pacientes delicados.

-No es una decisión fácil, Ric. Independientemente de lo que me digas sobre aceptar que interrumpa este embarazo, lo cierto es que me has puesto en una encrucijada: o tengo al bebé o te pierdo. ¿Me permites no darte una respuesta todavía?

-¡Claro! ¡Por supuesto!

-Mientras tanto sería mejor no vernos en nuestros apartamentos. Podemos vernos en el hospital y salir a comer juntos. Pero no creo que la intimidad nos ayude a decidir con la cabeza fría... ¿me comprendes?

-Sí, Rosi; te comprendo y creo que tienes razón. Pero, a pesar de todo, no olvides que te quiero, amor. Por favor, no dejes de tener eso en cuenta.

-Yo también te quiero, Ric.

El fuerte calor del verano convertía en agradable tentación sumergirse en las aguas frescas del mar. El grupo formado por Manuel y Tania, Carlos y Margarita, Bernardo, Sofía y Linda, decidieron pasar otro fin de semana en la playa como acostumbraban en esa época del año. La acogedora casa del doctor Rostrán —en la práctica, de Linda— nuevamente se llenó de las risas y la algarabía de aquel grupo de jóvenes alegres.

Mientras los muchachos fueron al pueblito cercano por hielo y cervezas, las cuatro muchachas aprovecharon para tomar el sol y conversar sobre algunas cosas que solo conversan las chicas entre ellas cuando están solas. Como la historia de su encuentro con Rosi, que les contó Linda y que hizo reír tanto a las cuatro.

—¿Y qué tal está el tipo? —quiso saber Tania.

—No está mal —dijo Linda.

—¿No está mal? ¡Es guapísimo! —Intervino Margarita—. Yo lo conozco porque atendió al papá de una compañera de oficina que estuvo hospitalizado. Tiene unos ojos verdes de película y un cuerpazo bárbaro... ¡hay que ver esas nalgas, chicas!

—¿Y tú le gustas, Linda? —Preguntó de nuevo Tania.

—Me he dado cuenta de que me lanza algunas miraditas, pero nada más... El tiene su novia y aunque esa chica es muy petulante parece que están realmente enamorados.

—¿Y qué? ¡Casados no están! —Intervino Sofía.

—Pero son pareja, Sofí, y llevan bastantes años juntos. En esos terrenos no me gusta meterme. Más aún, en esos casos creo que nadie debería meterse.

—¡Ajá! —Exclamó Sofía—. O sea que si él no tuviera pareja te interesaría. En otras palabras, ¿te gusta!

-No puedo negar que es guapo. Pero solo lo veo con ojos de amiga.

-Porque tiene pareja, ¡claro! –Insistió Sofía.

-Y aunque no la tuviera. Es un tipo guapo y me agrada como amigo. ¡Hasta allí no más!

-¡Eso no te lo creo ni que me lo jures! ¿Qué te pasa, chica? ¡Ya es tiempo de que te amarres con alguien que valga la pena, como él!

-En serio, Sofi. Somos amigos desde niños, nada más.

-¡Yo tampoco te creo! –Dijo Margarita-. El tipo está como para comérselo. ¡Imaginense, chicas! Es un tipazo guapísimo, un médico exitoso, excelente persona, de trato agradable, simpático... ¡Está como mandado a hacer!

-¡Cuidado, Margarita! –Comentó Tania-. Parece que es a ti a quien ese muchacho flechó. ¿Qué diría Carlos?

-¡Ni quiera Dios... si me oyera! No le gustaría para nada. Pero al César lo que es del César, ¿no? ¡El jodido hombre es simplemente bello!

-¿Y la tal Rosi, es bonita? –Preguntó Tania de nuevo.

-Sí. Es muy bonita; una rubia de ojos azules preciosa; cardióloga como él. Lo que no entiendo es por qué es tan petulante.

-Quizá normalmente no lo sea –dijo Tania-, pero ¡mírate, Linda! Tú eres muy bonita y pondrías nerviosa a cualquier novia...

Linda se quedó pensativa por un momento.

-¡Que tonta esa Rosi! –Dijo-. ¡Ni que fuera yo a quitarle el novio! ¡Ni me interesa!

-¿Sabes lo que tú estás diciendo, Linda? Lo que tú dices es que *las uvas están verdes* –expresó Margarita.

-Igualito a como dice y repite Sofi cuando se refiere a Bernardo –agregó Tania con tono jocoso.

-¡Nada de eso, Tania! ¡Sabes bien que no me gustan esas bromas! –Protestó Sofía muy seria.

-Mira, amiga; todos sabemos que te gusta Bernardo, pero te inhibías porque ese tonto tenía falsas esperanzas con Linda. Sin embargo, ahora que ya pudo ver bien las cosas, Bernardo se ha fijado en ti... de nuevo; porque siempre ha sido enamorado tuyo.

Últimamente han vuelto a cruzarse miraditas, sonrisitas y atenciones especiales entre ustedes. Es claro que andan como bobos el uno por el otro. ¡Todos lo notamos! ¡Ustedes dos creen que somos ciegos! Antes estaba bien que dijeras *las uvas están verdes*, pero ahora que Bernardo anda tras de ti ¡las uvas están muy maduritas, chica!

-¡Siii! ¡Es verdad! –Dijo Linda, mientras reía junto a Tania y Margarita, viendo cómo la cara de Sofi se ponía colorada.

-¡Ustedes son tremendas! –protestó. ¡Cómo exageran las cosas!

-Bien que a mí me estabas puyando con lo de Ric, Sofi. Pero como se trata de ti, ¡protestas! Sin embargo lo tuyo con Bernardo está en su punto. ¿No es así, muchachas?

-Evidentemente –dijo Tania.

-Así es –confirmó Margarita-, ¡pero así es en ambos casos! ¡Es imposible que no te interese el doctor Ricardo Mendoza, Linda!

-No tiene caso hablar de Ric. Me gustase o no, él está muy bien acompañado. Así que olvidemos ese asunto.

Un plan se fraguó a espaldas de Bernardo y Sofía, pues Linda, Tania y Margarita acordaron que Tania le diría a Manuel, y por su parte Margarita le diría a Carlos, que se notaba el interés mutuo entre Bernardo y Sofía, y que ya era hora de que su amigo tomara la iniciativa con la muchacha... Algo que no podía esperar más tiempo.

El plan funcionó. Esa noche Sofía llegó hasta tarde a la habitación que compartía con Linda. Sus hermosos ojos negros brillaban de felicidad y lucía una hermosa sonrisa.

Todos los socios de Tecnomedic llegaron a la reunión acordada sin que el doctor Quirós se hubiese comunicado con ninguno de ellos previamente para expresarles su decisión sobre el contrato con la *Deutschland Medical Equipment*; algo decisivo para obtener los votos necesarios para ser electo como presidente ejecutivo. Así que don Ricardo, María Elena y Ricardo hijo llegaron con la incertidumbre sobre cuál sería el resultado. Ricardo hijo, además, se preguntaba si llegaría el doctor Rostrán o enviaría a Linda. No porque tuviera algún interés más allá del gusto de verla y gozar un rato de su compañía. La muchacha era muy bonita y le agradaría mucho estar cerca de ella; pero en aquel momento –en cuanto a chicas- su estado de ánimo solo le permitía pensar en cuál sería la decisión de Rosi sobre el embarazo. Una decisión que tardaba muchísimo más de lo que él hubiera deseado.

No es que Rosi estuviera indecisa sobre recibir o rechazar al hijo que se formaba en sus entrañas. Esa no era la forma en que ella se planteaba el problema. Tenía más bien que decidir entre renunciar a su libertad, a sus planes, a sus metas; es decir, a *su vida*, o renunciar a Ricardo. Si tenía al bebé perdería lo primero; si lo abortaba perdería a su novio. Curiosamente nunca antes había pensado, como lo hacía ahora, en la necesidad que tenía de él. Su relación era práctica, cómoda, mutuamente satisfactoria. Ellos se daban compañía cuando la necesitaban y sexo cuando lo deseaban. Además, compartían sus vidas como entrañables amigos. ¿Amor? Nunca lo había visto desde esa perspectiva. Pero ahora se preguntaba seriamente si en realidad lo amaba. Temía perderlo y estaba segura de que si abortaba al bebé lo desilusionaría al punto de perderlo, aunque él dijera lo contrario.

El temor de perderlo era tan grande como el temor de perder su estilo de vida. Pero tendría que sacrificar uno de los dos: o se quedaba con Ricardo o se quedaba con lo que había proyectado ser, y eso no era para ella una decisión fácil. Era una decisión muy difícil y por eso la posponía cada día.

Los primeros en llegar a la reunión fueron don Ricardo, María Elena y Ricardo hijo. Después llegó don Gabriel y a los pocos minutos llegaron el doctor Rostrán y Linda. Esta vez la muchacha fue tan amable con Ricardo como lo fue con todos, ni más ni menos. No hubo saludos efusivos, ni besos provocadores, ni palabras insinuantes, ni coqueteos de ningún tipo.

*“Tenía Razón Mari –pensó Ricardo-. Ahora que no está Rosi presente la actitud de Linda hacia mí es completamente diferente. ¡Qué jodidas son las mujeres!”*

El doctor Rostrán explicó que había pasado sus acciones a su hija, pues el mes próximo al cumplir los setenta años se retiraría de la práctica de médico internista y de toda actividad empresarial. Consideraba que solo el amor a la medicina y el hecho de dar consultas en una pequeña y tranquila capital de provincia, favorecieron que retardara su retiro planeado para cinco años atrás. Más que medicina interna lo que practicó fue la medicina familiar, pero había llegado el momento de retirarse. En adelante sería Linda y no él quien participaría en los asuntos de la empresa. Ese día estaría en la reunión como espectador pues solo había llegado para despedirse de sus hasta entonces socios.

Finalmente llegó el doctor Quirós. Después de saludar con mucha amabilidad a todos se sentó en la cabecera de la mesa de conferencias, como le correspondía en su calidad de presidente interino. El doctor Rostrán le explicó lo de su retiro y le consultó si podía quedarse en la sala de sesiones.

-¡No faltaba más, Abelardo! Siempre serás bienvenido... y también le doy la bienvenida a Linda como nueva socia. Junto con Mari y Ric, Linda forma parte del relevo generacional de Tecnomedic. ¡Excelente relevo, por cierto! Ustedes tres garantizan que esta empresa seguirá siempre en buenas manos.

-Gracias Lorenzo; estaré muy callado pues es Linda la accionista, ¡claro! –Dijo el doctor Rostrán.

-Yo también le agradezco su amable bienvenida, doctor Quirós –agregó Linda.

-Bien... empecemos nuestra reunión. Como todos saben, el único punto de agenda es la elección del presidente ejecutivo. Si me lo permiten quisiera expresarles un par de asuntos muy importantes. Todos los socios unánimemente consideramos que la persona idónea para dirigir Tecnomedic es Mari. En eso nunca ha habido duda. Sin embargo, por lo conversado con Gabriel, por una parte, y con Abelardo y Linda por la otra, nosotros consideramos que debe haber un período de transición de la presidencia de Ricardo a la de Mari. Ella hace menos de un año que entró a Tecnomedic como gerente general y sería muy útil tanto para ella como para la empresa, que este servidor, que ha sido el vicepresidente desde la fundación, sirva de puente mientras Mari termina de tomar las riendas, adquiriendo mayor experiencia y conocimiento del mundo interno y externo donde se mueve Tecnomedic. Por eso yo les propongo elegirme por dos años, al final de los cuales Gabriel y yo, que hemos estado en esto juntos, nos comprometemos a proponer y votar a favor de la elección de Mari para la presidencia ejecutiva. Dos años, ni un día más y quizá más bien unos meses menos.

Por otra parte, sabemos todos que con la excepción de Gabriel y mía, los demás están convencidos de la conveniencia de firmar el contrato con la *Deutschland Medical Equipment*, a lo cual Gabriel y yo nos hemos opuesto por los posibles conflictos con la *Medical Equipment Supplier*. Sin embargo, nosotros hemos decidido aceptar la sugerencia de procedimiento que hicieran Abelardo y Linda para no causarle ningún daño a la empresa y respetar la opinión de la mayoría. Por consiguiente, me comprometo a que mi primera acción oficial como presidente ejecutivo sería convocar a la Asamblea General para resolver el tema de una nueva negociación sin exclusividad con la *Medical Equipment Supplier* y la firma del contrato con la *Deutschland Medical Equipment*, y manteniendo la armonía y la unidad de Tecnomedic, firmar y ejecutar lo que decida la asamblea, con auténtico interés y entusiasmo. Sinceramente deseamos que la

experiencia, el buen juicio y el olfato para los negocios de Ricardo, la capacidad administrativa y gerencial de Mari y la opinión de Abelardo, Linda y Ric, estén en lo cierto y nosotros estemos equivocados. Con estos compromisos bajo mi palabra de caballero, les solicito su voto.

-¿Me permite la palabra, doctor Quirós? –Dijo María Elena.

-Por supuesto, Mari. Adelante.

-En primer lugar quiero decirles a todos que después de papá nadie conoce mejor Tecnomedic que el doctor Quirós, y que como vicepresidente que ha sido desde su fundación hasta este día, es justo que ocupe en propiedad la presidencia ejecutiva ante la renuncia de mi padre. Quiero decirles también que agradezco infinitamente la confianza que todos ustedes me han expresado para que después del período del doctor Quirós yo sea electa para ese cargo. Retiro por ahora mi candidatura y apoyo la del doctor, y le agradezco desde ahora lo mucho que voy a aprender a su lado. Más que amigo y abogado de nuestra familia el doctor ha sido, igual que mi tío Gabriel y el doctor Rostrán, un hermano para mi papá y un tío muy querido para Ric y para mí. Estoy segura de que todos nos alegramos de la decisión de quitar el único inconveniente del camino, como era la opinión dividida sobre el contrato con los alemanes. Superado eso, no tenemos siquiera que someter a votación esta elección, pues todos estamos de acuerdo en elegirlo como presidente ejecutivo.

-Gracias, Mari. ¡Gracias de corazón! Pero insisto en que levantemos la mano por un asunto de formalidad. Los que estén de acuerdo por favor levanten la mano.

Unánimemente lo hicieron. El doctor Rostrán, por la fuerza de la costumbre, también lo hizo. Linda lo quedó viendo con una sonrisa y un gesto de sorpresa y enseguida el doctor la bajó apenado. Todos rieron. Luego, puestos en pie aplaudieron la elección. La sesión terminó con un refrigerio que permitió intercambiar impresiones entre aquel grupo de amigos en los que se mezclaban dos generaciones y un interés común.

Después de las felicitaciones al doctor Quirós, Ricardo procuró acercarse a Linda que estaba entretenida conversando con María Elena.

-Linda... ¿qué te parece si vamos a cenar tú, Mari y yo?

-No te afanes, Ric. Que no hayas podido acompañarnos el otro día no te compromete para nada. ¡Tranquilo, chico!

“¿Cómo? –Se preguntó Ricardo- *¿Es ésta la misma muchacha que me dijo: qué lástima que se frustró nuestra cita... espero verte muy pronto?*”

-No, Linda; no lo tomes de esa manera. No es una invitación por compromiso. De verdad tenemos mucho que conversar. Recuerda que los tres crecimos juntos y fuimos amigos y compañeros. Ahora regresas y para mí es imposible no querer saber de tu vida. Además de socios seguimos siendo amigos, ¿no?

-Claro que sí, Ric. Pero hoy no puedo. Mi papá no debe regresar solo a casa.

-Entonces quedemos en otra fecha. Tú decides cuándo y dónde. Me refiero a que no tienes que venir necesariamente hasta aquí. ¿Qué dices tú, Mari?

-Estoy de acuerdo. Será muy agradable reunirnos los tres, donde mejor le convenga a Linda. En nuestro encuentro anterior las dos dejamos muchas cosas todavía en el tintero.

-Les agradezco. De verdad que los quiero mucho y me encantaría verlos pronto. A veces vengo de compras o por alguna gestión, como cuando me reuní con Mari –no mencionó el encuentro en el centro comercial-. Yo les avisaré el día a ver si les viene bien.

-De acuerdo Linda –le dijo Ricardo-, pero que no pase mucho tiempo.

-Veo que ya se están despidiendo los demás y mi papá me ha hecho señas dos veces. Así que tengo que irme.

-Pues creo que también nos iremos nosotros –decidió Ricardo-. Iré por mi papá para que bajemos juntos. ¿Vienes tú también? –Preguntó a María Elena.

-Claro, vamos.

Ricardo llamó a su padre y junto con María Elena, el doctor Rostrán y Linda tomaron el ascensor para bajar al

vestíbulo. Rosi esperaba a su novio precisamente en el vestíbulo frente al ascensor. No pudo dejar de ver a Ricardo y Linda juntos y sonrientes.

Muchas cosas pasaron por la mente de Rosi al ver de nuevo a aquella bella muchacha junto a su novio. Linda, por su parte, se dirigió hacia ella con naturalidad, sonriendo con cortesía y educación.

-¡Hola Rosi! Me da gusto verte. -La besó en la mejilla amablemente... e inteligentemente. Rosi no se lo esperaba. Tampoco Ricardo, quien se sintió aliviado del temor momentáneo que le invadió al ver que ambas muchachas se volvían a encontrar.

-¡Hola! Igualmente. -El saludo de Rosi fue lacónico, pero amable.

-Papá -dijo Linda-, te presento a Rosi, la novia de Ric.

-¡Cuanto gusto, Rosi! Soy Abelardo Rostrán. Sé que eres mi colega, médico, y además una excelente cardióloga.

-Gracias, doctor Rostrán, el gusto es mío -respondió Rosi, mirando luego a don Ricardo y a María Elena-. Buenas noches don Ricardo; Mari, ¿cómo estás?

-Hola, Rosi -dijo don Ricardo mientras María Elena besaba en la mejilla a la novia de su hermano.

Ricardo le dio un breve beso en los labios.

-Hola, amor.

-Hola, Ric.

-Linda sonreía y se mostraba tranquila, muy natural.

-Nosotros tenemos ciento cincuenta kilómetros que recorrer; así que nos despedimos de todos -dijo agitando ligeramente su mano y tomando del brazo a su padre-. Me dio gusto saludarte Rosi.

-También a mí, Linda.

Ricardo no entendía nada de lo sucedido. Aquel encuentro feroz de antes ahora fue sustituido por uno tranquilo, lleno de cortesía y amabilidad. María Elena sonreía divertida al ver la perplejidad de su hermano que sabía mucho de medicina pero nada de sicología femenina. Él no podía entender que esta vez Rosi no reaccionó ni en sus gestos ni en su mirada con antipatía manifiesta hacia Linda, quizá por haber razonado sobre la

conveniencia de tomar una actitud más madura y menos expuesta, o quizá porque sus temores eran ahora más fuertes que los simples e instintivos celos. Linda, claro está, habría captado el cambio y reaccionado de acuerdo con ello. Al fin y al cabo ésta se había cuidado de no actuar nunca mostrando interés en Ricardo, excepto cuando reaccionó a los celos agresivos de Rosi en el centro comercial.

María Elena y don Ricardo se despidieron también. Ricardo y Rosi quedaron solos en el vestíbulo de Tecnomedic.

Fue entonces cuando Rosi informó a su novio la decisión que acababa de tomar en el instante en que vio salir del ascensor a Ricardo y Linda, juntos y sonrientes.

-He tomado una decisión sobre mi embarazo, Ric. ¡Quiero tener ese bebé!

Desde que Rosi le comunicó a Ricardo su decisión de tener al bebé, éste empezó a ver las cosas de una forma diferente a lo que hasta entonces acostumbraba. A su mente venían frecuentes imágenes de su niñez. Recordaba a su padre abrazándole y animándole después de romperse su juguete favorito; limpiando sus raspones al caer del columpio; asistiendo orgulloso a los actos del pre escolar, de la escuela y del colegio; enseñándole los misterios fascinantes del sexo; acompañándole a crecer... Se veía a sí mismo haciendo otro tanto con su hijo... ¡su hijo! ¡Nunca sospechó las intensas y agradables emociones que esas dos palabras le suscitarían!

*“No lo puedo creer... mi hijo... o mi hija... ¡Qué feliz me siento!”*

También veía a Rosi de otra manera. Ya no era solamente la compañera que le daba amistad y sexo. La miraba con una ternura nueva. Si antes hacía planes con ella para unos cuantos fines de semana, para unas cortísimas vacaciones... o a lo sumo para pasar un año en Brasil haciendo una especialidad, ahora pensaba a largo plazo. La idea de un hogar estaba acariciando su mente acompañada del recuerdo del perfume de los heliotropos de aquel jardín de la casa que fuera el hogar precioso de su niñez y adolescencia.

*“¡Qué bellos tiempos aquellos!”*

La relación con Rosi ahora cobraba una nueva dimensión. No solo de fidelidad, sino de estabilidad, de mutuo compromiso, de lo bueno de hacer sacrificios el uno por el otro y ambos por su hijo.

-¿Cuándo quieres que nos casemos, Rosi?

Ella no esperaba esa pregunta. Ni siquiera había pensado en eso. Había decidido tener al bebé. Lo amaría como una madre debe amar a su hijo y ya se las arreglaría para seguir con sus proyectos a pesar de todo. Existían enfermeras especializadas en cuidar bebés, niñeras, pre escolares, centros dedicados a cuidar niños pequeños cuyas madres trabajan y hasta empresas de servicios que ofrecen niñeras de emergencia. En fin, estaban en el siglo XXI y todo eso ahora se facilitaba. Sin olvidar la televisión, los nintendo, los wii y otras maravillas tecnológicas que entretienen a los niños sin quitarles tiempo a los padres. Pero, ¿casarse?

-No lo sé Ric. No lo había pensado. Me había concentrado en tener al bebé y en cómo haría para trabajar sin descuidarlo; pero no he pensado en el matrimonio.

-Pero vamos a tener un bebé los dos. Es decir, un hijo que será tuyo y también mío. El necesitará de una mamá y de un papá, de la estabilidad de un hogar.

-Y tendrá un papá y una mamá, aunque no nos casemos. ¡No me presiones también con eso!

-¿Presionarte? ¿También? ¿Qué quieres decir con también?

-Tú sabes que aunque a este bebé voy a amarlo como toda madre debe amar a su hijo, mi decisión estuvo motivada en complacerte, Ric. Tú querías... quieres mucho a este hijo y yo decidí dártelo.

-Nunca te presioné.

-No digo que me presionaras insistentemente. Pero bastaba ver tu mirada para saber lo que pensabas y deseabas... ¡Además de decírmelo con todas sus palabras! Y yo quise complacerte.

-Te lo agradezco, Rosi. Aunque espero que eso no lo sepa el niño jamás. No quiero imaginar la escena en que le digas: tú naciste porque quise complacer a tu padre.

La cara de Rosi enrojeció y sus ojos se humedecieron.

-¡No digas semejantes barbaridades! ¡Me tratas como si fuera yo una madre desnaturalizada! ¿Cómo se te ocurre? ¡Yo voy a amar a mi bebé!

Las lágrimas empezaron a rodar por sus mejías.

-¡Perdóname, Rosi! No debí decirte eso.

Los dos guardaron silencio un instante. Ricardo miraba a Rosi expresando en sus ojos un sincero arrepentimiento. Ella esbozó entonces una apenas perceptible sonrisa.

-Olvidalo. Ya pasó, Ric –dijo secándose con un pañuelito de papel-. Pero no seas tan duro conmigo, por favor.

-No se repetirá, amor. Pero debo insistir en nuestro matrimonio; aunque si prefieres dejamos el tema para otro día.

-¿Crees necesario que nos casemos, Ric? Tú y yo nos queremos y con la llegada del niño podemos vivir juntos. Pero... ¿casarnos? ¿Para qué?

-Pues... para formalizar un compromiso serio, tanto por nosotros como por el niño.

-Para ser serio nuestro compromiso basta que lo sea para ti y para mí. Una ceremonia o un papel firmado no lo harán más serio. Ninguna diferencia va a ser la firma de un papel o la bendición de un cura, un pastor o un rabino. Esos son convencionalismos sociales anticuados, Ric.

-Mira, Rosi, somos miembros de la colectividad humana. Cuando se adquiere un compromiso para formar una familia la colectividad debe saberlo. No somos seres aislados viviendo en una isla. Las mujeres y los hombres somos seres sociales. Ese compromiso debe ser conocido y respetado por los demás; no es una decisión que solo nos involucra a nosotros, sino a nuestro hijo y a toda la sociedad. Ya no nos pueden ver como individuos sino como pareja. Un hombre o una mujer solteros no reciben el mismo trato que los casados. Una persona no puede comportarse como soltera si está casada. Cuando nos casemos no podremos hablar de lo tuyo y lo mío... ¡todo será nuestro! No viviremos la vida conjugándola con el yo y el tú, sino con el nosotros. Y eso debe ser público, dado a conocer, celebrado con repiques de campanas, con alegría. Un compromiso firmado y sellado no solo por nosotros sino rubricado por la raza humana de la que somos parte, por la historia, por el universo entero. ¡Sí! El matrimonio tiene sentido. Pero si no estás convencida veámoslo al revés: ¿por qué no casarse? ¿Qué razón hay para que una pareja que se propone ser mutuamente fiel y formar un hogar estable y con hijos, no se case? Yo creo en ese compromiso ante el mundo...

los creyentes dirán ante Dios, pero dejémoslo ante la sociedad humana a la que pertenecemos. A tu pregunta de ¿por qué sí? te respondo, ¿y por qué no?

-¡Caramba, Ric! ¡Qué explosión! Me ha dejado impávida tu defensa del matrimonio. Es la exaltación de un convencionalismo social que nunca hubiera esperado de ti.

-Bueno, Rosi. Yo no lo veo como convencionalismo. Te amo y voy a tener un hijo contigo. Quiero tener un hogar para nosotros fundamentado en nuestro amor y en nuestro compromiso íntimo; pero también quiero proclamarlo a los cuatro vientos. Quiero hacerlo público. Quiero que sea celebrado. Quiero hacerlo formal, pues las formas son representativas de lo que hay en el fondo. Los seres humanos tenemos maneras materiales, formales, rituales, para expresar lo inmaterial, lo invisible, lo interno, nuestros sentimientos más profundos. Muchas cosas expresamos con ritos, con símbolos... Enviamos flores y según el tipo de flores y su color expresamos un tipo de sentimiento diferente; esas flores son un rito detrás del cual hay algo invisible, un sentimiento que se expresa de esa manera. Si queremos expresar afecto damos besos o abrazos a nuestros seres queridos. Entre hombres significamos tantas cosas con un apretón de manos. Intercambiamos regalos, celebramos los cumpleaños, si estamos de duelo usamos el color negro. ¡Somos seres ritualistas! Hay ritos diferentes en una u otra religión y también hay rituales de carácter civil... ¿no se corta una cinta en una inauguración? Por esa misma razón las parejas celebran sus bodas, se casan. Esa ceremonia representa que se celebra un compromiso, una entrega mutua que es hermosa, bella; algo que no se ve, que está dentro de la intimidad de nuestros sentimientos pero que se simboliza con un rito. Así se hace desde tiempos inmemoriales en todas las civilizaciones y se practica en todos los continentes y en las diferentes culturas. El matrimonio es una manera visible, ritual, de hacer explícito, de manifestar ante todo el mundo la existencia de algo sublime, interno y espiritual. Yo quiero casarme contigo, Rosi.

-¡Okey, okey! ¡Qué apología del matrimonio haces, hombre! Si para ti es importante, ¡pues casémonos! ¡Cuando quieras! ¡Si te parece ahora mismo vamos donde un juez y ya!

-Tampoco así, Rosi. Si tú ves que eso tiene un gran significado para mí, no deberías tomarlo a la ligera, ni tampoco hacerlo motivo de burla.

-Tienes razón, Ric. Está bien. Discúlpame. Vamos a hacerlo como tú quieras. Estoy dispuesta a complacerte.

-Gracias, amor. Aunque yo no soy creyente quisiera una boda religiosa, con tu vestido blanco de novia.

-¡Opa! ¿Tanto así, Ric? ¿De veras?

-Sí.

-¿Por qué, si tú no crees en Dios y menos en una iglesia?

“¡Dios!” -pensó Ricardo-. *Recuerdo mi súplica desesperada cuando murió mi madre... “¡Si existes dame fuerzas para soportarlo y para apoyar a mi padre y a mi hermana!” Mi madre estaba muerta y no había remedio, pero papá y Mari estaban destrozados y solo yo podía sostenerlos. Pero yo estaba también destrozado. ¿De dónde saqué fortaleza para ser el apoyo de mi familia? Dios... ¿será? Mi mente lo niega, pero en el fondo de mi ser a veces siento necesidad de creer.*

-¡Porque es una tradición familiar! -Dijo finalmente-. ¡Y porque simplemente es muy lindo! Las bodas religiosas siempre me han parecido muy lindas. Además, no estoy seguro si al niño le convendría recibir una formación religiosa... Tú sabes, por los principios morales y esas cosas... para que tenga una fe que lo sostenga en las crisis... Y por eso a lo mejor convendrá que sus padres sean casados por la iglesia.

-¡Ric! ¡Estás irreconocible! ¡Súper anticuado! ¡Conservador!

-No... Estas cosas no son de liberalismo o conservadurismo. Simplemente estoy siendo práctico y pienso en primer lugar en nuestro hijo.

-Está bien. Será como tú quieras. A mí me da igual, y si eso te complace, ¡adelante! Pero yo no sé nada de bodas, ni de iglesias, ni de todo eso...

-Le pediremos ayuda a Mari.

Hay muchas maneras de llorar, pero todas son necesarias. Se llora de dolor, y ese llanto nos ayuda a soportarlo. Se llora de tristeza,

y ese llanto nos ayuda a consolarnos. Se llora de arrepentimiento, y ese llanto nos ayuda a purificarnos. Se llora de felicidad, y ese llanto nos ayuda a regocijarnos... ¡es hermoso ese tipo de llanto! Llanto de gozo, de alegría, como el llanto de don Ricardo Mendoza abrazado a su hijo cuando éste en compañía de Rosi le comunicó que sería abuelo y que iban a casarse.

-Cuando vea nacer a mi nieto podré morir tranquilo.

-No hables de muerte, papi, que éste es un momento de alegría –dijo María Elena, quien estaba también presente.

-¿Para cuándo esperas, Rosi? –Preguntó don Ricardo.

-Todavía falta mucho, doctor. Apenas empieza el embarazo.

-¿Y para cuándo piensan celebrar su boda?

Esta vez fue Ricardo quien le respondió.

-Eso dependerá de Mari. Rosi no tiene comunicación con su padre a quien apenas conoce, y su mamá falleció hace unos tres años. No tiene hermanos ni parientes cercanos. Así que hemos nombrado madrina a Mari con poderes plenipotenciarios para organizar todo.

-Será una gran boda –dijo Mari. Hay que prepararla bien; no puede ser antes de dos meses. Hay que pensar en escoger la iglesia, el lugar de la recepción, el vestido de la novia, las tarjetas de invitación, la lista de invitados, los adornos, las flores, los recuerdos, la música, el cortejo...

-¡Caramba, Mari! ¡Cuidado nace primero el bebé! Y ten en cuenta que a los tres meses de embarazo se me va a notar. ¡Eso no se vería bien con el traje de novia!

-No se notará con tu cuerpecito de modelo, Rosi.

-¡Oye, que piropo! –Agradeció Rosi.

-¿Quién te va a entregar?

-Me entregaré yo misma, Mari. Soy dueña de mi vida y nadie debe ocupar el lugar que alguna vez quizá pudo ocupar solamente mi madre.

-Tienes razón... ¡además ya te entregaste!

Todos rieron divertidos mientras don Ricardo ordenaba abrir el *champagne*.

Nadie pensaba en ese momento en Linda Rostrán.

Desde que el Boegin 747 aterrizó en el Aeropuerto Kennedy de New York hasta conseguir subir a un taxi, María Elena y Linda tardaron más de una hora. Una hora en pie y cansadas recorriendo interminables largos pasillos, haciendo cola en el puesto de inmigración y luego buscando maletas. Una hora que se sumó a las varias horas de vuelo nocturno que tuvieron que sufrir, más el fastidio de hacer la larga fila en el aeropuerto neoyorkino para que el oficial de migración, haciendo ostentación de su poder de aceptarlas o rechazarlas, le hiciera a cada una varias preguntas tontas, les tomara una foto e imprimiera electrónicamente sus huellas digitales. No pensaban las dos muchachas en ese momento que al salir un par de días después por el mismo aeropuerto las harían caminar descalzas, las manosearían en busca de algún artefacto terrorista, invadirían su intimidad con Rayos X y les harían de nuevo varias preguntas tontas.

El taxi amarillo dejó a las dos amigas en el lujoso y céntrico Hotel Palace de la Avenida Madison, frente a la Catedral de San Patricio. Después de registrarse en una habitación confortable con dos camas *queen*, descansaron un poco y cada una tomó una ducha, se arreglaron y bajaron al restaurante a comer algo. Como tenían libre la tarde y la noche decidieron ir de compras, ¡mujeres al fin! Al final de su gira por los almacenes del centro comercial que escogieron visitar, pasaron cenando algo ligero por el *Food Court* antes de regresar al hotel en otro taxi amarillo. Aunque existen los *rent-a-car* ninguna se animaba a conducir por el atiborrado tráfico de Manhattan.

Al día siguiente serían recibidas por el señor Stuart Miller, Vicepresidente para América Latina de la *Medical Equipment Supplier*.

La Junta Directiva de Tecnomedic, presidida por el doctor Lorenzo Quirós y por iniciativa de éste, decidió enviar a New York una representante especial nombrada por la propia Junta Directiva, la arquitecta Linda Rostrán, para que la Gerente General, licenciada María Elena Mendoza, tuviera un apoyo adecuado y una buena acompañante que expresara en nombre de la Junta Directiva a la *Medical Equipment Supplier* su decisión de firmar el contrato con la *Deutschland Medical Equipment*, aunque sin revelarles el nombre de la empresa. La idea era también que Linda respaldara las gestiones de la sin duda eficiente Gerente General y que María Elena no hiciera el largo viaje sin compañía ni se enfrentara sola a los experimentados ejecutivos de la MES. Al mismo tiempo, debían negociar un nuevo contrato sin cláusula de exclusividad y transmitirles el claro mensaje de que convenía más a la *Medical Equipment Supplier* que Tecnomedic continuara vendiendo sus equipos. De lo contrario Tecnomedic usaría un abanico de posibilidades para representar suplidoras japonesas, europeas y estadounidenses para ofrecer equipos similares a los de la MES. María Elena y Linda planificaron un itinerario de cuatro días, para tener dos días de negociaciones y dos días para los vuelos.

Puntualmente a las diez de la mañana las llamaron de la recepción del Hotel Palace para anunciarles que un vehículo de la MES con un uniformado conductor esperaba por ellas. El trayecto en el lujoso sedán *BMW* Serie 5, color beige, duró apenas unos minutos. Pronto estaban en un elegante salón de espera donde un joven edecán les ofreció algo de tomar y bocadillos. Ambas pidieron un café. Luego apareció el asistente del vicepresidente, que se presentó como Allan Bell, para anunciarles que en breve iniciaría la reunión con el señor Miller y desapareció tras una breve reverencia para ir a informar a su jefe sobre el terreno que iba a pisar.

-Nos mandaron la versión latina de Los Ángeles de Charlie, señor.

-¿Qué quieres decir?

-Dos bellísimas mujeres... ¡increíbles!

-¿Los Ángeles de Charlie no son tres?

-Créame, señor, que estas dos valen por cuatro. ¡Son bellísimas!

-Como siempre, los hispanos creen que con apariencias nos van a impresionar y que dos bonitos traseros nos van a dejar embobados. Seguro que de inteligencia y capacidad no tienen nada. ¡Hazlas pasar a la Sala de Juntas! ¿Ya están allí los otros?

-Sí, señor.

El circunspecto Allan Bell mostrando una esmerada cortesía hizo pasar a Linda y a María Elena a una Sala de Juntas en la que no se habían escatimado gastos para darle lujo y confort. Desde sus ventanales la vista de la ciudad y en particular del cercano Empire State era espectacular. El vicepresidente Miller las esperaba cerca de la puerta y se presentó para conducir las inmediatamente a sus asientos reservados en torno a la enorme mesa de fina caoba y bordes forrados en cuero. Al sentarse todos, el señor Stuart Miller presentó a Wendy Sullivan, Gerente Financiero, y a Peter Hook, Gerente de Mercadeo, ambos para América Latina. Les dio la bienvenida y entrelazando las manos puestas sobre la mesa dijo:

-Su empresa nos informó que la visita de ustedes sería para exponernos algunos puntos referentes al nuevo contrato. El actual vencerá en una semana. Estamos listos para escucharlas.

-Tenemos nuestra presentación en español –empezó Linda hablando todavía en inglés-. Supongo que todos ustedes hablan o comprenden español...

-No realmente –dijo Miller-. Un poco sí, ¡claro! Hablamos todos un poco de español, pero preferimos entendernos en inglés. Eso no es problema, llamaré a nuestro traductor.

Linda carraspeó un poco.

-No se preocupe. Tenemos también una versión en inglés.

Abrió su *laptop* y solicitó amablemente ayuda para conectarla al *data show*. De inmediato Allan Bell se levantó y se prestó a ayudarla. Las luces del salón se atenuaron un poco y en la pantalla blanca se proyectó la primera imagen presentada por ella: una vista panorámica de una de las bellezas de su país. La segunda fue una fotografía del edificio de Tecnomedic con su logotipo. La tercera fue de datos con los que entró en materia.

Durante media hora Linda en su calidad de Representante de la Junta Directiva presentó cómo había sido la relación histórica entre Tecnomedic y la MES, las cifras de ventas de sus equipos, la comparación entre lo vendido por Tecnomedic y lo vendido por la competencia: Tecnomedic había vendido dos veces más equipos de la MES que las otras tres distribuidoras juntas. Presentó la posición de Tecnomedic como pionera en ese mercado en el que la competencia quedaba muy distante. Terminó analizando el contrato por vencerse y explicando la decisión de la Junta Directiva de no renovarlo si no se eliminaba la cláusula de exclusividad unilateral.

Luego, unos veinte minutos fueron utilizados por María Elena hablando en su calidad de Gerente General de Tecnomedic para expresarles la conveniencia para la MES de firmar un nuevo contrato con ellos a pesar de eliminarse la cláusula de exclusividad. Hizo una relación de la penetración en el mercado de marcas competitivas europeas, japonesas y estadounidenses. Expresó la decisión de representar otra marca además de la MES, aunque si la MES no firmaba el nuevo contrato estaban listos para representar dos marcas de la competencia. Mediante gráficos convincentes les demostró cómo la MES perdería mucho dinero si no firmaban con Tecnomedic bajo las nuevas condiciones. Al final fue muy enfática al expresarles que Tecnomedic no aceptaría ninguna disminución en los porcentajes de utilidad bruta ni cambio alguno en el contrato con excepción de eliminar la cláusula de exclusividad.

Linda terminó la exposición de ambas diciendo:

-Gracias por recibarnos y escucharnos, señor Miller. Gracias a todos. Esta es la posición oficial de Tecnomedic. Debo ser muy sincera y referirles que esto fue ampliamente discutido por la Junta Directiva de nuestra empresa y que la decisión es definitiva, irrenunciable y no negociable. En otras palabras no estamos ni blofeando ni guardando una carta bajo la manga, se los aseguro.

Linda sonrió y entrelazó las manos puestas sobre la mesa.

-Estamos listas a escucharlos –finalizó imitando a Miller.

Las dos estuvieron formidables. Demostraron saber de lo que hablaban. Lo hicieron en forma clara y precisa, con total

aplomo y seguridad, sin asomo de nerviosismo ni de vacilación.

Miller antes de la reunión había pensado que de inteligencia y conocimientos no tenían nada, pero evidentemente se equivocó. Las dos muchachas hicieron su presentación con capacidad y talento sin por eso ocultar ni disminuir su atractivo físico.

-¿Cuándo tienen su vuelo de regreso? –Preguntó Miller.

-Mañana –exageró Linda-. Pero si no pueden tener una respuesta hoy, podemos esperar un día más. Sin embargo, no podemos irnos sin una decisión pues al llegar tendríamos que proceder con muy poco tiempo a hacer lo pertinente, según lo que ustedes decidan. O sea, que debemos llevarnos de aquí su respuesta definitiva.

-En el supuesto caso que aceptemos eliminar la cláusula de exclusividad, ¿con qué otra empresa firmarían además de nosotros?

-Esa es información confidencial. Usted nos disculpará por eso, señor Miller.

-¿Considerarían la posibilidad de que la cláusula de exclusividad fuera mutua? O sea, que nosotros no tengamos otro representante en su país más que ustedes a cambio de que ustedes distribuyan exclusivamente nuestros equipos... solo en lo que se refiere a las líneas que actualmente cubrimos, claro.

-No. No hay ninguna posibilidad de considerarlo. Eso ha sido bien estudiado y lo que nuestros competidores venden de equipos de ustedes no compensa considerarlo.

-Y en el supuesto caso que accedamos a eliminar la exclusividad, ¿qué garantía tendríamos de que no firmarían contrato con una tercera empresa también... o con más empresas?

-Solo nuestra palabra de que por dos años no firmaríamos más que con una empresa además de ustedes. Ciertamente esa es una decisión muy bien pensada. Tecnomedic no tendría capacidad de representar más de dos empresas de la misma línea. Al menos por ahora.

Los ejecutivos de la MES cayeron en un mutismo absoluto. Parecían sorprendidos y sin saber cómo reaccionar. El único que aparentaba serenidad y no mostraba perturbación era Miller.

Lo que Linda y María Elena habían puesto muy en claro no admitía discusión. Si la MES no firmaba sin exclusividad, Tecnomedic firmaría con otras dos distribuidoras y la MES perdería a su principal distribuidor que tenía las tres cuartas partes del mercado. Eso era impensable. Si aceptaban firmar sin exclusividad, Tecnomedic siempre representaría a la MES y además a otra empresa. En esta opción compartirían el pastel con otro, pero les quedaría más de la mitad del mismo... mucho más, por la antigüedad en el mercado y por la misma historia de relaciones que tenían con Tecnomedic. La decisión a tomar parecía obvia.

-¿Tienen un teléfono celular para poder localizarlas en cualquier momento? –Quiso saber Miller.

-No, pero podemos rentar uno –respondió María Elena.

-Allan, por favor facilítale uno.

El asistente tardó más en salir que en regresar con un bonito móvil aparentemente nuevo que entregó a las muchachas. María Elena lo guardó en su bolso.

-No ha sido usado. Lo reservábamos para casos como éste.

-Gracias.

Allan sacó de una carterita de piel una tarjeta de presentación y al reverso anotó un número telefónico.

-Este es el número de su teléfono. Está activado. En esta tarjeta también está el número del celular mío, por si se les ofrece algo.

Miller intervino:

-Esta es mi tarjeta, por favor no duden en llamarme directamente –dijo poniéndose en pie y entregándoles su tarjeta personal-. Agradezco su presentación y muy pronto estaremos comunicándoles nuestra respuesta. Nuestro conductor las llevará a su hotel o a cualquier otro sitio.

-No, señor Miller. De veras se lo agradecemos, pero no es necesario. Estamos en el corazón de Manhattan y vamos a ir a lugares cercanos.

Al salir del edificio de la MES las dos muchachas soltaron las risas reprimidas por la buena educación, se abrazaron entusiasmadas y no saltaron solo por temor de que algún funcionario de la empresa las pudiera ver.

-¡Felicidades, Linda! ¡Los dejaste apabullados!

-¡Tu también estuviste fenomenal, Mari! ¡Todo fue un éxito! ¿Qué crees que harán?

-¡Firmar! ¡No les queda más que firmar, chica! ¡Sin exclusividad! Van a llamarnos en cualquier momento.

-Mientras tanto, Mari, ¿dónde matamos el tiempo?

-Si estás de acuerdo vamos a una agencia de viajes cercana y averiguamos si hay posibilidades de cambiar nuestro boleto para mañana.

-¿No te parece un derroche de optimismo?

-En absoluto. Apuesto mi cabeza que hoy mismo nos llaman. Deben haberse quedado reunidos discutiéndolo. De lo contrario nos hubieran invitado a almorzar.

-Ciertamente... Pero aún así no deberíamos cambiar el boleto tan pronto. ¿Y si nos llaman hasta mañana?

-¡Claro! Por de pronto solo vamos a averiguar las posibilidades. Queda toda la tarde todavía. A menos que tengas interés en pasar otro día en New York.

-No. He estado aquí varias veces y lo que tenía que ver ya lo vi.

-Igual yo, Linda. En New York hay cosas lindas dignas de verse, pero también he estado varias veces y ya tengo suficiente. Mejor regresamos a casa. Claro que si estuviéramos en París...

-...o en Roma...

-¡Buscaríamos cada una un italiano!

Linda rio de la ocurrencia de María Elena. En eso sonó el celular que ésta llevaba en su bolso.

-¡Hola! –Respondió en español.

Su interlocutor le habló en inglés.

-Soy Stuart Miller, María Elena. Les llamo por dos motivos. El primero es para informarles que aceptamos su propuesta.

-¡Que buena noticia, señor Miller! –Guiñó un ojo a Linda que abrió la boca y se llevó la mano al pecho.

-Y la segunda para preguntarle si Linda y usted podrían aceptar almorzar conmigo hoy.

-¿A qué hora, señor Miller?

-Puedes llamarme Stuart, por favor. ¿Le parece que pase por ustedes en dos horas?

-Está bien Stuart. Gracias. Puede pasar por el hotel.

-Allí estaré.

-¿Qué pasó? —quiso saber Linda.

-Lo que esperábamos. Aceptaron. Y vamos a almorzar con el señor Miller.

-Te oí llamarlo Stuart —dijo con picardía.

-El me lo pidió. Pero antes de que empieces a elucubrar tonterías te garantizo que ese señor neoyorkino no me interesa para nada.

-Mejor un italiano en Roma, ¿no?

-O un francés en París. Aunque, para serte sincera, la verdad es que quisiera estar con mi pintor bohemio, aunque él no entienda ni papa de mi trabajo.

-No me dijiste su nombre, Mari.

-Andrés... Andrés de la Peña.

-Tiene nombre de aristócrata.

-Y lo es. Un aristócrata rebelde... Pero como amante, déjame contarte que...

-¡Ya! ¡Ya! ¡Dejémoslo allí, chica! Que esas son tus intimidades.

-Qué poca curiosidad tienes, Linda. Estás pintada como la niñita buena del colegio... con tu uniforme a cuadros y tus trencitas...

-Los asuntos íntimos son privados. Así pienso yo, Mari. ¡Qué quieres que haga! Soy de mentalidad abierta en la mayoría de las cosas pero hay aspectos en que prefiero ser más reservada. No es justo que me cuentes tus intimidades si yo jamás te contaré las mías.

-¡A que sí! ¡Lo harás tarde o temprano!

-¡Jamás! Primero me muero, Mari —sonrió apenada.

-Bueno, ¡niñita formal! Vamos a buscar una agencia de viajes.

-En el hotel hay una... No te fijaste porque solo tenías ojos para los turistas... ¡niñita alborotada!

A la mañana siguiente la cuenta del hotel estaba cancelada por la MES y el *BMW* las esperaba con su conductor uniformado. Llegaron al Aeropuerto Kennedy con suficiente tiempo para desayunar con calma después del chequeo y antes de tomar el vuelo. María Elena y Linda habían cumplido con creces su misión y además regresaban un día antes. Se sentían orgullosas y felices. Una felicidad que a María Elena le duraría muy poco.

Lo primero que hizo María Elena al aterrizar el avión y detenerse en la terminal fue llamar a Ricardo desde su celular para preguntarle por la salud de su papá. Respondió la contestadora. Llamar al apartamento era inútil pues a esa hora irremediabilmente Ricardo tendría que estar en el hospital. Llamó a la asistente del consultorio, que generalmente siempre sabía dónde estaba su hermano o al menos cómo localizarlo.

-El doctor está en la sala de operaciones del hospital, doña María Elena –respondió la muchacha.

-¿Tú tienen alguna noticia sobre mi papá?

-No. Ninguna. Aparentemente todo está bien. He visto muy tranquilo al doctor... hasta silbando. Usted sabe... lo del bebé y la boda lo tienen muy ilusionado. Si a don Ricardo le hubiese ocurrido algo, seguramente el doctor no estaría tan contento.

-¡Gracias a Dios! Dile a Ricardo que tan pronto pueda me llame, por favor.

-Con gusto.

-Gracias. Chao.

-Para servirle, doña María Elena.

Linda no pudo dejar de escuchar la conversación aunque hizo lo posible por no poner atención mientras bajaba los bolsos del compartimiento colocado arriba de los asientos del avión. Sentía la extraña e indefinida sensación que siempre le sobrevenía al escuchar el nombre de Ricardo. Mientras le pasaba su bolso a María Elena, preguntó:

-¿Cómo está tu papá?

-Aparentemente bien, pues dice la asistente de Ricardo que éste se comporta normal. O más que normal. Anda embobado silbando por el bebé y por la boda.

Le dolió. No había querido aceptar que sentía *algo* por Ricardo. Pero lo sentía...

*“¡No puede ser! No puedo ni debo enamorarme de Ric. Va a casarse y tener un bebé. ¿Pero, qué clase de mujer soy? ¡Tengo que desterrar eso de mi mente!”*

-¿Y por qué no llamas directamente a don Ricardo?

-Ni pensarlo. Primero, porque no quiero recibir un susto si otra persona contesta. Y también porque me he propuesto no cansar a papá preguntándole a cada rato por su salud. ¡Debe ser un fastidio para él!

Pasaron rápidamente la caseta de Migración y recogieron sus maletas. Cruzaron la calle acompañadas por un maletero con un carrito para el equipaje dirigiéndose al edificio de estacionamiento frente a la terminal aérea. Subieron por el ascensor hasta el tercer piso y allí encontraron sus respectivos autos. Se despidieron efusivamente, muy orgullosas y satisfechas de su triunfo, y cada una tomo rumbo a su casa.

Apenas caía la tarde y aún había claridad cuando María Elena guardó su auto en la cochera, por lo que le extrañó ver allí el auto de Alberto que normalmente llegaba a casa después del anochecer.

Habían dos copas de vino vacías y una botella a la mitad en la mesa del bar. Una de las copas tenía huellas apenas perceptibles pero indiscutiblemente de lápiz labial. Ninguna persona estaba en el primer piso.

María Elena supo inmediatamente de qué se trataba.

*“¡El muy hijo de puta!”*

Subió rápidamente las escaleras y se dirigió a su habitación. Su primera intención fue abrir y sorprender a su esposo con la mujer con quien estaba. Pero su dignidad la contuvo. Tocó fuerte y repetidamente.

-¡Alberto! ¡Alberto! ¡Sal por favor ahora mismo!

Silencio.

-¡Alberto! ¡Alberto!

Nuevos toque fuertes a la puerta.

Más silencio.

María Elena se impacientó. Decidió abrir. Giró un poco la manija y notó que estaba sin llave. Iba a entrar cuando le sobresaltó escuchar el timbre de la puerta principal de la casa. Vaciló. Siempre había sido prudente y sensata y esta vez no fue la excepción. No quería que hubiese un escándalo en presencia de otras personas; resolvió despachar primero rápidamente a quien fuese que estuviera tocando y bajó las escaleras.

Al abrir la puerta se encontró con dos policías uniformados.

-Buenas tardes, señora. ¿Está usted bien?

-Si... claro... ¿Por qué?

-¿Todo está normal en la casa?

-Por supuesto. ¿Por qué?

-¿Usted vive aquí?

-Sí, señor; pero, ¿qué pasa?

-Alguien llamó reportando una emergencia.

-¿Una emergencia? ¿Qué clase de emergencia?

-Una emergencia médica. Pronto vendrán también los paramédicos. Reportaron que un hombre había sufrido un desmayo y que estaba inconsciente.

María Elena salió corriendo como un rayo, subió las escaleras y llegó a su cuarto todavía con la puerta cerrada. Los dos policías la imitaron corriendo tras ella.

Al abrir la puerta los tres pudieron ver tendido al ingeniero Alberto Mantilla, completamente desnudo acostado de espaldas a lo ancho de la cama, con las piernas colgando y con la boca y los ojos abiertos.

María Elena solo pudo exclamar con un hilo de voz ¡Dios mío! Y se quedó lívida y congelada. Uno de los policías examinó a Alberto.

-Está muerto -dijo.

Pronto habían en la casa dos policías más, dos detectives y tres miembros del personal del Departamento de Medicina Legal. Los paramédicos que habían llegado inmediatamente

después de los primeros policías, se habían retirado al comprobar que el cuerpo que yacía en la cama estaba sin vida.

María Elena había llamado ya a Linda que no estaba muy lejos del aeropuerto. No quería que su padre se enterara hasta que las cosas estuvieran claras y Ricardo le suministrara un tranquilizante. No sabía cómo afectaría aquello el embarazo de Rosi por lo que tampoco sería prudente llamarla. Ricardo estaba en Sala de Operaciones. Solo le quedaba Linda para pedirle que la acompañara. Llamó también al doctor Lorenzo Quirós que seguía siendo un competente abogado aunque solo atendía asuntos muy especiales, como seguramente era aquel.

Al llegar María Elena a la Estación de Policía en el carro de Linda, seguidos por una auto patrulla, el inspector Rivera la reconoció de inmediato y tomó el caso en sus manos. Pronto llegaron el doctor Quirós y Ricardo.

-¿Te sientes bien, Mari? -Preguntó Linda pasándole la mano con cariño por la espalda.

-Sí, Linda. Bastante asustada todavía, pero más tranquila. Consígueme un poco de agua, por favor.

Linda introdujo algunas monedas en el dispensador que estaba en una esquina de la estación y sacó cuatro botellas de agua para María Elena, el doctor Quirós, Ricardo y ella.

Todos conocían la situación entre Alberto y María Elena y no se extrañaban de que no saliera ninguna lágrima de sus ojos.

Lo sentía, ciertamente; era una vida joven que se truncó y había existido una relación de amistad. Sus amoríos no le importaban y si aquella tarde se encolerizó con él era por haber llevado a otra a su propia casa, a su habitación, a su cama... Era el irrespeto lo que le dolía y enfurecía, no la infidelidad. Habían sido amigos más que marido y mujer; por eso su muerte le afectaba simplemente como la de un amigo cercano. Pero nadie, ni siquiera aquel inspector reconocido por su capacidad y perspicacia, pensaban que hubiese dado muerte a Alberto.

María Elena firmó su declaración y el inspector Rivera autorizó que se retirara pidiéndole no salir de la ciudad, aunque no habían cargos hasta ese momento.

No quiso ir a su casa esa noche; hubiese sido desagradable. En realidad estaba decidida a no ir jamás. No sería

capaz de dormir en la misma habitación donde Alberto había muerto después de hacer el amor con otra.

*“¿Sería la única vez? Seguramente que no... solo que esta vez regresé un día antes de lo planeado. ¡Usó nuestra casa como un motel!”*

Decidió trasladarse temporalmente donde su padre y al siguiente día los funerales se realizaron con la elegancia y los honores propios de ambas prestigiosas familias. María Elena recibió circunspecta y educadamente las condolencias.

La investigación policial del caso fue bastante rápida. El cuerpo no mostraba señales de violencia ni habían signos de envenenamiento. Una de las copas de vino tenía las huellas digitales de Alberto y de otra persona que no era María Elena. En el teléfono de la habitación y en las manijas de la puerta del baño, del *bidet* y del lavamanos habían huellas recientes de esa otra persona que coincidían con las de la copa. Se descartó cualquier tipo de robo. En el basurero del baño encontraron un preservativo recién usado y los análisis revelaron que el semen era de Alberto. Se encontró en las almohadas cabello de otra mujer. No habían testigos pues el jardinero llegaba una vez por semana y la señora que arreglaba la casa no dormía allí y se iba temprano.

María Elena no tenía idea de lo que había pasado ni sospechaba de nadie en particular. Alberto había tenido mujeres por montones y no conocía ningún motivo para que alguien quisiera matarlo. No podía ser un marido o novio celoso pues las huellas eran de mujer. Recordó haberse encontrado con un *Jaguar* rojo en la callecita que conducía a su casa. Por el reflejo del sol en el parabrisas no pudo distinguir si lo conducía un hombre o una mujer. Le había extrañado, pero no pensó en ello más que un par de segundos. El inspector Juan Rivera muy pronto obtuvo el registro de los nombres de quienes poseían un *Jaguar* rojo, empezando por los registrados en la capital, que no eran muchos.

*“¡Pobre esta familia –pensaba el inspector- primero el accidente de la madre, después el infarto del padre, y ahora esto...”*

Tomando en cuenta todos los hechos así como la hora en que Linda testimonió que ambas salieron del aeropuerto, era evidente que si acaso en esa muerte hubiese mano criminal, no sería la de María Elena. Considerando la hora de llegada de su vuelo no habría tenido tiempo para llegar a casa, tomar vino con su esposo, hacer el amor, asesinarlo, llamar a la policía, vestirse y arreglarse impecablemente, y que la policía encontrara el cuerpo aún tibio del ingeniero Mantilla recién fallecido apenas minutos antes. Podría caber la posibilidad de que lo hubiese encontrado con otra mujer y lo matara por celos, aunque no se había encontrado a la otra mujer ni a la supuesta arma utilizada; en todo caso la autopsia fue definitiva para confirmar que se trató de una muerte natural ocurrida en circunstancias poco convenientes tanto para el occiso como para quien en aquel momento hubiese sido su amante.

El inspector Rivera saludó a María Elena en el portal de la mansión de don Ricardo Mendoza. Aspiró embelesado el agradable perfume de los heliotropos antes de aceptar la invitación de la muchacha para pasar a la sala de estar. Allí estaban don Ricardo, el doctor Ricardo Mendoza hijo y el doctor Quirós. Ya lo esperaban.

-No quise tardar mucho para informarles las conclusiones finales del instructivo policial, tomando en cuenta que con seguridad están deseosos de dar por cerrado este asunto.

-Y... ¿quedará cerrado, inspector? -Preguntó don Ricardo.

-Efectivamente. Para la policía y para la fiscalía es un caso cerrado. La autopsia reveló un accidente cerebro vascular. En otras palabras, un derrame cerebral. La causa fue natural. No hubo ningún tipo de golpe ni sustancia alguna que pudiera haberlo provocado.

-Algo raro en un hombre joven -dijo María Elena.

-No tan raro -corrigió Ricardo-. Estos casos son cada vez más frecuentes a medida que hay mas estrés y se abusa del alcohol y del tabaco... además de la dieta inapropiada, los

desvelos y la vida... digamos, desordenada. Alberto no se cuidaba.

-No puedo concebir cómo yo sigo vivo y Alberto ha muerto –comentó don Ricardo-. Va contra las leyes de la naturaleza, de la vida... y contra toda lógica...

-La vida y la muerte están más allá de toda lógica y no respetan ninguna ley –dijo el inspector con aplomo.

-¿Y qué hay de la mujer? -Quiso saber María Elena.

-Me apena hablar de esto, doña María Elena. Créame que lo hago con todo respeto...

-No se preocupe, inspector. Continúe, por favor.

-Se trata de la hija de un empresario para quien el ingeniero Mantilla construyó una residencia. El ingeniero se relacionó con la hija de su cliente y salían con cierta frecuencia durante los últimos meses. Ella estuvo en su casa esa tarde, tomaron vino y luego subieron a la habitación. Se acostaron y recién terminado el acto, mientras la muchacha se vestía, el ingeniero sufrió el derrame. Su muerte fue casi instantánea. Ella llamó a la policía de inmediato con la esperanza de que le salvaran la vida y luego se fue rápidamente en su coche aterrorizada por lo sucedido. Conducía el *Jaguar* rojo que usted vio, con matrícula a nombre de su padre. Como verá, la muchacha no fue culpable de su muerte.

-Evidentemente –dijo María Elena-, a no ser que se le culpe del zangoloteo de Alberto esa tarde, lo cual sería absurdo. Lo que no se puede negar es que fue muy grande su atrevimiento al entrar a mi casa para acostarse con mi marido en mi propia cama, de todo lo cual ella estaba consciente.

-Realmente asqueroso, doña María Elena. Usted puede hacer cargos contra ella por eso, si lo desea.

-De ninguna manera, inspector. No vale la pena. Además, yo quiero olvidar cuanto antes todo este asunto.

-Aunque se trata de una muchacha mayor de edad, sus padres suplican su discreción por el nombre de la familia. En realidad es muy joven... estudiante aún. Ellos están dispuestos a presentarle sus condolencias personalmente y pedirles perdón por la conducta de su hija. Están muy avergonzados.

-No será necesario, inspector. Yo se que usted no tiene por qué ser mensajero, pero si tiene oportunidad de verlos dígales de mi parte que no se preocupen. Se lo agradeceré. Esos señores, cuyos nombres ni siquiera deseo saber, también son víctimas de la conducta de su hija. No tengo ningún resentimiento hacia ellos ni hacia su familia en general. La muchacha es una atrevida y Alberto no era un angelito y seducía fácilmente a las mujeres. La vida se encargará de cobrarle a ella su conducta si no se arrepiente del mal camino que lleva. Cada cual cosecha lo que siembra. Yo, por mi parte, estoy en paz conmigo misma, con la vida y con Dios.

-Bien... Siendo así, me retiro. Esta es la tercera vez que me toca atender un asunto trágico en su familia, y espero que de ahora en adelante todo sea para bien de ustedes... Se los deseo de corazón.

-Gracias en nombre de todos, inspector Rivera –dijo don Ricardo. Apreciamos mucho su trabajo y lo que ha hecho por nuestra familia.

-Que no ha sido nada más que cumplir con mi deber, don Ricardo. Con su permiso.

-Mari –dijo Ricardo después de despedir al inspector-, creo que aunque nazca primero el bebé tendremos que posponer la boda.

-¡Nada de eso, Ric! Lo que pasó, ya pasó. ¡Punto final! La vida sigue y debemos ver hacia adelante. Tú tienes que seguir con tus planes, con tus ilusiones, con tu vida. Me sentiría muy mal si por la muerte de Alberto pospusieras la boda. Realmente a mí me distraerán los preparativos y me servirá de terapia para superar el *shock*.

-Pero, ¿qué dirá la gente? ¿Una boda antes de cumplir un año de duelo en la familia?

-La gente sabe lo que sabemos todos. Mi matrimonio era de apariencias. Quizá se molestó un poco la familia de Alberto; pero, ¿tiene eso importancia? A ellos jamás les importé mucho y algunos alcahuteaban sus andanzas. Además, ¡nadie lo va a irrespetar por celebrar esa boda! El va a tener un lugar en mis

recuerdos, pero no más que el lugar que se merece y que él sabía que un día tendría. Tu hijo nacerá después del matrimonio, Ric.

-Estoy de acuerdo –intervino don Ricardo-. Debes pensar en tu hijo. Le convendrá mejor nacer dentro de una familia establecida, y eso lo entenderán nuestros amigos.

-Muchas personas valiosas han nacido fuera de un matrimonio... -empezó a decir Ricardo.

-Es verdad –interrumpió María Elena- y nadie debe por eso considerarlos menos que otros, ¡porque no son menos que otros! Sin embargo, la estabilidad que da una familia cimentada en un matrimonio es innegable, y sin ser criticable haber nacido fuera de uno, al menos no para el hijo, creo que la mayoría preferirían haber nacido de padres y madres casados, sobre todo por los beneficios psicológicos que la estabilidad da a la persona. Es una realidad de la vida. Así que aunque tu hijo no sería inferior en nada si no nace estando Rosi y tú casados, es preferible que se casen y tu hijo seguramente lo apreciará cuando sea mayor.

-Okey. Entonces sigamos adelante con los planes, pero con una boda más modesta –expresó Ricardo, quien en aquel momento no imaginaba cuántas veces los planes no resultan como uno lo piensa.

La vida durante las semanas previas a la boda no transcurrían nada agradables para Rosi. No se veía en ella la alegría propia de la muchacha que va a casarse, ni la ilusión por la boda, ni por su *Luna de Miel*; ni la mirada chispeante de la chica alborozada por la proximidad de su unión con el hombre de su vida. Ni siquiera el gozo de quien espera un hijo. Al contrario, su mirada era triste y su semblante sombrío. Sonreía con amabilidad cuando se tocaba el tema, pero sin demostrar entusiasmo alguno. Incluso, casi nunca usaba el anillo de oro con un precioso diamante que Ricardo le había obsequiado y colocado en el dedo anular de su mano derecha como señal del compromiso, pues alegaba que le estorbaba para auscultar a sus pacientes.

No era aquella una boda deseada para Rosi. Era más bien obligada. Tuvo que escoger entre renunciar a sus metas en la vida, según ella lo concebía, o perder a Ricardo a quien se suponía que amaba...

*“No estoy tan segura de amarlo. ¿Y si fuera costumbre? ¿Si fuera temor a quedar sola por estar tan acostumbrada a tener su compañía cada vez que lo necesito? ¿Si fuera una reacción instintiva, primitiva, por ver a Ric cerca de Linda? ¿Y por eso debería renunciar a mi vida!?”*

Pero las cosas iban en marcha y pronto estarían repartidas las invitaciones. El bebé era esperado con alborozo por la familia de Ricardo que estaba feliz con la idea de ser papá. ¡Demasiado tarde para pensar en echar marcha atrás!

Esa noche Rosi fue a orinar antes de dormir y se sorprendió al ver unas pequeñas manchas de sangre en el papel higiénico usado

para secarse. Decidió no darle importancia y se durmió cansada, como casi siempre. Pero a la mañana siguiente la mancha de sangre era mayor y sentía dolor en la parte baja de la espalda. Se colocó una toalla sanitaria y visitó al ginecólogo de turno apenas llegó al hospital. El cuadro era claro: amenaza de aborto espontáneo. El examen pélvico, la ecografía abdominal y otros análisis lo confirmaron. El ginecólogo y Rosi discutieron los pro y los contra que tiene administrar progesterona en esos casos y decidieron suministrarle una dosis muy pequeña. Lo que se imponía como absolutamente necesario era el reposo total en cama.

Rosi lo lamentó mucho. Tenía pacientes importantes que atender. Pero decidió seguir las instrucciones y se fue a casa.

-Hola Ric –dijo Rosi al teléfono.

-Dime... No estás en el hospital. Te he buscado...

-No. Estoy en casa y en cama. Tengo amenaza de aborto.

-¿Cómo? ¿Qué pasó? ¿Desde cuándo? ¿Te vio la ginecóloga? ¿Qué tan grave es?

-¡Cálmate hombre! Anoche empecé a detectar un leve sangrado y en la mañana había aumentado acompañado de dolor de espalda. Me hicieron todos los exámenes del caso y se confirmó la amenaza de un aborto espontáneo. Me inyectaron una dosis baja de progesterona y me mandaron a la cama. Yo te llamaba para pedirte hacerte cargo de mis pacientes.

-Claro... Pero, ¿Cómo estás? ¿Se ha detenido el sangrado?

-No... todavía no. Ya veremos. ¡Ten calma!

-Voy allá ahora mismo.

-Pero, ¿y mis pacientes?

-¡Por Dios, Rosi! ¡Hay en el hospital dos cardiólogos más, por lo menos! ¡Y los de tu consulta privada que esperen!

A las 48 horas el sangrado de Rosi había aumentado y empezaron a salir coágulos. El dolor era más fuerte. Ric y la ginecóloga

decidieron hospitalizarla. A pesar de todos los esfuerzos, Rosi perdió el bebé.

Ricardo y su padre estaban muy conmocionados. María Elena evidenciaba la tristeza en su semblante. Rosi había tomado las cosas con calma. De ninguna manera con alegría, pero con una calma que parecía una suprema demostración de estoicismo.

Ricardo se trasladó los siguientes tres días al apartamento de Rosi para acompañarla. Ella apenas guardaba el reposo prescrito y ya hacía planes para viajar juntos a Sao Paulo.

-No puedo, Rosi –le dijo Ricardo-. Ya te he explicado que por la salud de papá no puedo ir. Dejemos esa nueva especialización para más adelante, ¿qué prisa hay?

Rosi no respondió.

-Por ahora más bien concentrémonos en la boda que está próxima, amor –continuó Ricardo-. Al menos nos queda esa ilusión y la seguridad de tener otro bebé más adelante. ¿De acuerdo?

Rosi tampoco respondió.

-Mañana me reintegraré al hospital.

-Yo también –dijo Rosi-. Creo que todo debe volver a la normalidad. Incluso creo que tú debes regresar a tu apartamento, Ric. Así todo estará normal... será lo mejor para superar lo del aborto, ¿no te parece?

-No. En realidad no me parece. Mi tristeza por la pérdida del niño será más difícil para mí estando solo en mi apartamento.

-Ric... Por favor... No me hagas más difíciles las cosas.

-Está bien. Si tu lo prefieres así será. Pero no lo entiendo.

A la mañana siguiente fueron juntos al hospital. Se encontraron para almorzar en la cafetería del mismo y al final del día se despidieron. Rosi fue especialmente cariñosa y expresiva besando largamente a Ricardo al despedirse.

A la mañana siguiente Ricardo la buscó en su consultorio, en los quirófanos, en la Sala de Emergencia, en la Sala de Cardiología y en Cuidados Intensivos sin encontrarla. Le dijeron no haberla visto ese día. Preocupado la llamó a su celular, pero no respondió ni siquiera la contestadora, como si el número no funcionara. La llamó al apartamento, pero nadie atendió el teléfono. Se preocupó aún más, pero pensó que quizá quería estar

sola por todo lo que había pasado. A las seis de la tarde fue a buscarla al apartamento.

-Buenas tardes, doctor –dijo el portero al verlo llegar-. La doctora no está. Me pidió entregarle esta carta y este anillo.

*Ric, amor mío,*

*Las despedidas son muy dolorosas y no tengo el valor de despedirme personalmente. He dejado el apartamento y estoy en un hotel por esta noche. Acepté la licencia que me había ofrecido el Director del Hospital para hacer la especialización. Mañana salgo para Sao Paulo para realizar lo que inicialmente habíamos planeado hacer juntos.*

*Sabes que te amo, pero lo nuestro no puede ser. ¡Somos tan diferentes! Por varios años sentimos, pensamos y vimos la vida igual. Pero ahora tú has cambiado. Tus metas e intereses son otros. ¡Y tienes derecho a ello! ¡No te lo reprocho!*

*Seguir juntos sería sacrificar la felicidad de uno por la felicidad del otro, y no sería justo para ninguno. Al final ni tú ni yo seríamos realmente felices.*

*Siento mucho no haberte dado el hijo que tanto te ilusionaba. Estaba dispuesta a hacerlo a pesar de renunciar a mis metas y a mi estilo de vida. Tú sabes que no fue mi culpa perderlo, pero si la naturaleza decidió otra cosa, lo sabio y prudente es alejarnos ahora el uno del otro, para que cada cual siga su propio camino, pues tú y yo realmente deseamos ir por rumbos distintos.*

*Dile a tu padre que también siento no haberle garantizado la descendencia que tanto deseaba y que lo quiero mucho, igual que a Mari, a quien le agradezco los preparativos, ahora frustrados, de una boda que nunca se realizará. Es una excelente amiga.*

*Los años que compartimos fueron maravillosos porque tú eres un hombre maravilloso, Ric. Me duele perderte, pero no tiene sentido retenerte si no voy a darte la felicidad que mereces. Estoy segura de que lo comprenderás.*

*Trata de olvidarme. Yo también lo haré. Ambos merecemos una nueva vida de acuerdo a nuestras metas, que ahora son tan distintas.*

*Si nos encontramos de nuevo seremos solamente buenos amigos. Así debe ser.*

*Por última vez te envío un millón de besos,*

*Rosi*

Las siguientes semanas a la carta de Rosi fueron de profunda tristeza para la familia Mendoza. Don Ricardo sintió que se había esfumado su última esperanza de ver garantizada su descendencia dada cuenta que su fin se acercaba inexorablemente. Sus amigos, especialmente el doctor Abelardo Rostrán, sentían profunda pena por él. También sentían pena por el joven Ricardo, por supuesto; pero éste tenía mucha vida por delante y encontraría otro amor, sin duda. A don Ricardo, en cambio, se le acababa el tiempo.

Los más jóvenes, como María Elena y Linda, no lo veían así. Para ellas lo que vivía Ricardo era objeto de su mayor conmiseración. María Elena sufría junto a su hermano y Linda sentía profundamente lo que le había pasado a aquel amigo de la infancia que tanto le atraía desde su reencuentro, aunque había respetado su compromiso con Rosi. Lejos de lo que se podría pensar, cuando Ricardo quedó *libre* la muchacha no corrió tras él y la atracción que le inspiraba más bien dio paso a un sentimiento de compasión. Las siguientes semanas a la separación de Ricardo y Rosi, Linda no se estremecía al pensar en él ni al estar cerca de sus cabellos negros, su fascinante mirada, su atractivo cuerpo y su impresionante personalidad.

Ricardo estaba muy triste y solo inspiraba esa compasión que las mujeres saben dispensar mucho mejor que los hombres, gracias al instinto maternal. Y fue por esa compasión que María Elena decidió hablar con su hermano para hacerlo reaccionar del letargo anímico en que se había sumergido.

El jardín de doña María Elena siempre envolvía en aquel delicioso perfume de heliotropos a quienes paseaban por sus

callejuelas. Perfume que aspiraban sus hijos Ricardo y María Elena esa tarde, casi al ponerse el sol, cuando el primero acudió a la cita de su hermana.

-Ya sé lo que vas a decirme, Mari. Que soy joven, que la vida no se ha terminado para mí, que hay miles de mujeres por allí que me harían feliz...

-¡Qué maravilla, chico! No sabía que tenía un hermano adivino. ¡Todo un vidente! Casi estoy convencida de que dejemos aquí la plática y nos despedamos. ¿Para qué perder nuestro tiempo si tú lo sabes todo?

-No te enojés, Mari. ¡Compréndeme! Tu sabes cómo me siento.

-Eso sí es verdad. Yo sé cómo te sientes, pero tú no sabes lo que yo quiero decirte. Por otra parte, lo que has dicho es muy cierto; yo sé bien que tú sabes todo lo que has mencionado y la prueba está en que acabas de reconocerlo. ¿No es así?

-Es decir... sí... es verdad...

-Es verdad que eres joven, que la vida no ha terminado para ti y que hay miles de mujeres que te harían feliz. Como también es verdad que tu dolor es doble, por el abandono de Rosi y por la pérdida del niño.

-Tenía mucha ilusión por el bebé.

-Lo sé. Y aunque un bebé no se puede reponer con otro, lo cierto es que si tú lo quieres podrás tener tantos hijos como desees... y eso también lo sabes. Tampoco necesito decírtelo. ¿De acuerdo?

-Todo eso es verdad, pero saberlo no me sirve para dejar de sufrir por lo que me está pasando.

-No por lo que *te está pasando*, sino por lo que *te pasó*. Ese es el punto, Ric. Te pasó algo muy doloroso, triste... ¡pero ya pasó! Tu dolor, tu pena, tu sufrimiento son naturales en esas circunstancias. Es como la muerte de mamá. Fue una tragedia terrible, un golpe brutal. Papá, tú y yo sufrimos inmensamente pero tuvimos un funeral y luego enterramos las cenizas de mamá y empezamos a superar el dolor. No de un día para otro, sino poco a poco. Eso no significa que la hemos olvidado ni tampoco que dejemos de sentir pena por su ausencia. Pero superamos aquella primera etapa de sufrimiento inconsolable; enterramos

aquel tipo de dolor para enfrentar la vida y seguir adelante. Porque si ese tipo de dolor no se entierra se vuelve destructivo, patológico y por consiguiente anormal. Por eso enterrar a los muertos tiene un sentido curativo, Ric. Y en forma figurada ya es hora de que *entierres* a Rosi, la pérdida del bebé y todo lo relacionado. ¿Comprendes?

Ricardo guardó silencio.

Pasaron unos segundos... un minuto... dos...

-Mari, ¿tú de veras crees en Dios?

La reacción de su hermano no dejó de sorprenderla.

-Sí. Tú lo sabes... ¡a mi manera! Pero, sí. Creo en Dios.

-¡Cómo envidio a los creyentes! En momentos difíciles tienen algo de qué sostenerse. Papá y tú encontraron consuelo en su fe cuando murió mamá. Para ustedes ella no murió totalmente, sino que creen que está con Dios esperando una resurrección. Para mí fue mucho más difícil. Y hoy seguramente, si fuera creyente iría a una iglesia y encontraría fortaleza en este momento. ¡Los envidio!

-¿Cuándo perdiste tu fe, Ric? Tú creciste en una familia cristiana, recibiste una educación católica. Hasta antes de marcharte a la universidad ibas a misa cada domingo.

-Uno cambia, Mari. Al madurar y profundizar en las cosas uno ve contradicciones entre la razón y la fe. La razón me dice que la fe no tiene lógica. Aunque la vida sin fe, como la mía, sea más dura.

-A mí la razón por sí misma no me conduce a la fe, pero la confirma, no la contradice. Lo siento tanto por ti pues vivir sin fe no es fácil. La vida sin fe es como tú dices, más dura, más difícil de soportar en los momentos difíciles porque no podemos vivir sin puntos de referencia que nos expliquen el sentido de nuestra existencia. Cuando no tenemos fe en Dios ni esperamos seguir existiendo después de la muerte es triste experimentar las decepciones en cuanto a todo lo que de absurdo y sin sentido hay en la vida. El espíritu de pesimismo, desasosiego y desesperación; la intrascendencia del ser humano enfrentado al cosmos, a su destino y a la historia... ¡nos provoca náusea! Esta vida nos da momentos de inmensa felicidad pero también a veces es muy dura y nauseabunda. ¡Qué pobre y restringido sentido

tendría la vida si al morir terminara todo! ¡La parte material de nuestro ser es tan frágil y temporal que inconscientemente en nuestra pequeñez anhelamos poseer un espíritu que trascienda a otra vida mejor y consecuentemente anhelamos la existencia de un ser superior que nos la dé! Mil veces lo negamos y mil veces lo deseamos; a veces no creemos que exista, ¡pero cómo ansiamos su existencia! Aunque hay momentos en que a nuestra mente le parece bastante más fácil y más razonable no creer, la carga que conlleva la falta de fe es mucho más pesada. Puede parecer más sencilla o más cómoda la opción de no tener fe porque quien no cree no se liga a nada, no está obligado a nada, pero tarde o temprano caemos de rodillas, Ric.

-Tener fe es un modo primitivo e ingenuo de pensar. Un modo de explicarnos lo que todavía la ciencia no nos ha explicado. La fe va contra la inteligencia, contra la razón. Razonar con inteligencia me llevó a optar por no creer, lo cual es lo lógico.

-Pero tener fe es una mejor opción, Ric. La razón y la simple observación de la naturaleza y del universo confirman la fe. Por supuesto que cuando creemos no es porque aquello sea evidente; entonces tendríamos evidencia y no fe. La fe al final exige siempre una decisión de la voluntad para aceptar lo que no es evidente. Una decisión perfectamente compatible con que después uno pueda sentir –de vez en cuando- el atractivo de la otra opción.

-La vida sin fe tiene un sentido más lógico, Mari. Hay muchas interrogantes que la fe no puede responder. ¿Cómo tener fe en un Dios que permite el dolor? ¿Cómo tener fe en cualquier religión que se desarrolle contaminada en medio de tanta maldad?

-¿Dolor? ¿Maldad? Sí... ¡por supuesto que existen el dolor y la maldad! ¡Pero también existen la alegría y la bondad! Dios nos hizo libres de hacer el bien o el mal; no nos creó animales instintivos solamente ni mucho menos marionetas o robots. La humanidad siglo tras siglo ha hecho uso de su libertad para arruinar este mundo y causar sufrimientos. No es esa la voluntad de Dios sino la consecuencia del mal uso de la libertad que nos dio.

-Entonces, si Dios sabía que íbamos a hacer mal uso de la libertad, ¿por qué nos creó libres?

-Creó a los animales solo con instinto y a las plantas ni instinto les dio. ¿Tú hubieras querido ser un animal o una planta? Todo niño que nace teóricamente pudiera resultar un delincuente o un drogadicto que arruine su vida y sufra mucho por hacer mal uso de su libertad, pero aún así ningún padre ni ninguna madre preferiría que nazca sin capacidad de razonar y tomar decisiones. Dios sabía que arruinaríamos el mundo al hacer el mal más que el bien, sin embargo no nos deja abandonados a nuestra propia condenación. Esta vida es transitoria; la otra es para siempre. Si fuera este mundo lo único existente no tendría sentido. Este mundo es aceptable solo si hay otra vida y si habrá después un mundo nuevo. ¡Lo que tenemos ahora es nauseabundo! ¡Apesta! ¿Qué sentido tendría la vida en un mundo donde a pesar de lo bueno que tiene prevalecen el dolor y la maldad, si después no hubiese nada mejor? La fe nos da una explicación, una esperanza. Precisamente los cristianos tenemos esa fe y esa esperanza en Cristo.

-¿En Cristo? ¿En qué sentido? ¿Porque nos vino a predicar hacer lo bueno y no lo malo? ¡Casi nadie le hace caso!

-No. No es por eso. Ciertamente su mensaje de amor es lo mejor que la humanidad haya recibido. Pero no es por eso, sino por la redención. Porque Cristo es Dios que se hizo hombre para pagar por todas las maldades de la humanidad y podamos tener otra vida mejor y un mundo nuevo. En cuanto a lo que dices sobre la religión, todas las iglesias o comunidades religiosas están formadas por hombres y mujeres, no por ángeles; y en todo grupo humano siempre habrá maldad. ¿Recuerdas a Judas?

-De lo que has dicho más bien surgen otras interrogantes que la fe no me puede responder, Mari.

-Dices que la fe no puede responder a tus interrogantes; pero, ¿acaso no creer te da las respuestas? ¡Al contrario! Muchas cosas tienen sentido solo si las vemos a través de una fe que nos lleva a tener esperanza.

-¿No es eso engañarse? ¡No hay evidencia de lo que dices!

-Yo te hablo de fe, Ric. Tú hablas de evidencia, lo cual no sería fe. Sin embargo todo lo que veo y siento me conduce a tenerla y solo en ella encuentro lógica y sentido a todas las cosas. Siento dentro de mí una voz íntima, un grito interior que me hace creer y también me hace razonar que es imposible un mundo sin Dios porque sería un mundo del absurdo total. ¿Cómo explicar esa sed interior, esa angustia, ese deseo de vida más allá de la muerte que todos tenemos? ¿Qué sentido tienen ese amasijo de sentimientos, inteligencia, anhelos, nostalgia, que somos -cada uno a su manera-, perdidos en el cosmos sin un Dios que al fin dé respuesta a tanto vacío?

-¿Y cuál es esa respuesta?

-¡La redención! Él mismo haciéndose hombre, clavado en la cruz pagando por la maldad del ser humano y dándonos así el derecho a trascender a una vida mejor y a esperar un nuevo mundo. ¡Ese es el mayor acto de amor en la historia! ¿Te imaginas a Dios allá en su gloria, majestad y grandeza que decide despojarse de todo y hacerse un hombre pobre, débil, limitado, para vivir en este mundo trastornado sufriendo y muriendo clavado en la cruz como un malvado para pagar por nuestra podredumbre?

Aún siendo así tengo que rechazar a un Dios que permita tanto sufrimiento y tanta injusticia.

-¡Qué poca cosa somos y así queremos entender y hasta juzgar a Dios! Precisamente porque aquí no hay justicia ni felicidad completa debe haber un más allá que responda al clamor de tantos. La necesidad de tener respuestas a tantas interrogantes nos hace sentir dentro de nuestra más profunda intimidad la necesidad de que exista un Dios que nos responda... aunque por ahora no nos dé todas las respuestas o no las entendamos.

-Todo eso suena muy bonito, pero indica que el miedo creó a Dios. Incluso el miedo a que todo termine sin un *más allá*.

-Entonces, Ric, quiere decir que *¡necesitamos de ese más allá!* Porque sin la existencia de un *más allá* nada tiene sentido. Si me repugna ver que el mundo está inmerso en lo absurdo debo creer que tendremos otra vida distinta a la de ahora. Hay una razón de justicia que me parece imperiosa: ¿cómo Dios no va a dar a los pobres, a los desheredados, a los que viven en la miseria,

a los que sufren tanto en esta vida, su parte de felicidad? Ha de haber algo que restablezca el orden y dé a los que aquí no han tenido nada, la plenitud. Una vida eterna donde no acabe el amor de los que aquí han amado.

-¡No acabe el amor! -repitió Ricardo como un eco irónico.

-En el fondo tú crees, Ric. Pero el estilo de vida que escogiste, las opciones que tomaste, las metas que te trazaste no calzaban con la fe y en forma inconsciente la apartaste porque te estorbaba... o al menos no te hacía falta. Así como otros abandonaron la fe porque no lograron que satisficiera sus demandas o colmara sus deseos en algún momento. Rosi y tú construyeron una relación donde no cabía la fe. Pero hoy esa relación ha terminado. *¡Finito!* Ahora debes abrirte a nuevas opciones; ver la vida de otra manera. No te pido que recuperes tu fe. Ese es un tema que tú trajiste a colación, no yo. Además de que no es con argumentos como se llega a creer en Dios. Lo que te pido es que te olvides del pasado y regreses al presente. ¡Olvida a Rosi y supera lo del bebé!

-¿Estás diciendo que mi relación con Rosi hizo que me equivocara en mis opciones? ¿No estás siendo muy dura con ella?

-No me mal intérpretes. Rosi es una excelente muchacha, pero no comparto sus opciones que influyeron en las tuyas. No ahora, pues antes las compartí y me equivoqué; antes erróneamente llegué a pensar igual que ella. La muerte de Alberto me produjo un *shock* que me abrió los ojos, Ric. Y tú ahora tienes la oportunidad de abrirte a otras posibilidades. No te digo que cambies forzosamente tu forma de pensar; pero debes explorar otras posibilidades, considerar otras alternativas... eso es lo que quiero decirte con que debes abrirte y no continuar rumiando tu dolor. ¡Mira hacia adelante, no mires hacia un pasado que debes enterrar! ¡Entiéralo!

-Esperas demasiado de mí...

-¡No! ¡No es demasiado! Tú puedes superar esta crisis; tienes la fuerza necesaria. Es verdad que al morir mamá nos sostuvo la fe a papá y a mí, pero también tu apoyo, tu fortaleza, tu fuerza. Tú puedes afirmar no creer en Dios, lo cual pongo en duda; pero aún así tienes la fuerza suficiente para enterrar un pasado que no volverá y seguir adelante con tu vida.

Nuevamente Ricardo guardó silencio por un par de largos minutos.

-A ti puedo decírtelo porque eres mi hermana. En realidad hubo cambios profundos en mí que me confrontaron con Rosi. Ella no quería ni matrimonio ni hijos, y terminó aceptándolos a causa de su embarazo inesperado... solo porque yo los quería.

-Lo sé muy bien, Ric. Tú has cambiado y Rosi inteligentemente lo comprendió muy bien después del aborto y tomó la mejor decisión al poner fin a su relación contigo. Tú has cambiado y seguirás cambiando. Viviste una etapa que ya terminó.

-¡Pobre Rosi! Ella se iba a tomar un trago amargo solo para no perderme.

-De nada le hubiera servido retenerte. Hubieran sido infelices y de todas formas habrían terminado separándose y con mucho más dolor. Piensa en que la separación ha sido para ella una liberación. Déjala ir.

-¡Yo la dejé ir! ¡No fui tras ella!

-Pero la retienes en tu pensamiento, en tu corazón. Déjala ir por completo.

-¿Qué puedo decirte? Tienes razón... ¡Lo cual no es extraño! ¡Siempre mi *hermanita* termina teniendo la razón! ¡Aunque me digas cosas que nadie se atreve a decirme...

-Porque te quiero mucho, tonto.

-...y siempre acabas llamándome tonto!

Aquella conversación con María Elena caló profundamente en Ricardo. Su estado de ánimo no cambió de inmediato, pero empezó a cambiar poco a poco. Un mes, dos, cinco, seis meses... El tiempo siempre pasa y se lleva con él muchas cosas igual que el viento cuando sopla arrastra la basura. Así terminan las alegrías y así terminan las penas. El tiempo es un buen amigo que generalmente menospreciamos. Un amigo que hace que todo sufrimiento sea transitorio y que toda preocupación sea temporal. Pero también puede ser terrible. El tiempo cura pero trae sorpresas, a veces gratas y otras ingratas. Ricardo no podía saber

todo lo que el tiempo le reservaba, aunque al cabo de unos meses le había devuelto la sonrisa y la ilusión de amar.

**EL GOBIERNO MUNICIPAL  
Y  
EL MUSEO DE ARTE MODERNO**

**Tienen el honor de invitarle(s) a la inauguración  
de la Exposición de la Colección de Pinturas  
*El Color de las Ilusiones*  
del afamado pintor  
*Andrés de la Peña*  
el próximo veintitrés de mayo del año en curso  
en la galería tres del museo**

Linda contemplaba entusiasmada la tarjeta que le había entregado María Elena en un sobre dirigido a ella, junto con otro dirigido a su padre el doctor Abelardo Rostrán.

-Chica, ¡que agradable sorpresa! ¡Gracias! Pero dime, ¿tú y el pintor de tus sueños están de novios?

-Hummm... más o menos. Él quisiera formalizar nuestra relación; por eso insistió en invitar a su exhibición a mi familia y amigos, incluso a los socios de Tecnomedic. Yo soy la que no estoy tan segura. A él no le molesta mi estilo de vida y yo admiro el de él. ¡Pero son estilos tan diferentes! En fin, estoy pasando por un período de prueba. Me interesa mucho que no faltes, Linda.

-Por supuesto que no faltaré. Y estoy segura de que papá tampoco.

-¡Ay Linda! Es muy importante que vaya tu papá. Sabes que para mi padre él es su mejor amigo y se sentirá bien con su compañía. Es posible que Andrés y yo nos casemos, aunque

Andrés no sea nada formal en muchos aspectos. Siempre nos hemos amado y lo herí mucho al casarme con Alberto pensando en los convencionalismos y conveniencias, pero ya eso quedó olvidado totalmente. Ahora me interesa que papá lo vea con buenos ojos... como una persona generosa y desinteresada, no como un loco o un bohemio.

-No creo que lo vea mal, Mari. Don Ricardo es un hombre inteligente y de mentalidad abierta; y Andrés será extravagante pero culto, educado, respetuoso... de buenos sentimientos... Bueno, ¡eso es lo que tú me has contado de él!

-Es verdad. Andrés es extravagante porque está en contra de los convencionalismos y le gusta la honestidad, y si no está detrás de un escritorio ni vestido de saco y corbata no es porque sea un vago, sino porque cuando no está pintando está trabajando por los derechos humanos o por la defensa del medio ambiente o recolectando fondos para los damnificados de algún desastre. Tiene el dinero suficiente para viajar de un país a otro y sumarse a diferentes causas nobles. No es que no trabaje, ¡es pintor y muy bueno! Tiene un gran corazón. Si sus padres no le hubieran heredado su capital en un fideicomiso, ya lo hubiera donado todo para los niños de Somalia o de Haití. Sus cuadros llegan a valer muchísimo. Aunque a mí no me interesan ni su fideicomiso ni el valor de sus cuadros; tú sabes que dinero no me falta. Me interesa él, su persona, su mente brillante, su corazón de oro, su capacidad de apreciarme tal como soy respetando nuestras diferencias y dispuesto a apoyarme en mi trabajo, en mis planes. Él está dispuesto a vivir el resto de su vida conmigo, aunque cada cual conservando su estilo.

-Veo cómo te brillan los ojos y te entusiasmas al hablar de él. De verdad que estás enamorada. Y según veo, también él de ti.

-Creo que me adora, Linda. ¡Me adora!

El Museo de Arte Moderno fue construido a finales del siglo pasado y aunque su fachada e interiores tienen una arquitectura propia de la simplicidad de los noventa sus escalinatas son de mármol y cuenta con impresionantes y gigantescas lámparas de cristal. Su grueso alfombrado rojo y los efectos de luces

indirectas hacen de sus salas lugares acogedores, además de estar convenientemente climatizadas.

Ese día, a la entrada de la Galería Tres, recibían a los invitados el Alcalde, el Director del Museo y el afamado pintor Andrés de la Peña, ataviado para esa ocasión con un impecable traje gris oscuro sobre una camisa azul de seda con cuello chino. Su cabello rubio ligeramente largo estaba peinado hacia atrás y su espesa barba lucía recientemente recortada y bien arreglada. María Elena no estaba a su lado, pero sí muy cerca, bella y elegante en su traje de noche color esmeralda, como sus ojos, y en compañía de su padre y de su hermano.

Linda entró en compañía del doctor Abelardo Rostrán, luciendo radiante con un distinguido vestido largo *strapless* de *charmeau* rojo, gargantía y pendientes de fina plata y brillantes, con su cabello del color y el brillo de la miel sedosamente ondulado y suelto.

El doctor Rostrán y su hija, después de saludar a los anfitriones, se unieron al grupo de los Mendoza. Ricardo sonreía sin quitarle los ojos de encima a la muchacha, lo cual no pasó desapercibido para nadie, especialmente para Linda que sentía la fuerza de aquellos ojos de mirada tan intensa que nuevamente la hacían estremecerse. Ella estaba preciosa, sin duda, y Ricardo, impecable y elegantemente vestido, lucía guapo y seductor; había recobrado su sonrisa cautivadora que junto con su mirada hacía que de nuevo Linda se sintiera frágil y débil, con un caudal de emociones en su compañía.

Apenas empezaban a llegar los invitados. Había tiempo para conversar un poco antes de la presentación formal de las pinturas. Ricardo y Linda disfrutaban de una copa de *champagne* con el resto del grupo cuando el muchacho inclinándose hacia ella le susurró:

-¿Damos un vistazo a los cuadros?

-Pero... ¿y Mari? Vamos con ella.

-Ya tendrás tiempo para Mari. ¿Puedes acompañarme unos minutos, Linda? Me gustaría ver los cuadros contigo.

“Igual podría ser en compañía de Mari. ¿Querrá decirme algo...?”

Linda sintió una extraña emoción mezcla de satisfacción y nerviosismo expectante.

-Esta bien. Vamos –dijo complaciente y educada.

Se sorprendió al sentir que Ricardo la tomaba de la mano para conducirla en dirección a un sector del salón cerca de un grupo de pinturas pero más alejado del resto de invitados. Aquel contacto con la mano de Ricardo le emocionó como a una adolescente por primera vez enamorada.

*“¿Estarán frías mis manos? ¿Sudorosas? ¡Espero que no!”*

-Mira este cuadro, Ric. Tiene una combinación de tonos rojos y amarillos que hacen que hasta se pueda sentir el calor del fuego. ¿No te parece bellissimo?

-¡Tú me pareces bellísima! Hay cuadros muy lindos, pero ninguno tan bonito como tú.

Linda sintió que el fuego de la pintura ahora ardía dentro de ella. Veía hacia el cuadro, pero sentía la mirada del muchacho sobre sí. No se atrevía a voltear a mirarlo. Las sensaciones que la colmaban bullían en su pecho y tenía miedo a sus posibles reacciones.

*“Debo calmarme. Ric no debe notar en mí una respiración agitada.”*

-Gracias, Ric. Eres un chico galante.

Seguía mirando el cuadro mientras Ricardo la miraba a ella.

-No es galantería, sino una verdad absoluta. En este lugar donde hay muchas cosas hermosas... escalinatas de mármol, lámparas de cristal, bellísimas pinturas, esculturas asombrosas... puedo sentir cómo la belleza de todo palidece de envidia ante tu extraordinaria belleza.

Linda sintió que se le dificultaban las palabras por la falta de aliento y su respiración empezó irremediablemente a agitarse.

-Tú también eres muy guapo, Ric.

*“¿Por qué dije eso? ¡Debo tener cuidado con lo que digo! ¿Qué va a pensar Ric?”*

-Viniendo esas palabras de la mujer más bella e inteligente que he conocido, tienen un valor mucho mayor que el

de todos los cuadros y esculturas de los museos de arte del mundo.

*“¿Qué significa esto? ¿Se está declarando acaso? ¡Dios mío! ¿Qué está pasando?”*

-Gracias, Ric; eres muy amable. -No supo decir más. Se volvió hacia él y se encontraron las miradas. Los ojos verdes de Ricardo expresaban una profunda admiración y total embelesamiento. Los ojos de avellana de Linda expresaban sorpresa, timidez.... y también un profundo embelesamiento y total admiración.

Ricardo hizo un leve intento de acercarse y besarla, cuando cayó en la cuenta de que estaba en un salón muy concurrido y en un evento especial. Linda no pudo dejar de notar el intento y agradeció que se contuviese. Ella no hubiera podido dejar de corresponder el beso. La muchacha notó que continuaban tomados de la mano; se ruborizó y se soltó con suavidad. Miró hacia el grupo de su padre y los Mendoza encontrándose con que estaban mirándolos con curiosidad; su padre y don Ricardo agradablemente sorprendidos; María Elena sin poder disimular una gran sonrisa de satisfacción. Todos ellos habían contemplado aquella escena.

-Ric, debemos regresar al grupo -dijo nerviosa y apenada-. Mari está sola con tu padre y el mío.

-Entonces no está sola.

-Es la única muchacha con dos señores mayores y nosotros deberíamos acompañarla -expresó sabiendo que no era más que un pretexto para salir de una situación que no podía controlar y que, a pesar de que le agradaba sobremanera, le resultaba embarazosa.

-Pues yo la veo desde aquí muy feliz. Y... Linda... yo necesito hablar contigo...

-Ric, ¿qué dices? ¿Sobre qué necesitas hablar?

-Sobre ti y mis sentimientos.

-Basta, Ric. ¡Todos nos ven!

-¡Y qué, Linda! Por eso no voy a ocultar más mis sentimientos por ti. Yo te...

Linda lo detuvo poniendo sus dedos en aquellos labios que iban a decir algo que ella deseaba escuchar, pero no en aquel momento.

-Shhh. No digas nada. Espera, Ric. ¡Por favor! Este no es el momento.

-De acuerdo, Linda. Pero debemos hablar. Iremos a cenar mañana. Iré por ti a tu casa. Pero mañana mismo. ¡Te lo ruego!

-Está bien, Ric. Te espero mañana en casa.

-¿A las ocho está bien?

-Está bien. Pero, regresemos al grupo ahora, ¡que todos nos miran!

Se sentía muy apenada por la escena y ella también tenía cosas que decirle a Ricardo; preguntas que hacerle. Si se trataba de lo que ella pensaba no quería dar pasos falsos, hacerse ilusiones y formarse expectativas sin estar segura de las verdaderas intenciones de él. Además... ¿y Rosi? ¿Acaso había pasado suficiente tiempo? ¿Ricardo la amaba aún?

Al terminar la exitosa presentación de los cuadros de Andrés, fueron a celebrar juntos los Mendoza, los Rostrán y el afamado pintor. Prudentemente nadie habló de aquella escena entre Ricardo y Linda, que con excepción de Andrés todos habían observado. Don Ricardo, el doctor Rostrán y María Elena estaban seguros de lo que habían visto. Era claro, más que evidente: Ricardo y Linda estaban enamorados. Las miradas que dirigía Ricardo a Linda junto a sus esmeradas atenciones, solo lo confirmaban. Linda trataba de esquivar aquellas miradas sin lograrlo, y cuando sus ojos se encontraban no podía evitar sonreír y ruborizarse. El tema de conversación era la exposición y Andrés hablaba de ella y de sus obras ajeno a la situación que, más que sus pinturas, ocupaban el pensamiento de los demás. Don Ricardo y el doctor Rostrán no podían estar más felices. De alguna manera cada uno de ellos había contribuido sigilosamente -podríamos decir “mañosamente” en el buen sentido- a que surgiera ese interés mutuo entre la joven pareja. Por su parte María Elena, sin descuidar a Andrés, estaba pendiente de su hermano y de su amiga, tratando de captarles cada gesto, cada

mirada, y viéndolos con picardía como diciéndole a cada uno: “¡Ajá! ¡Te pillé! ¡Ya me di cuenta!” No fue capaz de aguantarse la curiosidad y pidió a Linda que la acompañara al baño.

-Y bien, señorita, ¿me puede explicar qué está pasando?

-¿De qué!? –respondió haciéndose la sorprendida.

-¡No me vengas con cuentos, Linda! ¡Que lo he visto todo! Las manitos agarradas, las miraditas, el beso que casi se dan, la forma en que te ruborizas... ¡Hombre! ¡Conozco a mi hermanito, chica! ¡Y también a ti! ¿Así que de amigas pasaremos a ser cuñadas?

-Primero dime tú con quién estoy hablando: ¿con la hermanita fiel a su hermanito o con la amiga fiel a su amiga?

-¡Caray Linda! ¡Hablas con una mujer leal a la mujer, chica! De verdad. Puedes confiar en mí, lo juro.

-Pues sí... Parece que Ric está enamorado de mí, o al menos eso me dio a entender. Casi me lo declara y casi me besa delante de todo el mundo en el museo.

-Y tú, ¿estás enamorada de él?

-Creo que sí, Mari.

-¡Bravo! ¡Dame un abrazo Linda, te adoro! ¡Es lo mejor que podía pasarles! Pero, ¿han quedado en algo?

-Yo lo detuve. No era el momento ni el lugar apropiado.

-¿Cómo? ¿Por qué hiciste semejante cosa? ¿Estás loca?

-No, Mari. Si Ric me quiere debemos hablar con calma y en forma adecuada...

-¡Ahhh! A la luz de las velas, en un ambiente romántico. ¡Me parece muy bien!

-No es eso, aunque sería bonito. Lo que necesito es oír cuáles son sus verdaderos sentimientos e intenciones. Tú sabes que para estas cosas yo tengo mi manera de pensar. Además, lo de Rosi no hace mucho terminó... si acaso terminó.

-¡Terminó! ¡Te lo digo yo! Ya pasaron meses, Linda. Eso es cosa del pasado. No fue fácil para Ric, pero lo superó bien y logró enterrarlo.

-Quiero oírlo de él mirándome a los ojos.

-Tienes toda la razón. Pero, ¿han quedado en verse para hablar?

-Sí. Mañana Ric irá por mí para cenar.

-¡Ay! ¡Qué lindo! ¡Cómo quisiera estar allí para ver esa escena de amor tan fantástica!

-No exageres Mari. Y ¡por favor! Ni una palabra a Ric de lo que hemos hablado. ¡Te mato! ¡Te juro que te mato!

Las dos muchachas regresaron al grupo. Mari guiñó un ojo asintiendo a don Ricardo, respondiendo así a la pregunta que éste le hacía con la mirada. Al cabo de un buen rato se despidieron. Al marcharse los Rostrán, Ricardo se acercó a María Elena.

-¿Que te dijo Linda en el baño, Mari?

-¿Sobre qué?

-Tú sabes, Mari... ¡Vamos! ¡Tú sabes!

-¡Que eres un tonto de capirote! –Se rió a carcajadas viendo su cara de desconcierto y preocupación. Luego agregó:

-¡No es cierto, hombre! Hablamos cosas de mujeres.

-¿Cómo qué? ¿Qué te dijo de mí? ¡Cuéntame lo que sabes, por favor!

-¡Oye, hermanito, yo no sé nada! ¡Las pláticas de mujeres quedan entre mujeres!

*“Será mañana, ¡por fin!”*

Ricardo daba pequeños sorbos al vaso con ron extra añejo cuyo aroma y sabor envejecidos le parecían más exquisitos que el brandy, saboreándolo recostado en su cama con solo la lamparita de mesa encendida. Estaba nervioso, pero el ron seguro que lo calmaría.

*“¿Cómo reaccionará Linda? Todas las señales que me ha enviado son positivas... Pero ella es impredecible y a veces sorprendente. No puedo estar seguro de nada. ¿Y si me pide un tiempo para decidirse como lo hizo para elegir presidente en Tecnomedic?”*

Tomó otro sorbo de ron. En su mente podía ver con claridad el rostro de Linda, su ondulado cabello castaño que con gracia lucía igual sobre los hombros que en una sexi cola de caballo; veía sus expresivos y vivaces ojos cafés, su sonrisa a veces dulce y a veces pícara que mostraba unos dientes blancos casi perfectos, y recordaba el sonido fresco y claro de su risa alegre y contagiosa. Podía en sus pensamientos ver su nariz bien perfilada, bonita, así como aquellos labios moderadamente carnosos, bien delineados y entreabiertos que esa tarde había tenido tan cerca de los suyos en el Museo de Arte Moderno al punto de sentir el cálido y delicioso aliento de su respiración agitada.

*“¿Acaso esos labios esperaban un beso?”*

Visualizaba su cuerpo bien formado, extraordinariamente sensual, en el que destacaban aquellas piernas casi perfectas y aquellos pechos naturales de una proporcionalidad increíblemente ideal para su cuerpo. La recordaba alegre y bromista en los momentos informales; inteligente, decidida, imponente y firme en

las reuniones de negocios; y en otros momentos tan tímida y tan frágil. ¡Cómo le atraían su personalidad e inteligencia que la convertían no solo en una profesional de primera, sino en una brillante empresaria capaz de tomar decisiones trascendentales y acertadas! ¡Y como le atraía también todo lo sexi que sin duda era!

Entonces recordó a Rosi. Ahora podía recordarla sin dolor; al principio la separación le había dolido. ¡Habían pasado tantos años juntos y estaba tan acostumbrado a ella! Extrañaba su compañía, especialmente los fines de semana de ardiente pasión.

*“¿Pasión o amor? ¿Habré amado alguna vez a Rosi realmente? ¿Me amó ella a mí? No lo sé... realmente no lo sé. Pero la simple duda pareciera decirme que entre nosotros no hubo verdadero amor.*

Recordaba a Rosi, ¡claro está! No era posible olvidar la belleza de su cabello rubio, sus preciosos ojos azules, sus blancos pechos, sus redondeadas caderas y sus piernas de marfil. Recordaba también su amistad, su compañerismo. La recordaba con afecto, sin ningún resentimiento. Rosi ocupaba un lugar en el archivo de su mente, ¡pero no estaba en su corazón!

Amaba a Linda. Estaba convencido de eso y deseaba ser correspondido por ella. Por Linda sentía un sentimiento muy distinto a lo que sintió por Rosi. ¡Era muy diferente! ¡Más profundo, más arrebatador, más allá de la atracción sexual! ¡La amaba sin duda!

Conocía a aquella muchacha desde que eran niños. Compartieron la escuela primaria pues Linda había vivido hasta el sexto grado en la capital en casa de un tío, muy cerca de la casa de don Ricardo quien convenció al doctor Rostrán de que Linda y María Elena estudiaran la primaria juntas y de que no había mejor colegio que aquel; aunque siendo hija única Linda se veía con muchísima frecuencia con sus padres y con Sofía, su mejor amiga. Al terminar la primaria se quedó en un colegio de la provincia para estudiar la secundaria, por lo que Ricardo y ella habían perdido mucho del permanente contacto que antes tenían, hasta que regresó de Europa con su título de arquitecta y transformada en la mujer más bella, sexi e inteligente que hubiera conocido.

Mientras sorbía el último trago de ron recordó cómo Linda Rostrán se presentó en Tecnomedic convertida ante sus ojos por primera vez en una mujer hecha y derecha. ¡Una fantástica mujer! Aquel día quedó profundamente impresionado y empezó a enamorarse de ella. Tardó un poco en enterarse de que Linda le atraía cada vez más hasta llegar a amarla. Le atraía no solo su físico, sino su personalidad, sus sentimientos, su forma de ser y de actuar.

Ricardo oyó desde su cuarto la melodía del *Old Ben* que tocó el reloj de péndulo de la sala y luego las doce campanadas. Era media noche y el vaso estaba vacío. El cansancio de un día emocionalmente intenso y el ron que había hecho su efecto relajante, terminaron rindiéndolo al sueño.

La amistad entre Linda y Sofia existía casi desde la cuna. Sus padres vivían en casas contiguas. Cuando Linda regresaba de la escuela para pasar los fines de semana o las vacaciones con sus padres, ella y Sofia no se despegaban. Ambas eran hijas únicas y de la misma edad; lógicamente llegaron a quererse como hermanas.

-¡Estoy feliz por ti, Linda! Ese muchacho es tu hombre ideal. Súper guapo, súper profesional, súper bueno, súper galante...

-¡Supermán, pues! -Linda soltó una risa de aquellas que contagiaban a los demás y creaba un ambiente de frescura.

-De verdad, Linda. No es broma. Conozco a Ric desde niño; lo conozco por la amistad de tu padre con don Ricardo y la amistad tuya con él y Mari. Conozco bien a su familia. Recuerdo a doña María Elena, tan guapa y distinguida. Sé que son gente buena. ¡Son lindas personas!

-Así es, Sofí. Estoy de acuerdo contigo. Pero tú sabes cómo fue por años la relación de Ric con Rosi. Ellos simplemente *estaban juntos*; no querían ni boda ni hijos. Y Mari, igual... ¡o peor! Me da miedo, Sofí. ¡Estoy enamorada pero tengo miedo! ¡Tengo miedo de que Ric espere de mí una cosa muy diferente de lo que yo espero de él! Ric y su hermana han tomado decisiones muy diferentes a lo que yo aspiro en una relación.

-¿Miedo de qué, tonta? Ni Ric ni Mari son los mismos jovencitos que cometieron aquellos errores del pasado. Es triste cómo sucedieron las cosas, pero dos tragedias cambiaron sus formas de pensar. En el caso de Ric, un embarazo inesperado y un aborto. En el caso de Mari, una muerte repentina. La cosa es que ellos ya no piensan como antes; ahora ven la vida de modo

diferente. Ric espera de ti lo que no pudo encontrar en Rosi. Él busca un amor verdadero, un hogar estable, hijos. ¡Un matrimonio! ¡Formar una familia!

-¿Cómo lo sabes? ¡Yo no puedo estar tan segura!

-¡Ay, chica! ¡Seré tonta pero no tanto! ¡Si tú te la pasas todo el tiempo contándome cada detalle que se relacione con Ric! Él se iba a casar con Rosi porque quería formalizar su relación y tener al bebé. Estaba ilusionado con el hijo. ¿Por qué iba ahora a cambiar de nuevo su forma de pensar? ¡No va a retroceder a sus años de inmadurez! Y en cuanto a Mari, ella quiere un compromiso serio con el artista. ¿Qué no lo ves? Tú misma eres la que me ha mantenido al tanto.

-Te he contado los hechos, ¿pero cómo sacas esas conclusiones con tanta seguridad?

-¡Porque esos hechos tienen una causa, obviamente! ¡Porque son cosas evidentes, palpables, que están a la vista! ¡Solo tú no las ves! Como cuando te decíamos que Ric y tú estaban enamorados y te empeñabas en negarlo. ¡Eres una tonta miedosa y pesimista, chica!

-¿Y Rosi?

-¿Y Rosi qué? *Requiescat in pacem.*

-¡Por Dios, Sofí, no seas tan grosera!

-¡Nada de grosera! Solo te enfatizo que te preocupas porque quieres. Rosi es una buena muchacha además de lista; ella encontrará también su propio camino y seguramente ahora con más madurez tomará mejores decisiones para su vida. Ric no ama a esa muchacha. Y si sintió algo por ella fue cualquier cosa menos verdadero amor. En todo caso, ya ha pasado bastante tiempo desde que terminó esa relación. Aún estando con ella Ric andaba chiflado por ti y si se iban a casar era solo porque él quería muchísimo al bebé que surgió por accidente. ¡Todos lo sabían menos tú! Ninguno de los dos amaba realmente al otro. Habría cariño, lógicamente. Cariño, amistad, costumbre, pasión; pero no amor.

-¡Ay, Sofí, tampoco exageres!

-Mira, Linda, yo no soy una gran experta en estas cosas, pero siempre he sido observadora y he aprendido de la vida.

-¡Claro... a tu avanzada edad... con lo mucho que has vivido!

-¡Déjate de sarcasmos que te estoy hablando en serio! Eres tú la que está preocupada por el amor de Ric, ¿no?

-¡Cálmate, Sofi! Es una broma. Claro que estoy muy nerviosa y preocupada por el amor de Ric, sí... ciertamente; pero sobre todo por sus intenciones. Me aterra pensar que él busque en mí una relación más o menos parecida a la que se acostumbró tener con Rosi, pues tendría que rechazarlo. Si bromeo es para ayudarme a bajar las tensiones, para relajarme un poco. Disculpa, ¿sí?

-¡Lo que es serio debe tomarse en serio, Linda!

-¡Ya! Perdona... sigue, Sofi –dijo sonriendo.

-*Okey*. ¿Tú te has puesto a pensar qué es lo que atrae primero a las parejas? Es decir, ¿nadie se enamora de primas a primera porque Fulanito o Zutanita tenga un buen corazón! ¡Lo primero que atrae es otra cosa!

-Claro... ¡El físico!

-El sexo, para ser más exactos. El físico debido al sexo. La atracción física es una atracción sexual. Es la carnada para que el pez en su momento se trague el anzuelo. Así lo diseñó el cosmos, la naturaleza, Dios, o como quieras llamarlo.

-Prefiero llamarlo Dios.

-Muy bien, de acuerdo. Así lo diseñó Dios. La atracción sexual es algo fabuloso que Dios creó como carnada para juntar a las parejas. Pero al mismo tiempo nos dotó de inteligencia, de raciocinio, de sentido común y de responsabilidad para saber cuándo morder el anzuelo... a su tiempo, no antes. En lugar de ir directo a tragarse el anzuelo debe usarse la razón dedicando un tiempo para conocerse bien. ¡A menos que una persona ande buscando relaciones sexuales solo para saciar su libido, como el que se come un platillo para saciar el hambre y después tira a la basura el plato descartable! Pero si el sexo se toma con el respeto a sí mismo que cada cual debe tenerse, no puede practicarse a la ligera ni con cualquiera, sino con aquella persona que realmente conoces, que amas, que te ama y que sabes que es digna de tu amor. Porque sexo sin amor no es más que un acto instintivo, animal.

-Eso que dices es muy fuerte, Sofí. ¿Tú no concibes relaciones sexuales sin amor? No es que no comparta tu opinión, pero en estos tiempos a muchos les sonará muy fuerte o anticuado, ¿no crees? Muchos piensan que el sexo debe practicarse por puro placer, aunque la pareja no se ame... y aunque no sea realmente una pareja.

-Así el sexo no tiene sentido para el ser humano, Linda. El sexo es la más grande y sublime entrega que se puede dar entre dos personas que se unen formando un solo ser. Si lo despojamos del amor, ¿qué queda? Un simple acto instintivo, animal. Como el que practican los hombres con las prostitutas o algunas mujeres con los chulos o *gigolos*.

-Pero Sofí, también hay jóvenes enamorados que lo practican y apenas empiezan a conocerse, y aunque es verdad que más que amor lo que sienten es atracción, no creo que debamos juzgarlos de la misma forma.

-De acuerdo, ese podría no ser sexo puramente animal; aunque hay ocasiones en que sí lo es, cuando lo que buscan es solo el placer momentáneo. Pero lo que practican los jovencitos que empiezan a enamorarse y van directo a tragarse el anzuelo, es sexo irresponsable. ¿Sabes por qué?

-Lo imagino, pero dímelo tú porque quiero oír tu razonamiento completo... y saber a dónde quieres llegar.

-Es irresponsable porque se saltan el período de conocimiento mutuo para saber si su pareja le conviene y si hay posibilidades reales de encaminarse hacia un compromiso serio y responsable, aunque no sea de inmediato.

-O sea que no se pueden ir conociendo y teniendo relaciones al mismo tiempo.

-No. No se puede. Ese es el problema, precisamente. El sexo es demasiado lindo, atractivo, fuerte y acaparador que hace que las personas, sobre todo si todavía son inmaduras, queden hipnotizadas, por no decir completamente atontadas. Por eso al tener relaciones antes de tiempo no logran conocerse porque una vez consumado el sexo no pueden pensar en otra cosa más que en aquel sexo. ¡Pierden la capacidad de razonar!

-Ya... ¡te entiendo! Por eso muchos pececitos se van directo a la carnada y encandilados por el sexo no se fijan qué

tipo de anzuelo se están tragando. Entiendo tu razonamiento, Sofi, pero no puedes pedirle a una pareja de adolescentes enamorados que no se besen, por ejemplo; ni a novios que tienen años de serlo que no lleguen a ciertas caricias...

-¡Claro Linda! Pero todo tiene su tiempo. Cada pareja en su trato debe llegar a un nivel adecuado responsablemente según su edad, su madurez y el grado de compromiso entre ellos. Es decir, estamos hablando de dosificar los niveles de confianza e intimidad entre los novios en forma responsable.

-Pues... me parece que eso dice la sensatez.

-Aunque el mundo dice otra cosa, Linda. La publicidad... el cine... la televisión... las costumbres en ciertos ambientes... Una chica de dieciséis años que es virgen es objeto de burla en algunos grupos; y en las populares telenovelas aparecen padres y madres fomentando y aplaudiendo las relaciones de sus hijos o hijas adolescentes. Ahora muchos ya ni hablan de casarse, sino de *estar juntos*. Tener relaciones se presenta como algo rutinario, sin compromisos ni responsabilidades.

-Lo cual es lamentable; muy triste, Sofi. Animalizan a las personas.

-¡Pero les produce millones de millones a la gente de la industria que explota el tema sexual! Esa onda ha sido creada por las inmensas industrias del cine, la televisión, los fabricantes de anticonceptivos, de preservativos, productores de pornografía, compañías disqueras, productoras de videos, páginas web, etc. ¡Hay muchísimo dinero de por medio! ¡La industria del sexo produce más dinero que la droga o que cualquier otra cosa! Además es legal y tiene un poder político, económico y social enorme. Pero las cosas erradas no se convierten en buenas o acertadas porque reciban mucha publicidad ni porque estén de moda. Muchos han pagado un alto precio en decepciones y sufrimientos por seguir algunas corrientes y sentirse muy modernos. Algo así pasó con el cigarrillo, que se puso de moda durante décadas como algo elegante, sexi, muy chic; fumar era muy moderno y quien no fumaba era visto como una persona anticuada y rara. Sin embargo ahora el mundo mayoritariamente rechaza el cigarrillo y lamenta tanto cáncer, tantas muertes por

enfisemas, derrames cerebrales o ataques al corazón. ¡La vida cobra caro los errores!

-Estoy de acuerdo con lo que dices, pero creo que te saliste del tema, Sofi. ¿Qué tiene todo eso que ver conmigo y con Ric? Porque esa reflexión o lo que sea que has hecho, la iniciaste cuando dijiste estar segura de que Ric no ama a Rosi y que no busca tener conmigo un tipo de relación como la que tuvo con ella.

-¡Exactamente! Te mencioné todo esto porque precisamente es lo que les pasó a Ric y a Rosi. Se conocieron muy jovencitos, se gustaron y se acostaron antes de tiempo, sin realmente conocerse bien, a fondo, y vivieron una vida cuyo único fundamento fue la atracción física y las consiguientes relaciones sexuales. Los dos se embarcaron creyendo que con el otro encontraría la felicidad. Estaban embriagados por la relación sexual con un muchacho guapo o con una muchacha bonita. Ninguno se puso a pensar lo que realmente quería de la vida y si el otro era compatible con su proyecto. Ni siquiera se conocían bien a sí mismo, menos al otro. Ambos confundieron la pasión con el amor. El resto de la historia tú la conoces... ¡un total fracaso! Ric se dio cuenta de que su vida con Rosi no era lo que quería en verdad. Menos mal que Rosi al final supo actuar con inteligencia y decidió marcharse. Por eso te digo que entre Ric y Rosi no hubo verdadero amor.

-Pero a mí me puede suceder lo mismo con él.

-La situación tuya con Ric es diferente. Ustedes dos ahora son personas adultas que se conocen muy bien. Ric tuvo una mala experiencia con Rosi pero estoy segura de que aprendió la lección. Deja ya de estar temerosa!

-Tienes razón... debería alejar tantos temores.

-O lo perderás.

-¡Eres sabia, Sofi! Con razón te llamas *Sofía*.

-Déjate de bobadas, Linda. ¿Qué no puedes hablar en serio? ¡Eres tú la que tendrá la cita de su vida!

-Sí. *¡Una cita con el destino!* Suena como a película de misterio.

Esta vez Sofía no pudo dejar de reír junto con su amiga ante la ocurrencia de Linda, que luego convirtió su fresca risa en apenas una leve sonrisita nerviosa, diciendo:

-¡Ay, Sofí! No sabes cuán en serio tomo todo esto. No con miedo, pero es natural que esté nerviosa. Lo que me dices me tranquiliza, pero no dejo de pensar en lo que Ric pueda esperar realmente de mí.

-El amor verdadero siempre es así, Linda. Es muy bonito y tus nervios son parte de ello. Si no estuvieras enamorada estarías tranquila pero displicente. Se ve que lo quieres.

-Lo amo, sin duda.

-Entonces... ¿qué le vas a decir?

-Depende de lo que Ric me diga, ¿no?

-¡Por Dios, Linda! ¡Ya sabemos lo que Ric te va a decir!

-Tú lo supones. Yo no lo sé.

Sofía y Linda se despidieron porque ésta debía arreglarse para su cena con Ricardo. En ese mismo momento Ricardo tomaba un baño para prepararse para su cita con Linda. Y también, en ese mismo momento desde un teléfono en Sao Paulo Rosi marcaba el número de Ricardo.

Don Ricardo Mendoza había recuperado la alegría al renovar sus esperanzas de no morir sin ver asegurada su descendencia. Tanto él como el doctor Rostrán estaban felices al saber del interés mutuo que se había despertado entre Ricardo y Linda.

-Yo lo noté desde la primera vez que Linda llegó a Tecnomedic –aseguró don Ricardo-. Era evidente la mirada de admiración de Ric. Quedó pasmado desde que Linda entró a la sala, y ella también lo miraba de reojo de vez en cuando.

-Porque yo envié a Linda a Tecnomedic a *un viaje y dos mandados*. A sustituirme porque yo deseaba retirarme y a que se diera ese encuentro con Ric.

-Yo también de diversas maneras induje a Ric para que se prendara de Linda.

-¿Tú? ¡Sí! ¡Claro! ¡Preparando su boda con la doctora Rosi Fuentes! –Exclamó el doctor Rostrán con sarcasmo, incluso con un deje de resentimiento.

-¡Pues yo lo induje aunque lo pongas en duda! ¡Siempre pensé que la mejor pareja para Ric era Linda! Pero, ¿qué iba a hacer si Rosi quedó embarazada y decidieron casarse?

El doctor Rostrán medio sonreía negando con la cabeza las afirmaciones de su amigo. Saboreó su café servido en aquel jardín perfumado por los heliotropos que siempre le recordaban a su amiga María Elena, y sin dejar de ser sarcástico respondió:

-¡Nada! ¡No podías hacer nada! ¡Sobre todo que estabas muy feliz!

-¡Ni modo que estuviera triste al ver que venía el nieto que tanto deseaba! Por supuesto que Rosi no era la nuera que yo prefería, pero aparentemente así lo había querido el destino.

¡Caramba! ¡Cómo eres de intransigente e incomprensivo! ¿Qué hubieras hecho tú en mi lugar?

-Las cosas no hubieran llegado tan lejos. Yo no hubiera permitido a Linda tener una relación como la que tuvieron Ric y Rosi desde que empezaron la universidad.

-¡No digas tonterías, Abelardo! ¡Como si uno pudiera decidir por los hijos! Tú no tuviste nunca una actitud represiva con Linda y ella no es de las chicas que se dejan dominar en sus decisiones una vez mayores. Tu y yo somos hechos de la misma madera y educamos a nuestros hijos con buenos principios mientras eran niños y adolescentes, pero al crecer dejamos que abandonaran el nido y volaran por su cuenta, como debía ser. Además, supimos educar con el ejemplo, con consejos, con amor... ¡jamás con represión! Fuimos bastante liberales como para permitir que ellos se forjaran sus propias ideas y tomaran sus propias decisiones.

-¡Linda vive conmigo!

-¡Después de cinco años en Europa tomando tanto allá como aquí sus propias decisiones! Ahora tu eres un viudo solitario y tu hija te acompaña porque está soltera. ¡No faltaba más! Aunque pronto se casará y se irá a formar su propio nido y tu quedarás solo.

El semblante del doctor Abelardo Rostrán se ensombreció y en su mirada se podía ver que afloraba la tristeza. Don Ricardo lo percibió y agregó rápidamente:

-¡Perdona, Abelardo! No debí haber dicho semejante grosería. ¡Fue una torpeza! Linda te adora y siempre va a estar cerca y pendiente de ti. Es una gran hija. ¡Disculpa por decir una estupidez que ni la siento ni la creo!

-No te preocupes, Ricardo. ¡Yo sé cuánto me quiere Linda! Tu y yo somos afortunados de tener excelentes hijos. Los dos somos viudos; tu viviste solo en esta casa desde que falleció María Elena, pero tus hijos de vez en cuando te visitan y se interesan por ti, por tu bienestar, por tu salud... como debe ser. Hoy vive contigo Mari, desde que falleció su esposo; pero seguramente se casará de nuevo y formará otro hogar. Sin embargo nunca va a estar demasiado lejos de ti, igual que Linda nunca se desentenderá de mí. Nuestros hijos jamás nos

abandonarán, no se olvidarán de nosotros. Pero la ley de la vida es que tienen que volar solos y hacer sus propios nidos donde empollar a sus polluelos junto a sus parejas... y nosotros no debemos entrometernos ni estorbarlos. Eso no significa que nos van a dejar de querer e interesarse por nosotros.

-Así es, amigo. Es una ley de la vida. Pero también es ley de la vida la permanencia en este mundo a través de la descendencia. Y eso es lo que tenemos que celebrar hoy, Abelardo. Que nuestros hijos están enamorados, se casarán y nos van a dar nietos. ¡Claro que lo celebro por otras razones también! Me siento feliz de que mi hijo se case con una muchacha tan maravillosa como Linda, que creció corriendo por los pasillos y jardines de esta casa junto a Ric y Mari.

-Yo también estoy muy feliz, ¿pero no nos estamos precipitando? Apenas sabemos que se gustan y que tienen esta noche una cita que se supone el inicio de un romance. Pero solo se supone... no sabemos en realidad como resultarán las cosas. ¡Y nosotros de antemano ya los casamos y los hicimos tener hijos!

-¡No seas pesimista, hombre! ¡No seas aguafiestas!

-No, no. Nada de eso. Solo soy realista. Pero, ¡en fin! ¡Ya veremos! Pasando a otra cosa, ¿qué pasó con tu operación?

-Necesito el *bypass* para prolongar mi vida un poquito más. Tengo la ilusión de ver aunque sea un nieto. Como es una operación de la que podría no salir vivo esperaré ante la expectativa de que Ric y Linda se casen y tengan un bebé.

-¿No estarías corriendo mucho riesgo al esperar, Ricardo?

-Yo sé... Yo sé, Abelardo. Pero lo primordial es ver a mi descendiente, al menos al primero de esa generación, para morir tranquilo.

-No lo verías si por esperar te da un nuevo infarto antes de que nazca. ¡No hay nada seguro en cuanto a Ric y Linda! ¡Nada seguro, hombre!

-¡Otra vez con ese pesimismo! ¡Caramba!

-No te alteres Ricardo... solo quiero ser realista.

-Puedo morir de infarto antes que nazca el nieto, es verdad. Pero puedo morir en el quirófano también. Un infarto sería algo natural; Dios puede o no permitirlo y llevarme antes de

ver mi descendencia. Sería decisión de él y yo la aceptaría. En cambio, arriesgarme a morir durante la operación sería una decisión mía. Prefiero dejarlo en las manos de Dios; es más sabio que yo. De todas maneras no viviré mucho. Incluso, con más de ochenta años no debería operarme si no fuera porque existe la posibilidad de ganar unos pocos más, quizá tan solo unos meses, para ver a ese niño dar sus primeros pasos. Por eso me operaré hasta después de ver nacer a mi nieto.

-Hummm. Yo no lo vería de esa manera. Dios no anda interviniendo en todas las cosas; éstas suceden más bien por nuestras propias decisiones. Somos responsables de lo que nos pasa, para bien o para mal. De vez en cuando Dios hace un milagro, pero no es lo usual, ¡es lo excepcional! Sin negar el poder de Dios para actuar cuando quiera y como quiera, no podemos esperar que todo en nuestras vidas se resuelva milagro tras milagro. En todo caso, si te sientes así más cómodo y seguro, cuenta con todo mi apoyo moral y mi solidaridad.

-Gracias amigo. Eso es muy valioso para mí. Eres mi mejor amigo, y ahora mi hijo se casará con tu hija y tendremos nietos comunes... ¡Que bendición!

-No te anticipes, Ricardo. No quisiera que te llevaras una nueva decepción. Hay que esperar con calma, con serenidad...

-¡Con optimismo! –agregó don Ricardo.

El doctor Rostrán suspiró dibujando en su rostro la misma esperanza que sostenía la vida de don Ricardo Mendoza y mirando hacia el firmamento expresó:

-Mira, Ricardo; ya llegó el ocaso. Para mí siempre esta hora es muy especial pues me recuerda que ya llegó el ocaso de nuestras vidas.

-Es cierto; ya el sol se está poniendo. Pero antes de finalizar mi vida en este mundo quiero estar seguro de ver un nuevo amanecer: el nacimiento de una nueva vida en el llanto vital de un bebé recién nacido que lleve mis genes y dé continuidad a mi existencia en la Tierra. Entonces ya no me importará desaparecer, igual que el sol, detrás del horizonte.

-Tienes razón, Ricardo. Es necesario que llegue la noche para que en otra parte amanezca. Es cierto que llegó el ocaso, pero en alguna parte llegó el amanecer. Cada vez que el sol

muere, nace en otro sitio. Es necesario que hayan ocasos para que no dejen de existir amaneceres.

Ambos amigos miraron por un momento el sol rojo del atardecer en un silencio casi religioso. Luego don Ricardo, sin dejar de ver el horizonte que se contemplaba desde la loma más elevada de su amplio jardín, dijo:

-La vida para el que nace transcurre del amanecer al ocaso; pero los que estamos listos para partir la vemos desde otra perspectiva: del ocaso al amanecer.

-Sí; del ocaso al amanecer. Porque nuestra muerte no es el final cuando han germinado las semillas sembradas y surgen los frutos de nuestra descendencia. Trabajamos, luchamos, nos fuimos desgastando, entregando nuestras vidas, muriendo un poco cada día para que nuestros hijos y nietos vivieran y nosotros continuar viviendo en ellos. La muerte como un final inexorable no existe, Ricardo. ¡Simplemente no existe! No muere el espíritu que va a Dios ni muere la carne que continúa existiendo en aquellos que son carne de nuestra carne y sangre de nuestra sangre... ¡hasta la resurrección final!

Don Ricardo asintió con la cabeza rubricando las afirmaciones de su amigo. El doctor Rostrán miró que su reloj confirmaba lo que el firmamento le había reflejado y que era hora de marchar a su provincia pues pronto entraría la noche. Se abrazaron para despedirse, sonriendo, llenos de alegría y esperanza.

En ese momento Rosi había terminado de marcar y sonaba el teléfono en el apartamento del joven Ricardo.

Al escuchar el timbre del teléfono mientras estaba en la tina de baño, Ricardo secó sus manos mojadas llenas de espuma aromática y extendió el brazo para tomar el aparato colocado en una de las repisas. En la pantalla vio un número largo que indicaba que era una llamada internacional, pero no pudo identificar su procedencia. Vaciló si contestaba o no, pues tenía prisa para arreglarse y partir a su cita con Linda. No sabía qué importancia podía tener esa llamada. Finalmente decidió no responder.

Un minuto después de dejar de timbrar, el teléfono sonó de nuevo y reflejó el mismo número. Tampoco respondió.

El teléfono sonó por tercera vez.

*¡Qué insistencia y qué llamada más inoportuna! Pero si no respondo va a seguir timbrando y distrayéndome.*

Respondió la llamada y al otro lado de la línea se escuchó:

-¡Hola Ric!

-¿¡Rosi!?

-Sí, Ric. ¡Soy yo! ¿Cómo estás?

Aquella voz trajo a su mente un sinfín de placenteros recuerdos.

-Bien, Rosi... ¡Que sorpresa! ¿Tú cómo estás?

-Mal.

-¿Mal? ¿Por qué mal, Rosi? ¿Qué te sucede?

-Ric, cometí el error más grande de mi vida al dejarte. Me haces una falta terrible. Tengo un vacío en mi vida que no puedo llenar. Solo volviendo contigo podría ser feliz. ¿Me perdonas?

-No tengo nada que perdonarte, Rosi. Yo no siento que me hayas abandonado. Simplemente tomaste una decisión razonable y fuiste muy prudente al irte de esa forma, sin

dramatismo; además muy considerada y cariñosa con tu carta de despedida.

-¿No te importó que me fuera?

-¡Claro que me importó! Sufrí tu partida y tu ausencia. Me dolió no tenerte conmigo. Pero tuve la capacidad de entenderte, Rosi. Comprendí tus razones y entendí que tenías razón en todo. Hiciste lo correcto. No tengo ningún reproche que hacerte ni resentimiento alguno hacia ti; al contrario, te recuerdo con agrado, con agradecimiento y con cariño.

-¿Cariño?

-Si... Con cariño, con afecto...

-¿Y con amor? Yo te amo, Ric. Aquí está tu plaza para la especialidad. Puedes venir en cualquier momento y rehacemos nuestra vida como antes.

-¡Como antes! ¿Te refieres a vivir en apartamentos separados y vernos los fines de semana?

-No necesariamente. Podemos vivir juntos; incluso tengo mi apartamento bastante cómodo esperando por ti.

-Rosi, ¿recuerdas tu carta? La leí tantas veces que casi la aprendí de memoria. Me dijiste que somos muy diferentes. Que yo había cambiado. Que mis metas e intereses ahora son otros, distintos a los tuyos. Que seguir juntos sería sacrificar la felicidad de uno por la felicidad del otro, lo cual no sería justo para ninguno. Que ni tú ni yo seríamos realmente felices. ¿Sabes una cosa? ¡Tenías razón! Esa es la verdad, Rosi.

-No tienes que venir, si no quieres, Ric. En cuanto termine la especialidad yo me voy para estar contigo. ¡Me haces mucha falta! ¡Te necesito!

-Rosi, tú no me amas. Te hago falta porque estuvimos juntos varios años y creamos lazos de intimidad, de amistad y sin duda de cariño; por supuesto que también hubo pasión. Pero no hubo verdadero amor. Juntarnos de nuevo sería cometer el error que tan inteligentemente quisiste evitar al irte. Si volviera contigo te estaría haciendo daño a ti y me estaría haciendo daño a mí. Yo quizá no he cambiado mi forma de pensar totalmente, pero es cierto que ahora vemos la vida de modo distinto. Como me decías en tu carta, juntarnos de nuevo tendría un precio demasiado alto. Sería sacrificar la felicidad de uno por la felicidad del otro, lo

cual no sería justo para ninguno. Ni tú ni yo seríamos realmente felices.

-¿Al menos me prometes pensarlo, Ric?

-No, Rosi. Ni siquiera voy a pensarlo. Dime una cosa: ¿tú realmente estarías dispuesta a cambiar aspectos fundamentales de tu vida por mí? Me refiero a algunas metas, al estilo de vida, a hacer sacrificios... No por compromiso ni para, digamos, recuperarme; sino porque eso te ilusione, porque te haría feliz hacer tales cambios que sacrificarían varios aspectos sobre tu estilo de vivir.

Se hizo un breve silencio al otro lado de la línea.

-¿Y si te dijera que sí...?

-¡No te lo creería, Rosi! ¡Te conozco muy bien! Además, no me dirás que sí porque nunca me has mentido y no lo vas a hacer ahora. Eso no va contigo.

Se hizo una nueva pausa.

-Tienes razón en que nunca te he mentido, Ric. Tampoco lo haré ahora. Tuve un embarazo accidental y eso trastornó nuestro mundo, pero mi esperanza es recuperar al Ric de antes, al de siempre, al que conocí un día en la universidad y llegamos a ser una linda pareja.

-No, Rosi. Ese Ric ya no existe; no podré ser como antes. Yo tampoco te he mentido antes y tengo que ser sincero contigo hoy. Por eso tengo que decirte que no puedo ni siquiera considerar la posibilidad de que volvamos. Los dos nos arrepentiríamos y volveríamos a separarnos, y seguramente entonces el daño sería muy grande para nuestras vidas. No hago más que confirmar lo que tú me dijiste. Tú tenías razón, Rosi. Yo sé que mis palabras te sonarán duras... pero no hago más que repetir tus propias palabras. Lo que me dijiste en tu carta es lo mejor para los dos. Tu quieres al Ric de antes, pero no quieres al Ric de ahora.

De nuevo se hizo el silencio.

-Quiero al Ric que conocí en la universidad y que compartió varios años su vida con la mía.

-A él es a quien extrañas... no a mí. Yo ahora soy otro... y no puedo volver a ser como antes.

-¡Cómo lo siento! ¡Nuestra vida era tan buena!

-En apariencia, Rosi. Te lo aseguro. Tú lo sabes bien, pero no sé por qué ahora no estás pensando con la cabeza.

-Puede ser...

-Así es, Rosi.

-Puede ser Ric... Puede ser que en un momento de soledad haya olvidado pensar con la cabeza. Creo que tienes razón en todo lo que me has dicho. Perdóname, por favor.

-No tengo nada que perdonarte. Me siento honrado de que me recuerdes y que hayas considerado volver conmigo. Me halaga, Rosi. Pero no deberíamos repetir esta conversación, pues no le hace bien a nadie. Creo que ambos podemos recordarnos como buenos amigos, con afecto.

-Eres muy comprensivo, como siempre lo fuiste.

-Te deseo lo mejor. Espero que pronto encuentres un buen hombre que comparta tus metas, que te merezca y del cual te enamores. Quiero que seas feliz.

-¿Tu ya encontraste la felicidad? ¿Tienes una relación con alguien?

-No... pero está en mis planes inmediatos, Rosi. Desearía que tú también encontraras pronto tu felicidad junto a otro, de veras.

-Yo sé que eres sincero Ric. También quiero que seas feliz. No volveré a molestarte.

A Ricardo no le extrañó cómo Rosi había cambiado su actitud inicial. Sabía que era una mujer muy inteligente y que tenía capacidad de razonar y comprender bien las cosas. Tampoco le extrañó que no le preguntara por Linda... precisamente porque era demasiado inteligente como para exponerse a una respuesta que sería incómoda para ambos.

-¿Sin resentimientos? –agregó Ricardo.

-Sin resentimientos. ¿Cómo está tu papá?

-Necesita el *bypass*, pero como sabes, es muy riesgosa esa operación por su edad. Aunque se mantiene bien. ¿Recuerdas que le practicamos una angioplastia con balón y le implantamos dos *stent*?

-Por supuesto.

-Pues les han funcionado muy bien hasta ahora.

-Me lo saludas, igual que a Mari.

Ricardo no quiso entrar en más detalles sobre la salud de su padre, ni sobre la muerte de Alberto, mucho menos sobre sus expectativas en cuanto a Linda, pues quería cuanto antes finalizar la conversación. Necesitaba arreglarse y salir a su cita.

-Gracias. ¿Tú estarás bien, Rosi?

-Sí, Ric. Ya me conoces. Estaré bien, de verdad. Soy muy fuerte... y tienes razón en lo que me has dicho.

-Tú tienes razón, Rosi. Solo que lo habías olvidado.

-Así es, Ric. Gracias por recordármelo con sinceridad.  
¡Cuídate mucho!

-Tu también.

-Bye.

-Bye, Rosi.

La capital de provincia donde vivía la familia Rostrán quedaba en un valle rodeado de colinas y sierras, por lo que tanto al llegar de la capital como al salir por la carretera que conduce al mar, la vista de la ciudad era espectacular. Durante el día podían apreciarse detalles de sus calles y principales edificios; durante la noche la vista de la ciudad iluminada era impresionante. Considerando también que aquella noche había luna llena y un cielo estrellado, Ricardo se decidió por escoger para su cita con Linda el restaurante Panorama situado en la carretera que conduce al mar, sobre una de las colinas. Antes de pasar por ella a la casa del doctor Abelardo Rostrán, Ricardo fue a realizar ciertos arreglos con el *maître* del Panorama, entre otras cosas reservando una de las mesas en el área VIP que contaba con cierta privacidad.

Linda estaba en su habitación en el segundo piso de la casa de su padre terminando de retocar sus mejías con el *blush-on* cuando escuchó el timbre de la puerta; un momento después el doctor Rostrán tocaba suavemente con sus nudillos la puerta del cuarto. Linda abrió presurosa.

-Ric está aquí, preciosa.

-Okey, papá. Dile que bajo enseguida.

El doctor Rostrán, que había pedido a Ricardo pasar adelante y sentarse en la sala de estar, le ofreció algo de tomar, lo cual el muchacho rechazó con esmerada cortesía. Tenía fijada la hora de su reservación en el restaurante y no quería atrasarse. Linda apareció bajando los escalones apenas tres minutos después. Bella y radiante como siempre, con un elegante traje blanco de coctel con adornos plateados y sus cabellos sueltos sobre los hombros como más acostumbraba usarlos. Ricardo la

contempló. Estaba también vestido con elegancia, con un traje azul oscuro y corbata color vino, igual que el pañuelo de seda que llevaba en la bolsita del saco.

Bastaba ver las miradas que ambos se cruzaron para comprender que entre aquella pareja había surgido el amor y que la cita entre ambos no permitía especular ningún resultado misterioso ni sorpresa alguna. Al igual que la brisa, las aves nocturnas, la luna y las estrellas, el doctor Rostrán también sabía que Ricardo y Linda iban esa noche a declararse mutuamente su amor, no porque alguno de ellos no supiera que el otro lo amaba, sino porque el doctor Rostrán, don Ricardo Mendoza, María Elena, Sofía y un montón de gente más, igual que la tierra, el cielo, el mar y la naturaleza toda así lo estaban esperando. Era un suceso inevitable, como si el tiempo lo hubiera predicho desde muchos años antes y ese momento hubiese felizmente llegado. Lo que había que esperar era el rumbo que tomaría tan inmenso amor; la decisión que sobre ese rumbo cada uno de ellos tendría que tomar esa noche.

Ricardo se levantó y salió al encuentro de Linda a quien entregó una rosa roja.

-Buenas noches, Linda. ¡Estás bellísima! –La besó en la mejilla sintiendo su discreto, suave y exquisito perfume.

-Gracias, Ric. –Tomó la rosa en sus manos y acercándola a su rostro lo acarició con sus pétalos.

-¿Vamos...? –Preguntó Ricardo.

-¡Claro! –Dijo Linda encaminándose a la puerta-. Hasta luego, papá.

-Con su permiso, doctor –agregó Ricardo.

-Hasta luego. Que disfruten su cena -dijo el doctor Rostrán admirando lo bien que se veían ambos y la buena pareja que formaban.

Al llegar al Panorama Ricardo detuvo su auto frente a la entrada principal. En el trayecto habían hablado de la salud de sus padres, de lo bonita que estaba la ciudad, de la espectacular vista, de lo bueno que era el restaurante escogido y de otros temas triviales.

Un jovencito uniformado abrió la puerta del carro al lado de Ricardo.

-Buenas noches –saludó respetuoso.

-Buenas noches –le respondió entregándole las llaves y dirigiéndose a abrir personalmente la puerta de Linda, a quien extendió la mano para bajar.

Mientras el jovencito uniformado estacionaba el elegante *Volvo* blanco, Ricardo y Linda fueron conducidos por el *maître* a la mesa reservada en el área VIP. El lugar era acogedor; la mesa para dos era rectangular para que ambos comensales quedaran frente al panorama y discretamente separada del resto por una media pared; al frente había un gran ventanal desde el cual se observaban las luces de la ciudad, la inmensa luna llena y las estrellas; el salón estaba a media luz, con iluminación indirecta. Un elegante candelabro sostenía dos velas en el centro de la mesa con mantel blanco y sobremantel rojo, y en una esquina esperaba un ramo de rosas rojas como la que Linda llevaba en sus manos. Ricardo las tomó para entregárselas.

-Gracias, Ric. ¡Están preciosas!

El *maître* se dirigió a Linda:

-¿Desea que las coloque en una jarra con agua?

-Por favor -asintió ella entregándole el ramo y colocando sobre la mesa la primera rosa que le había entregado Ricardo-. Me quedaré con ésta –dijo.

El *maître* se retiró con las flores mientras un mesero ayudaba a sentarse a la pareja, juntos uno al lado del otro. Era difícil saber cuál de los dos estaba más nervioso, más emocionado y más enamorado. Solo el brillo de sus ojos revelaba apenas las intensas emociones que sentían y los vertiginosos pensamientos que cruzaban por sus mentes. Fuera de la intensidad de sus miradas se mostraban serenos y sonrientes.

El mesero entregó a Ricardo una copia del menú, mientras el *maître* apareció con un carrito donde venía una jarra con el ramo de rosas rojas y una botella de *champagne* en una cubeta con hielo. Mostró la etiqueta a Ricardo, quien asintió con la cabeza, y abriendo la botella sirvió las copas. Después de dejar la botella en la cubeta se marchó. Ricardo levantó su copa y dijo a Linda:

-Por ti, Linda, y por el privilegio de estar contigo, ¡salud!

-Por ti también, Ric. ¡Salud!

Chocaron sus copas y sorbieron del exquisito *Veuve Clicquot*.

Ricardo dio una breve ojeada al menú.

-¿Qué opinas de unos caracoles a la catalana, o de una variedad de hongos a la crema? ¿O prefieres algún otro tipo de entrada? –Consultó Ricardo.

-Los caracoles parecen una buena opción...

-¡Perfecto! –hizo una seña al mesero que esperaba a cierta distancia-. Tráiganos caracoles a la catalana, por favor.

-Una buena elección, señor. ¿Desean ordenar ya su plato principal para servirlo después de la entrada?

-¿Qué dices, Linda?

-Sí. Me parece bien.

-¿Prefieres carne, pescado o mariscos?

-Carne está bien.

-Me recomendaron el *Filet Mignon*, ¿te apetece?

-Suenan exquisito. Término tres cuartos, para mí.

-Por favor –dijo Ricardo al mesero- nos sirve *Filet Mignon* término tres cuartos a los dos, acompañado de papas al vapor.

-¿Alguna ensalada? –Preguntó el mesero.

-Para mí es suficiente –dijo Linda dirigiéndose a Ricardo, quien a su vez dijo al mesero:

-No deseamos ensalada, gracias.

-Enseguida vendrá su orden, Señor –dijo el mesero retirándose.

Quedaron solos y un violinista a discreta distancia empezó a tocar el tema de *Historia de Amor*. Ricardo sirvió más *champagne* en sus copas y después que bebieron un poco, tomó entre las suyas ambas manos de la muchacha. Linda sintió cálidas y fuertes las manos de Ricardo, sumamente agradables, y estremeciéndose se sintió frágil... extremadamente frágil... femeninamente frágil... sensualmente frágil...

-Linda, no voy a esperar hasta el final de esta cena para decirte lo que todo mi ser quiere gritar. Algo que nace de lo más profundo de mis sentimientos y que lleva mi vida como garantía

de su absoluta y total sinceridad. Algo grande, hermoso y sublime. Algo que, aunque para decirlo apenas bastan dos palabras, tiene para mí un inmenso valor y una extraordinaria importancia. Linda... ¡Te amo!

Ella sintió cómo su corazón se aceleró y su respiración jadeante y rápida se notaba en la forma como sus pechos henchidos se agitaban. A pesar de que ya esperaba esa declaración la emoción que sentía era pletórica. Además estaba algo sorprendida pues no la esperaba en ese instante, tan temprano. Pensaba que sería hasta el final de la cena y que durante la misma podrían conversar sobre lo que cada cual esperaba de la vida... sobre el matrimonio, sobre los hijos... De pronto se sintió sorprendida sin saber qué responder. Vaciló unos segundos y al fin pensó que lo único que podía decir era ni más ni menos la verdad.

-¡Yo también te amo, Ric!

-Ricardo se acercó más a ella, soltó sus manos y la abrazó. Luego se inclinó para besarla en la boca. Ella también abrazó a Ricardo. Sus labios primero apenas se rozaron, ligeramente, suavemente. Ambos cerraron los ojos sin decir ninguna palabra. Ricardo, con sus labios apenas entreabiertos mordisqueó el labio inferior de Linda. Se escuchó un tierno gemido placentero de la muchacha. Sus labios terminaron fuertemente apretados, sus lenguas se encontraron suaves, aterciopeladas, y los dos saborearon la dulzura y el éxtasis de aquel beso jugoso, fresco como la noche y ardiente como el amor que había surgido en ambos. El violinista subió el tono de la hermosa melodía.

Al separarse Linda pensó iniciar una conversación que aclarara aquellas cosas en que tanto había pensado, pero antes que pudiera decir algo, Ricardo sacó una cajita de su bolsillo y la abrió mostrando un precioso anillo con un fulgurante diamante.

-¡Linda, mi amor! Quiero que seas mi esposa y formar contigo un hogar, tener nuestros hijos y hacerte feliz por siempre. ¿Quieres casarte conmigo?

La bella muchacha no podía creerlo. Ciertamente estaba segura de que Ricardo iba a declararle su amor; pero, ¿solicitarle matrimonio? ¿Tan pronto? ¡Estaba sorprendida! ¡No sabía qué decir! Ric agregó:

-Se que te parecerá muy pronto y quizá precipitado, pero ¡te amo tanto, mi amor! Además, ¿por qué esperar? ¿Para conocernos mejor acaso? ¡Nos conocemos muy bien! ¡En realidad, desde niños! ¿Necesitamos acaso estar seguros de nuestros sentimientos? ¡Somos bastante adultos y suficientemente maduros para saber lo que sentimos y queremos! ¿Te das cuenta, amor? ¡Nos podríamos casar ahora mismo! Pero lo vamos a hacer como se debe. Quiero verte desfilar con tu vestido de novia y tener una boda sensacional, digna de una princesa como tú, Linda. ¡Dime que sí, amor! ¿Te casas conmigo?

-Linda tomó con sus dos manos la cabeza de Ricardo y lo besó en forma dulce y apasionada a la vez. El violinista ahora interpretaba *Por ti volaré* de Bocelli. Ella dejando de besarlo apenas un instante le dijo:

-Sí, Ric. ¡Me casaré contigo!

-Ric le colocó el anillo mientras la luna los miraba risueña a través del ventanal.

¿Quién entiende los caprichos de la vida? A veces las personas pasan años deseando algo sin poder lograrlo, y de pronto en un instante todo se resuelve. En la vida de las familias Mendoza y Rostrán sucedieron muchas cosas importantes en muy poco tiempo. Unas tristes y dolorosas, otras deseables y agradables. ¡Así es la vida! A veces transcurren muchos años sin producirse nada de importancia y luego de repente se dan varios acontecimientos trascendentales, sucesivos e inesperados. En todos los órdenes de la vida nos encontramos con situaciones que a veces consideramos imposibles de cambiar o cuya solución solo la vemos a largo plazo, pero de pronto se juntan una serie de elementos, muchas veces sorprendentes, que le dan un giro inesperado y diferente a todo. ¡Qué inseguro es lo que parece seguro! ¡Qué cambiante es lo que parece inmutable! ¡Qué cerca puede estar lo que parecía tan lejano o al contrario, qué lejos podría estar lo que creíamos tan cercano! ¡Nadie sabe lo que sucederá mañana!

El doctor Abelardo Rostrán besó con ternura a Linda, la niña de sus ojos, emocionado ante la decisión de su hija y de su novio de celebrar pronto su matrimonio. Solo sintió que su esposa no pudiera estar presente en aquel acontecimiento tan feliz que apenas unos meses atrás era absolutamente inesperado. Pidió a Linda que ella misma se encargara de los arreglos de su boda, la que el doctor quería que fuera lo más elegante y hermosa posible. Linda a su vez pidió a Sofi que le ayudara. Su mejor amiga aceptó con gran entusiasmo, como si fuera ella misma quien se iba a casar.

El día de la boda la Catedral de la bella ciudad provincial estaba adornada de cortinas blancas, de azucenas y gladiolas, de muchas velas y gruesa alfombra roja. A los acordes de la Llegada de los Invitados, de *Tanhauser* de Wagner, inició el desfile don Ricardo Mendoza llevando del brazo a doña Graciela Avellaneda de Ramírez, esposa de su cuñado don Gabriel; luego desfilaron los padrinos don Gabriel y María Elena; los seguían un niño y una niña nietos de don Gabriel y de doña Graciela, portando en almohadillas de seda blanca los anillos y las arras; a continuación las damas de honor Margarita y Tania seguidas por la mejor amiga de la novia, Sofía, que portaba desplegado en ambas manos un hermoso rosario de plata y filigrana. Después de desfilas Sofía la orquesta hizo una breve pausa y a los acordes de La Marcha Nupcial de Wagner apareció Linda del brazo de su padre el doctor Abelardo Rostrán. Bella, radiante, elegante y distinguida; con su traje de novia clásico, de cuello alto y mangas largas, con su cola, velo y diadema de plata adornada con perlas. Al pie del altar, junto al sacerdote, esperaba Ricardo elegantemente vestido de *smoking* y con un clavel en la solapa, acompañado de Carlos, Manuel y Bernardo listos para ofrecer sus brazos a las damas de honor y a *la mejor amiga* de la novia para acompañarlas a su sitio una vez que don Ricardo hizo al novio entrega de la novia. La misa fue solemne, la homilía de una exquisita oratoria, la ceremonia impresionante. Al final el cortejo desfiló con los acordes de La Marcha Nupcial de Mendelssohn con las damas de honor y *la mejor amiga* del brazo de sus caballeros, y el doctor Rostrán del brazo de su hermana Lourdes; siguieron los padrinos y finalmente los novios, sonrientes y felices. La recepción ofrecida a más de cien invitados incluyó una espectacular cena *buffet* en el lujoso salón del más prestigioso hotel de la ciudad. A media noche los novios se retiraron a su habitación reservada en el hotel para viajar al día siguiente a su Luna de Miel de siete días en un crucero por el Caribe que partió del puerto de la ciudad de Colón en Panamá.

Ricardo y Linda compraron un apartamento amplio cerca del hospital. Iban casi todos los fines de semana a la casa de playa del doctor Rostrán, por no decir de Linda. Esa tarde terminaron de recorrer la costa en trajes de baño tomados de la mano. La playa estaba solitaria, como si fuese reservada exclusivamente para ellos, como también exclusivamente para ellos fue el saludo de las gaviotas revoloteando y el espectáculo del sol al finalizar la tarde tiñendo de vivas tonalidades rojas, naranjas y amarillas el inmenso lienzo azul sobre el cual se trazaban encendidas pinceladas multicolores. Poco después oscurecía mientras empezaban a titilar las primeras estrellas y la luna rielaba sobre el mar.

Ricardo entonces saboreaba su ron con agua de coco y hielo acostado en la hamaca del porche. La tarde cálida había dado paso a una noche tibia y el joven médico no necesitaba vestir más que su pequeña calzoneta azul marino. La brisa del mar le despeinaba más de lo acostumbrado el atractivo cabello negro, mientras que con sus ojos verdes contemplaba la inmensa bóveda del cielo estrellado donde reinaba una luna esplendorosamente brillante. Ninguna nube opacaba la intensidad de aquel cielo de millones de luces y ningún sonido interfería con el murmullo cadencioso de las olas al abrazar la costa. La casa estaba tan distante de las demás que ni siquiera se divisaban y todavía más lejos del pueblito que servía de enlace con la civilización. Solamente la naturaleza los acompañaba con toda su hermosura.

Y con toda su hermosura Linda se acercó a la hamaca luciendo un *bikini* anaranjado intenso que hacía lucir aún mejor el moderado bronceado de su piel. Se sentó sobre las piernas de su esposo y tomó el vaso de ron para darle un sorbo, mirando apasionadamente al muchacho con sus hermosos ojos café. Puso el vaso sobre una mesita cercana y pasó ambas manos por el pecho de músculos bien definidos, acariciando su piel y su vello varonil. Luego se inclinó sobre él para besarlo en los labios con una mezcla de ternura y pasión, inhalando uno el aliento del otro y deleitándose ambos con el sabor del ser amado. Linda presionó su pecho al de Ricardo y sin dejar de besarlo tomó con sus manos la cara de éste y luego su pelo, acariciándolo y revolviéndolo.

Una mano de él también acariciaba y revolvía el largo y espeso cabello castaño de Linda, mientras la otra se deslizaba suavemente por el hermoso cuerpo de su esposa; su espalda, sus pechos, sus piernas tersas y firmes.

Poco a poco se desprendieron de las pocas prendas que los cubrían y se abrazaron con sus cuerpos desnudos y ardientes.

Infinitas sensaciones los hacían estremecerse en lo más profundo de su ser. Sus cuerpos se acariciaban cubiertos por la brisa y arrullados por el canto de las olas. Solamente el mar, la luna y las estrellas fueron testigos de esa muestra del más hermoso, puro y santo amor de aquella pareja.

Ricardo la cargó en sus brazos y la llevó a su habitación donde la entrega fue de un éxtasis total y de un placer infinito. Los esposos hicieron realmente el amor, es decir con amor verdadero, uniéndose en una sola carne, y luego durmieron plácidamente hasta el amanecer envueltos tan solo en el aroma salado del mar que entraba por la ventana.

La felicidad reinaba entre Ricardo y Linda. Solo una sombra empezó a oscurecer la luz radiante de su dicha: habían transcurrido seis meses y Linda no salía embarazada.

Después de transcurridos varios meses de la boda de su hermano y Linda, María Elena no cesaba de comentarla con entusiasmo. En el fondo de su corazón deseaba casarse con Andrés algún día, pero ese día no lo veía próximo, ni siquiera cercano. Era algo que debía madurarse más, aunque sabía que él no tenía objeción alguna.

-Mari –le decía Andrés de la Peña-, cuando tú quieras nos casamos, cuando tú quieras tenemos niños, cuando tú quieras haremos lo que te haga feliz. Todo será como tú quieras.

-No es posible que no tengas preferencias. ¡Debes tener tu propio criterio para cada cosa, hombre!

-¡Claro, mujer! Lo que yo prefiero es verte feliz a ti... y luego ver felices a toda la gente que por una u otra razón no lo son.

-¿Y tú que deseas para ser feliz?

-¡Eso, Mari!

-¡No me digas! ¡Eres un santo, pues!

-¡Nooo! Tampoco así. Es que no me has entendido. Yo soy feliz pintando; me siento realizado en cada cuadro que pinto. Y me siento realizado también cuando ayudo a otras personas. Pero estoy enamorado de ti y te quiero mucho; por eso sobre todo deseo hacerte feliz. Yo seré feliz si tú lo eres. Sé que te encanta tu trabajo en Tecnomedic y que eres una ejecutiva por naturaleza. Algo que yo no haría por nada del mundo, pero que no me molesta en absoluto que tú lo hagas porque a ti te agrada hacerlo y me enorgullezco de tus logros.

-¡Ajá! –expresó incrédula María Elena.

-Tú sabes que me gusta la vida sencilla, sin lujos. Pero no tendría ningún problema para vivir en una casa con las

comodidades y estilos de tu gusto. Yo no encuentro la felicidad en esas cosas, pero no me estorban; si te hacen feliz, bienvenidas sean porque mi felicidad la encuentro compartiendo la tuya.

-Eres un hombre complicado, Andrés. Difícil de entender.

-Al contrario; soy muy simple. Lo que yo creo de la vida es muy simple. Obviamente doy por sentado que la felicidad no se encuentra en el dinero. Sufren los ricos tanto o más que los que tienen menos y toda persona cosecha éxitos y fracasos a lo largo de su vida, así sea un empresario millonario o sea un obrero. Todo es relativo en la vida.

-Entonces, ¿para qué vas a ayudar a los pobres de Haití o de Somalia? ¿Para qué sacarlos de su *felicidad*? ¿Para qué convertirlos en infelices? ¡Mejor los dejas como están!

-No me refiero a esa pobreza ni a esas personas, Mari. No a los que viven en *extrema pobreza* ni a los que viven simplemente en *pobreza*. ¡Nadie debería ser pobre en este mundo! ¡No deberían existir personas que no tengan lo necesario para una vida digna! Pero arriba de la pobreza, entre los que no se pueden llamar pobres, entre los que tienen lo que un ser humano necesita tener para vivir una vida con dignidad, yo creo que incluso el que tiene menos es más feliz que el que tiene más.

-¿En qué te basas para decir eso, Andrés? ¡Especulas!

-Algo de eso lo refleja una novela que acabo de leer, que entre otras cosas trata de cómo un hombre millonario de la gran ciudad dona su fortuna y se va a vivir con una tribu primitiva en un lugar aislado pero bello, donde encuentra la felicidad. El se siente, con razón, que es dueño del cielo, del río, de las flores, de los pájaros y de su libertad. Come frutas, animales de caza, cereales cultivados por la tribu. Vive en una choza que le da frescor y eficiente abrigo. Se viste casi tan solo con un taparrabo muy cómodo y sandalias. No le hace falta ni un céntimo de los millones que antes tenía. Y lo mejor es que vive sin angustias, sin problemas, sin frustraciones... ¡sin estrés!

-Entonces basas tu filosofía de la vida en una novela...

-Claro que ese sería un caso extremo, pero no se puede negar que a pesar de la fantasía extrema es un caso muy ilustrativo que motiva una reflexión.

-En la vida hay muchas necesidades de salud, de educación, de cultura y hasta de diversión... viajar, conocer otros mundos... ¡El dinero es necesario! En todo caso sería un mal necesario.

-Es verdad, por eso digo que lo de la novela es un planteamiento extremo. Hay que satisfacer las necesidades lógicas que la vida nos presenta y la vida moderna cada vez nos presenta nuevas necesidades que hay que satisfacer. La Internet, por ejemplo... ¡no nos vamos a quedar excluidos de la tecnología y una computadora hay que pagarla para adquirirla! De eso estamos claros...

-Eso me parece más razonable.

-El problema es cuando nos auto imponemos necesidades que nosotros mismos creamos o cuando la sociedad de consumo nos empuja a ir tras bienes y estilos de vida innecesarios, útiles solamente para que nos admiren y envidien, o por el afán de sentirnos seguros económicamente. Por ejemplo, es necesario un televisor, ¡pero no necesitamos adquirir siempre el último modelo que nos vayan sacando al mercado! ¡Es pura vanidad todo eso!

-Sin embargo hay que contar con dinero suficiente para tener seguridad económica.

¡Nada es seguro! Los capitales más grandes han desaparecido. Muchos millonarios han terminado en la ruina. Otros a pesar de sus millones terminan suicidándose colgados de una soga o con una bala en la cabeza porque el dinero no da seguridad de nada y mucho menos felicidad. El dinero no salva de la enfermedad. De repente se presenta un cáncer y ni todos los millones te salvan de morir. La muerte a veces viene sin avisar... los terremotos... los huracanes... los accidentes... las crisis mundiales... ¡Un infarto y en un minuto todo se acabó y nos entierran sin un céntimo dentro del féretro! Tampoco se puede comprar amor con dinero... te pueden envidiar, dar placer, adularte, pero hay millonarios que ni siquiera logran el amor de sus hijos. Entonces... ¿de qué sirvió el dinero? ¡De nada!

-María Elena sintió un frío recorriéndole la espalda al recordar la muerte de su madre, el infarto de su padre y el derrame cerebral de Alberto. Andrés entendió lo que pasaba por la mente de su novia.

-¡No debí mencionar eso... ¡Discúlpame, amor!

-No te preocupes, Andrés. Son cosas que pasan en la vida. No podemos ocultar la realidad o ser ciegos ante ella. Pero sigue; estoy tratando de entender tu modo de ver las cosas.

-Lo que digo es que a veces nos volvemos perseguidores del que llamamos *éxito* y queremos competir para destacar en nuestro medio social... y cuando no lo logramos nos estresamos, nos frustramos y somos infelices. Pero, ¿necesitamos para vivir felices todo lo que perseguimos con tanto anhelo y estrés? ¿Nos convertimos en esclavos del dinero y de la sociedad de consumo en una frenética y estresante lucha por lograr más y más y más! Hay personas que viven la vida como una loca competencia por tener más y mejores cosas que otros. Más riqueza, más lujo, mejor casa, mejores muebles, mejor auto, mejor celular... ¡Es una locura! ¿Para qué? ¿Para ser admirados y envidiados? ¡Qué tontos! La realidad es que no está en eso la verdadera felicidad. Nunca se estará satisfecho porque siempre otro tendrá más, y dura más la frustración de que otro logre algo mejor que la satisfacción de haber adquirido algo que otro no tenía. ¡Eso es lo más loco y tonto que hay en esta vida! ¡Nunca se puede ser feliz por ese camino! Mientras tengamos buen alimento, techo digno y agradable y nuestras otras necesidades cubiertas, se puede ser feliz sin lujos excesivos e innecesarios. No se trata de prohibirse satisfacer un deseo, un placer y un lujito de vez en cuando; ni de renunciar a lo bonito, al buen gusto y a la elegancia. Se trata de convertir eso en una competencia interminable y una obsesión. Creo que entre más se tiene más se quiere, y se es más infeliz.

-Es muy fácil decir eso cuando se tiene un fideicomiso que te da un sustancioso cheque cada mes.

-Yo lo dono íntegro. Vivo de mis cuadros.

-Los cuales vendes a muy buenos precios.

-No lo niego. Vivo con comodidad gracias a mis pinturas. Con la vida digna que todo mundo debería tener. Pero no ambiciono grandes lujos. Podría dárme los con el fideicomiso, pero no lo hago.

-Fueron muy sabios tus padres al dejarte un fideicomiso, pues si hubieras recibido un capital lo hubieras perdido en menos de un año.

-Lo hubiera donado.

-No lo dudo. ¿Y si nos casamos vas a pedirme vivir con la austeridad que has escogido?

-No, amor. Viviremos en la casa que tú quieras, con los lujos que quieras y seré un compañero feliz de tu estilo de vida. Tú tienes un buen sueldo y puedes usarlo como te parezca mejor. Como te acabo de decir, no busco los lujos pero no me estorban... y respeto el criterio, los gustos, las preferencias y los deseos de los demás. Yo aportaré al hogar el producto de mi trabajo, es decir la venta de mis pinturas. El fideicomiso lo seguiré donando o usándolo para apoyar las causas que siempre he apoyado. En el nuestro, como en todo matrimonio, cada uno renunciará a algo o cederá algo por amor al otro. Yo te acompañaré en tu estilo de vida y tú en las causas que apoyo y defiendo.

-No tengo problema en apoyarte en esas causas que siempre me han parecido nobles.

-¡Pues asunto arreglado! ¿Cuándo nos casamos, Mari?

María Elena rió con ganas y le dio un beso rápido pero cariñoso en la boca.

-¡Ay, Andrés! ¡Eres increíble! Por eso te amo.

-¿Entonces?

-¡Paciencia! ¡Paciencia! No hay prisa.

La ginecóloga se sentó en su silla ante el escritorio y frente a ella se sentaron Ricardo y Linda esperando ansiosos lo que tenía que decirles. Había estudiado con él en la facultad y hecho su especialidad en ginecología en el mismo hospital en que él se había especializado en cardiología. Ricardo le tenía mucha confianza y conocía su gran capacidad profesional. Ahora prestaban sus servicios en el mismo Hospital General de la capital.

-Tu espermatograma, Ric, indica abundantes espermatozoides con colas de buen tamaño y excelente movilidad. No hay ningún problema que impida o disminuya tu capacidad para engendrar. Eso ya lo esperábamos, claro está; incluso ya tú engendraste una vez.

-Entonces, ¿el problema lo tengo yo, doctora? –Preguntó Linda tratando de mostrarse serena.

-Los exámenes que te hemos practicado, especialmente el ultrasonido, no muestran ninguna malformación de tus órganos reproductores; la acidez en tu vagina es adecuada y no hay infecciones, ni inflamaciones, ni irritaciones de ningún tipo. Hemos comprobado que tu ovulación es normal y que además tienes períodos regulares.

-¿Entonces? –Preguntó Ricardo- ¿A qué se debe que no hemos podido concebir?

-En esto no hay reglas exactas, Ric. Yo diría que lo único que necesitan es seguir intentando con tranquilidad y paciencia. No hay razón por la cual no puedan tener hijos y su condición no amerita ningún tratamiento.

-Pero, ¿no es raro que tengamos seis meses intentando sin resultado? –Preguntó Linda por su parte, ahora más tranquila.

-No, Linda. No es nada raro; es algo frecuente. Muchas parejas tardan mucho más. La naturaleza es caprichosa y hay tantos factores que inciden en que un espermatozoide fecunde un óvulo que lo convierte en un suceso absolutamente impredecible. Tu puedes quedar embarazada hoy o dentro de un año. La ley de las probabilidades nos dice que cada día que transcurre es más probable que quedes embarazada. Pero no se puede predecir nada. Algunos se desesperan y recurren a otras opciones...

-¿Nos estás sugiriendo que...? -Empezó a preguntar Ricardo; pero la ginecóloga lo interrumpió:

-No estoy sugiriendo nada. Solamente les comento que algunas parejas toman otras decisiones a veces precipitadas, pero no creo que sea el caso de ustedes. Los dos son muy sensatos. Yo les recomiendo relajarse... algunas veces el estrés por la falta de un embarazo muy deseado influye en que no se dé... o lo retarda. Ustedes deben tomarlo con calma. Tengo algunas recomendaciones prácticas que darles.

-¿Sí? -Expresó Linda.

-Además de no estresarse, deben calcular los días de ovulación de Linda. En su caso es muy fácil por tener períodos regulares, aunque tomando la temperatura vaginal pueden asegurarse. Durante esos días deben tener relaciones; pero no diario sino con un día de intervalo y sin más de una eyaculación por día, para permitir una mayor cantidad de semen y espermatozoides más maduros en cada relación. En cambio, durante los días de infertilidad deben tratar de disminuir la frecuencia de las relaciones para que en los días fértiles sea más efectiva. Pero debo advertirles que no lo tomen al pie de la letra. Estas cosas no deben ser rígidas, pues entonces se convierten en desagradables. No se puede tener sexo -para decirlo de algún modo- por obligación, ni dejar de tenerlo poniéndose prohibiciones o negándose uno al otro. A veces no se puede evitar o no se debe evitar tener relaciones en determinadas circunstancias. ¿Logro explicarme?

-Perfectamente -asintió Ricardo.

-¿Linda?

-Sí, por supuesto. Está muy claro.

-Entonces sigan adelante tranquilos, sin estrés, puesto que todo está normal. Espero verlos cuando Linda esté embarazada, pero no se impacienten.

Tres meses después Ricardo estaba planeando proponerle a Linda concertar una cita con un ginecólogo con especialidad en fertilidad. No dudaba de la capacidad de su amiga ginecóloga, pero deseaba otra opinión y explorar otra posibilidad para ver si se podría concebir pronto al bebé. Salió esa noche del hospital dispuesto a proponérselo a su esposa.

Al entrar a su apartamento encontró a Linda, como solía acostumbrar, frente al televisor en el sofá de la sala, con su sexi cola de caballo, camiseta playera, *shorts* y descalza, con sus piernas recogidas sobre el sofá. Al verlo, ella se levantó enseguida y salió como siempre a su encuentro para abrazarlo y besarlo tiernamente.

-¡Hola mi amor! ¿Cómo te fue hoy? –Dijo Linda, dándole un tierno beso en la boca que Ricardo saboreó intensamente.

-Me fue bien, amor. Pero deseoso de volver a los brazos de la chica más bella del mundo. Nunca estoy mejor que cuando estamos juntos los dos.

-¡Los tres!

-Los... ¿tres?

-Sí, Ric. ¡Los tres! Tú, yo y nuestro hijo. ¡Estoy embarazada, amor!

Es indescriptible la escena que siguió, colmada de alegría, risas, gritos de júbilo, besos, abrazos, danza y llamadas telefónicas a medio mundo para compartir la noticia.

Siguieron meses de infinita y deliciosa locura; de planificar la llegada del niño, de pintar su cuarto, comprar cuna, cochecito, las primeras ropitas... Mientras las futuras madrinas, María Elena y Sofia, empezaron juntas a planificar el *baby shower*. Los dos abuelos estaban radiantes de felicidad. Habían transcurrido casi tres meses de embarazo. Todo era dicha... hasta aquel día en que Linda sintió un terrible dolor de cabeza.

Cuando aquel atardecer Ricardo llegó del hospital Linda no salió a su encuentro como acostumbraba ni estaba tampoco en el sofá de la sala. De inmediato comprendió que algo no estaba normal y preocupado fue a la habitación buscándola. Linda estaba acostada con una bolsa con hielo sobre la frente.

-¡Linda, ¿qué te pasa?!

-No lo sé, Ric. Me siento mal. La cabeza me duele terriblemente, como si fuera a estallar. Pensé que tenía fiebre, pero el termómetro indica que no.

-Cálmate, Linda. No debe ser nada serio. ¿Hasta hoy sientes ese dolor?

-En realidad no... pero ahora es más fuerte. Desde hace unos ocho o diez días vengo sintiendo la cabeza pesada y con un dolorcito casi permanente; también desasosiego... como ansiedad. Pero hoy me duele mucho más.

El joven médico sabía que en su estado podía ser algo serio. En realidad podía ser muy serio. Se cercioró de que no tenía fiebre y luego abrió su maletín sacando el tensiómetro para tomar la presión arterial de su esposa. Se le formó un nudo en la garganta al ver que la presión estaba alta. Trató de mantenerse sereno para no preocuparla más de lo necesario.

-Tienes la presión arterial un poco alta. Como estás embarazada es mejor que la ginecóloga te vea y te recete lo indicado. No quisiera darte nada que perjudique al bebé.

-*Okey*, amor. Llámala por teléfono y pregúntale.

-No. Prefiero ser más prudente y llevarte donde ella. Seguramente estará todavía en el hospital. La llamaré para avisarle que vamos en camino.

-¿Es necesario?

-Sí, Linda. Es necesario, mi amor.

-¿Puede ser algo grave?

-No lo creo –mintió-. Pero es mejor llevarte a su consultorio en el hospital. Así estaremos más tranquilos.

Después de tomar la presión de Linda la ginecóloga le preguntó:

-¿Eres hipertensa?

-No. Como te dije desde la primera consulta, no soy hipertensa.

-¿Estás segura de que nunca has tenido episodios de hipertensión? Quizá no te hayas tomado la presión aunque sentiste alguna vez estos mismos síntomas... ¿no recuerdas algo así?

-No, nunca. Mi presión siempre ha sido normal y nunca me había sentido así.

-Ahora tienes la presión alta.

-¿Por qué será? No he tenido ningún problema ni nada que me altere.

-Es pronto para saberlo con seguridad, pero tenemos que estar atentos ante la posibilidad de una complicación.

-¿Qué tipo de complicación?

Ricardo tragó gordo y empezó a sudar frío. Aunque lo sabía tenía esperanzas de equivocarse. La ginecóloga lo miró a los ojos consultándole con la mirada si le explicaba a Linda con amplitud lo que era una posibilidad desagradable. Él asintió y la doctora dijo:

-Mira, Linda; es pronto para afirmar que tienes preeclampsia, aunque está dentro de lo posible. La preeclampsia es una complicación del embarazo asociada a elevados niveles de proteína en la orina y se manifiesta con una presión arterial alta. Debemos hacer análisis de orina para ver el nivel de proteína y durante los próximos tres días vigilar constantemente tu presión para poder asegurarnos de que no tienes preeclampsia.

-Y si la tengo, ¿qué puede pasar? ¿Qué le pasará al bebé?

-Linda empezó a asustarse y Ricardo tomó sus dos manos besándolas con delicadeza. La ginecóloga continuó:

-No nos adelantemos, Linda. Puede ser una alteración pasajera de la presión por diferentes causas.

-¡No! ¡Sin rodeos! Por favor díganme qué puede pasar si resulta preeclampsia... o como se llame. ¿Cómo afectaría al bebé?

-Puede convertirse en eclampsia y afectar un poco su desarrollo, pero el mayor riesgo lo tiene la madre.

-¿Qué riesgo?

-Bueno... si la presión llegara a mantenerse en niveles muy altos puede desembocar en una eclampsia, con daño al endotelio, riñones, hígado... o un accidente cerebro vascular...

-¿Derrame cerebral?

-Sí, en otras palabras.

-¿Y qué es el endotelio?

-La capa que cubre la parte interior de los vasos sanguíneos, incluyendo el corazón, donde se llama endocardio.

-O sea que puede ser mortal. ¿Se puede curar?

-La única cura es finalizar el embarazo.

-¿Me estás hablando de abortar? ¡No puede ser!

-No, Linda. Un embarazo puede terminar con un aborto, ciertamente; pero también naturalmente finaliza con el parto, sea un parto a término o antes.

-¿Un parto prematuro?

-Así es.

-¡Pero con el tiempo que llevo de embarazo el bebé no sobreviviría!

-Seguramente no. Pero si no se adelanta el parto o se practica un aborto la vida de la madre peligra. Es decir, Linda, eso sería en el supuesto caso de que tengas realmente preeclampsia y si se mantiene muy alta la presión. Pero nos estamos adelantando. Quizá no pase nada grave y todo termine en una simple alarma.

-¡Dios quiera!

-Por ahora te haremos los análisis, te tendremos en observación y vas a reposar lo más posible... ¡reposo casi total! No te voy a medicar por el momento para evitar alteraciones en los análisis y en la observación de tu presión arterial. Pero, recuerda, ¡reposo casi total, por no decir total!

-Sí, entiendo. Así lo haré.

-Preferiblemente durante el día descansa sentada o reclinada, más que acostada. Y procura tener tu mente distraída, leyendo, escuchando música, conversando o viendo televisión por ejemplo. Recuerda que no tienes que preocuparte demasiado; eso solo te haría mal.

Linda obedeció y guardó el reposo indicado. Se hicieron los exámenes y se mantuvo un control constante de la presión. Finalmente se dio el diagnóstico definitivo: preeclampsia, sin duda.

Al cuarto día de confirmarse el diagnóstico visitaron a Linda sus amigos Sofía, Tania, Margarita, Bernardo, Miguel y Carlos, a quienes había llamado Ricardo convencido de que ellos ayudarían a levantarle el ánimo. Linda no pudo contener las lágrimas al abrazarlos. Una vez sentados y servidos de café y refrescos, Sofía dijo a su amiga:

-Linda, tu vas a salir bien de esto. Eres una mujer fuerte y decidida, optimista y tenaz, y jamás te vence ninguna adversidad. ¡Todo va a salir bien! ¡Ánimo!

-Gracias, Sofí. ¡Dios te oiga y me ayude!

Carlos intervino:

-Entiendo que continuar con el embarazo puede resultar peligroso para ti; en cambio si abortaras todo se solucionaría. Aún no llegas a completar el tercer mes, ¿no?

-Aún no, Carlos. Pero la palabra aborto no está en mi diccionario. Al menos no un aborto intencional.

-Pero, ¿si corrieras peligro de muerte, Linda? ¿No crees que en ese caso deberías considerarlo? Después podrías embarazarte de nuevo.

-Pero no voy a sacrificar a un hijo ni voy a dejar de correr ciertos riesgos en mi salud sin importarme la muerte de mi bebé.

-Pero todavía no es un bebé, Linda. No está formado... Es un proceso que se puede interrumpir.

-Mi hijo existe desde el primer día en que su papá y yo lo concebimos. Es verdad que está casi en el inicio de un proceso de

formación que no termina a los tres meses, ni a los nueve meses... ni a los tres años... ¿Acaso una niña de tres años está formada totalmente? ¡Claro que no! No tiene desarrollados sus órganos genitales, no ovula, no se han desarrollado sus pechos, no puede concebir, no ha alcanzado su estatura completa... ¿Acaso porque a sus tres añitos está todavía en período de formación se podría *prescindir* de ella *interrumpiendo* su desarrollo, para decirlo con el eufemismo con que se habla del aborto? O un varoncito de siete años, ¿acaso es capaz de engendrar cuando ni siquiera produce semen? Un niño de siete años no es una persona totalmente formada; no están desarrolladas totalmente sus cuerdas vocales, sus glándulas, sus huesos... ¿No es acaso un ser humano en proceso de formación? Yo no veo la diferencia entre un niño formándose dentro del vientre y otro que sigue formándose fuera del vientre. Un bebé es un ser humano igual dentro del vientre de la madre que dentro de una incubadora o corriendo por su casa. Un embrión o un feto no se parecen a un bebé recién nacido, pero un bebé recién nacido tampoco se parece a un niño de diez años, y a los quince ya cambió, y a los veinte será más diferente aún. Un embrión o un feto son tan seres humanos como cualquiera de nosotros, solo que en distintas etapas de su desarrollo. Mi hijo existe desde el instante en que Ric y yo lo concebimos, vive dentro de mí, se supone que debo cuidarlo y protegerlo... no acabar con su vida intencionalmente. No es parte de mi cuerpo sobre el cual yo pudiera alegar algún derecho de decidir, sino que es otro ser con su propio cuerpo aunque esté dentro del mío; tiene su propia vida... ¡no tengo derecho a quitársela voluntariamente! Es verdad que se alimenta de mí y depende de mí para sobrevivir, igual que un niño ya nacido depende de su madre y se alimenta de sus pechos. Ninguna de esas circunstancias me dan derecho sobre su vida.

-Disculpa lo dicho, Linda. No fue mi intención decir nada que te molestara. Yo respeto sinceramente tu razonamiento. En realidad, no entiendo mucho sobre estas cosas.

-No te preocupes Carlos; lo que has dicho no me ha molestado en lo absoluto. ¡Tranquilo, chico! Muchas personas piensan así y a la mayoría no las culpo por eso. Hay una inmensa

campaña mundial a favor del aborto que a mucha gente buena la ha llevado a ver las cosas de esa manera, pero probablemente no es su culpa pensar así. En fin, yo no te juzgo, amigo. Solo tengo otra opinión.

-¿Pero si te subiera la presión mucho? –Preguntó Tania-. ¿Vas a correr el riesgo de morir así, sin más... o hay opciones?

-Tanto mi ginecóloga como el doctor Quirós, quien es nuestro socio y abogado, y el padre Ignacio Echegaray, nuestro párroco, nos explicaron a Ric y a mí que ante la ley civil y ante los ojos de Dios se puede y se debe proteger la salud y la vida de la madre, tratando al mismo tiempo de proteger la vida del bebé. No se trata de que para proteger al bebé se deje morir a la madre. Ni la ley que penaliza el aborto intencional ni Dios –y por consiguiente tampoco la Iglesia- quieren que se deje morir a una madre embarazada. Lo que no se puede hacer es ir directamente a provocar un aborto intencional para resolver el caso... ¡aunque hay quienes optan por el aborto ya que es el camino aparentemente más fácil!

-Pero en tu caso –quiso saber Margarita-, ¿hay medicamentos eficaces para tratarte y al mismo tiempo proteger al bebé? ¿Y si el medicamento le hace daño al bebé?

-En el caso de una enfermedad que se pueda tratar con medicamentos deben dársele a la madre los que necesite y cualquier tipo de atención médica que requiera, procurando proteger al bebé hasta donde sea posible. Si el bebé no pudiera soportar el tratamiento que recibe la madre podría darse el caso de un aborto espontáneo o el fallecimiento del bebé, lo cual no sería deseado ni provocado en forma directa ni intencional. En esos casos nadie condena a la madre ni al médico. Provocar intencionalmente un aborto no es lo mismo que se venga un aborto no deseado ni procurado que no se pudo evitar. Tanto la ley civil como casi todas las iglesias cristianas y otras religiones ven una diferencia clara en ello. La madre debe recibir siempre la atención necesaria.

Manuel intervino:

-Entonces es falso aquello de que donde está penalizado el aborto se deja morir a las mujeres embarazadas que requieren atención médica, para no dañar al feto.

-Exacto –respondió Linda-. ¡Totalmente falso! ¡Es una manipulación de los sentimientos humanos! Eso de mujeres embarazadas condenadas a muerte por la ley o por asuntos religiosos, por la falta de un llamado *aborto terapéutico*, es falso. Con los adelantos de la ciencia médica actualmente nunca es necesario provocar un aborto intencionalmente para salvar la vida de una madre. Hay una campaña mundial basada en una premisa falsa y cuyo último fin es lograr que sean legalizados todos los tipos de abortos, ¡porque detrás de eso hay grandes intereses tanto económicos como políticos!

-¿Y en tu caso, te pueden dar algún tratamiento? Preguntó de nuevo Margarita.

-Yo tengo preeclampsia que se resume en presión alta y su gravedad sería la eclampsia, o sea una presión demasiado alta y muy peligrosa, que incluso podría ser mortal. La causa es el embarazo y por eso la única manera de curarse es dejar de estar embarazada. Y para dejar de estar embarazada solo hay dos caminos; uno es provocando un aborto... ¡y de eso ni hablar! El otro es dando a luz. Esa es la única opción aceptable.

-Pero, Linda –intervino ahora Bernardo-, si te sube muchísimo la presión a los cinco meses, por ejemplo, o antes, ¿cómo vas a dar a luz? ¿Vas a esperar tu parto? Mientras dura la espera podrías morir, ¿o no?

-Yo espero llegar con este embarazo a los nueve meses; pero es posible que por mi preeclampsia no sea posible completarlos. Lo que haremos es luchar para que el tiempo en que sea inevitable dar a luz sea lo más lejano posible. Cuando ya no sea posible esperar más, el parto será adelantado... una cesárea, para ser exacta.

-¿Si el niño con esa cesárea muere sería un aborto... entonces? –preguntó Tania.

-No, Tania. No es lo mismo practicar un aborto que un parto prematuro. El aborto consiste en provocar directamente la muerte del niño sacándolo en pedacitos, o hacerlo morir y luego expulsarlo. Adelantar el parto es inducir el proceso natural de dar a luz, aunque lo que se usa generalmente es la cesárea para que el bebé sufra menos al nacer; y una vez nacido prematuramente darle toda la atención que requiera para que viva.

Desgraciadamente hay prematuritos que no sobreviven... ¡pero se hace todo lo posible por salvarlos! Entre más tiempo se pueda esperar más desarrollado estará el bebé y tendría más posibilidades de vivir.

-¿Y en tu caso, cuánto es lo más que podrías esperar? – Volvió a preguntar Tania.

-No se puede saber. Pero casi tengo tres meses de embarazo y mi presión arterial no es por ahora demasiado elevada. Ric y yo tenemos fe en que al menos llegaré al quinto mes, con lo que las posibilidades para el niño aumentarían considerablemente. Hay medicamentos que también me ayudan y se me suministran con mucha precaución para no dañar al bebé. Al niño también ya se le está dando tratamiento para acelerar su desarrollo, concretamente sus pulmoncitos. Haremos la lucha día a día para ir ganando veinticuatro horas más cada vez a favor de su vida.

Sofía había estado muy callada y por fin dijo:

-Todo lo que Linda ha explicado yo lo comparto al cien por ciento. Es algo que yo sabía y no esperaba menos de ella. Buscar en estos casos un aborto es muy fácil y muy cobarde. ¡Merece la pena que se luche por la vida de un niño! No sé qué pensará ahora Carlos...

-¡Por Dios, Sofi! –Exclamó Linda- ¡Deja en paz a Carlos, que cada cual tiene derecho a pensar como quiera!

-La verdad –dijo Carlos- es que nunca me había puesto a analizar este tipo de situaciones y creo que Linda tiene razón. Si dije otra cosa era más bien por falta de información.

Dos meses después el doctor Abelardo Rostrán y don Ricardo caminaban con sus semblantes sombríos por los andenes del jardín de la casa de los Mendoza. Si por tantos años habían sido amigos entrañables, las circunstancias ahora los habían unido mucho más. Ricardo y Linda los habían llenado de felicidad con su boda y luego los colmaron de dicha con el anuncio del bebé que esperaban. Hoy no sabían si ese bebé podría sobrevivir si nacía a los cinco meses de embarazo, pero sobre todo los dos estaban profundamente preocupados por la salud de Linda.

-Tú sabes, Abelardo, cuánto deseo un nieto, pero hoy me importa más la salud de Linda. No quisiera que tomara ningún riesgo.

-Te creo, Ricardo... Yo sé lo que quieres a mi hija.

-*Nuestra* hija –corrigió don Ricardo con sinceridad.

-Lo sé, amigo. Tampoco yo quiero que tome ningún riesgo aunque también deseo mucho al bebé. Para mí en este caso lo primero es la vida de Linda.

-Y así debe ser. Igual piensa Ric. Después podrán tener otros hijos... aunque yo no logre vivir para ver a ninguno.

-Tu hijo está siendo muy sensato, Ricardo.

-Pero le ha dejado la decisión a Linda... y no sé si ella va a querer esperar más de la cuenta... Ojalá decida dar a luz antes de que sea demasiado tarde para su salud, aunque no sobreviviera el bebé.

-No es porque sea su padre, pero estoy seguro de que Linda también es muy sensata. Los dos tomarán la decisión apropiada.

Guardaron silencio por un rato mientras seguían paseando por el jardín entre plantas y flores de diferentes formas, tamaños

y colores, incluyendo los blancos heliotropos cuyo perfume esa tarde se sentía especialmente agradable.

-¡Hola! –Dijo Ricardo hijo saliéndoles al encuentro al doblar un andén-. ¿Cómo están este par de abuelos?

-¡Hola, Ric! ¡Qué gusto verte! –Dijo el doctor Rostrán abrazándolo.

-¿Cómo estás, hijo? –Lo abrazó don Ricardo- ¿Y Linda cómo está?

-Linda es una mujer maravillosa, papá. A pesar de todo está llena de optimismo... Yo estoy terriblemente preocupado por su salud, pero ella no cesa de repetirme que hay que tener fe en Dios y confiar en que tanto ella como el bebé estarán bien. Me ha pedido que mientras la presión no sea demasiado alta no hablemos siquiera de tomar ningún tipo de decisión. También me ha pedido esperar con alegría al bebé como si nada pasara. Pero su presión arterial ha subido un poco más; aún no a niveles alarmantes, pero sí preocupantes.

-¿Y tú qué opinas, Ric? –Quiso saber el doctor Rostrán.

-Ustedes también son médicos y saben que en toda enfermedad el estado de ánimo de un paciente es muy importante. Por eso trato de actuar como Linda, llenarme de su alegría y su optimismo para que ella no los pierda. Aunque no logro dejar de tener miedo... mucho miedo por la salud de ella. Ustedes también saben que al quinto mes hay posibilidades de que el bebé sobreviva, pero son pocas.

-No hay que correr riesgos, Ric. Supongo que en eso estás de acuerdo conmigo... o con nosotros, pues igual piensa tu papá.

-Por ahora podemos esperar un poco más, aunque no creo que mucho. Quiero cumplir con mi promesa a Linda y esperar lo más posible. Pero no permitiré ponerla a ella en un serio riesgo.

-¿Cómo va el desarrollo del bebé?

-Hasta ahora bien. Se está tomando la precaución de suministrarle medicamentos que ayuden a un desarrollo más rápido de sus pulmones. Lo que definitivamente haré es convencer a Linda de dar a luz al cumplir el sexto mes sin esperar un día más, si acaso ella lograra llegar hasta allí sin mucho riesgo; las posibilidades del bebé entonces serían mejores. Son treinta días más... ¡ojalá se logaran!

-¿Y al fin qué decidieron sobre saber o no el sexo del bebé?

-Mantenemos nuestra decisión inicial; deseamos saberlo hasta que nazca. Mis colegas del hospital analizan los ultrasonidos y el desarrollo del niño. Su interés y solidaridad es algo muy reconfortante... allí están pendientes los pediatras, neonatólogos, cardiólogos, ginecólogos.... ¡Hasta los dermatólogos o los urólogos! ¡Todos mis colegas pendientes del caso! Son buenos amigos y buenos médicos. Confío plenamente en ellos. Yo no he querido ver los ultrasonidos; no únicamente por no conocer el sexo, sino por otras razones... sentimentales... No soportaría verlo sin estar seguro de que vivirá. Sabremos su sexo al nacer y nos da igual que sea niño o niña... ¿y a ustedes?

-¡También! -Respondieron casi a coro.

Todos estaban pendientes del embarazo de Linda. Casi se habían olvidado de la salud de don Ricardo; ¡pero la salud de don Ricardo podía dar una sorpresa desagradable en cualquier momento! Él también rogaba por aquellos treinta días. Treinta días para Linda, para el bebé y para él. Era cuestión de tiempo.

A la mañana siguiente don Ricardo despertó de buen humor; jugó con Chispita y desayunó en el jardín. Después tomó un baño y se sentó en la sala de estar a leer el diario de la mañana. De repente sintió un intenso y agudo dolor en el pecho y la mucama que arreglaba la salita contigua pudo oír el quejido sordo que salió de su garganta. Corrió hacia él y lo sostuvo impidiendo que cayera al suelo. Su cara estaba pálida, fría y sudorosa. Estaba consciente pero no hablaba; apenas emitía quejidos de dolor y miraba fijamente con los ojos desorbitados. La muchacha a gritos pidió ayuda y llegaron rápidamente la cocinera y el chofer que de inmediato llamó a emergencias y luego al joven Ricardo.

Al llegar la ambulancia al hospital un equipo de emergencia ya esperaba a don Ricardo Mendoza que fue conducido rápidamente a la Unidad de Cardiología. Después de una media hora su hijo salió para informarle a su hermana:

-No fue infarto. No perdió el conocimiento y el dolor desapareció. Pero deberá permanecer hospitalizado.

María Elena sollozaba en la salita de espera. También estaban don Gabriel y el doctor Rostrán.

-¿Entonces qué fue, Ric?

-Hay dos posibilidades, una es que haya habido una obstrucción momentánea de alguna de sus congestionadas arterias que logró rápidamente despejarse sola. La otra es que haya tenido un espasmo de las arterias coronarias produciendo ese dolor que llamamos angina de pecho. En su caso ambas cosas son un claro aviso de que su corazón puede en cualquier momento sufrir un infarto y detenerse. Debemos estar conscientes de ello, Mari. Y debemos ser fuertes. Vamos a hacerle exámenes para saber con mayor exactitud qué pasó.

-¿Y los resultados de esos exámenes, Ric, pueden darnos alguna clave para indicarnos qué hacer para que se prolongue su vida?

-No más de lo que ya hacemos, para ser sincero, Mari.

-Entonces, Ric, no jeringuemos más a papá. Dejémoslo en paz. Que descanse tranquilo sin llevarlo de una sala a otra, de un aparato a otro.

-¿Y la posibilidad del *bypass*?

-Será papá quien decida, pero yo creo que lo mejor es dejarlo tranquilo. Yo quisiera que se descartara eso. Tú nunca estuviste convencido de que pudiera soportar la operación. ¡Menos ahora!

-Pero no podemos obviar que existen procedimientos médicos indicados en situaciones como la de él, Mari. Hay que investigar la causa de ese dolor y atacarla. Incluso ver la posibilidad de hacer otro cateterismo y aplicar otros *stent*, aunque sepamos que no haya muchas esperanzas. Eso es lo indicado hacer según los protocolos de procedimientos médicos.

-Pero también existen los procedimientos humanos. En todo caso, pregúntale a él. Explicale con claridad su situación, con toda franqueza pues tiene derecho a saberlo, y que él decida Ric; sin presionarlo. Por favor, actúa en este caso más como hijo que como médico. Si se nos va a ir pronto que el tiempo que le quede sea lo menos traumático para él.

-Claro, Mari. Ante todo soy su hijo. Y antes que médico soy humano. Tú tienes razón. Ahora voy a llamar a Linda; debe estar muy preocupada. Pero inmediatamente después hablaré con papá.

A los pocos segundos llegó el doctor Quirós.

-¿Cómo está Ricardo? ¿Qué le pasó?

-Está relativamente bien, Lorenzo –respondió el doctor Rostrán-. Tuvo un fuerte dolor en el pecho, pero no llegó a infarto. Le faltó sangre por un momento al estrecharse alguna arteria o producirse un espasmo.

-Así es –dijo María Elena. ¡Gracias a Dios no llegó a infarto! Pero es un aviso... y un aviso inminente. ¡Pobre papá! ¿Saben lo que me hace sufrir más por él? ¡Que no llegue a ver al nieto que tanto ha esperado!

-¡No! ¡Ningún otro examen ni ningún procedimiento! ¡Solo mis medicinas! –don Ricardo contestó en forma categórica la consulta de su hijo.

-Te he hablado con toda franqueza, papá. Creo que estás bien claro de lo grave de la situación. ¿Aún así tu decisión es esa?

-Sí, Ric. Precisamente porque yo se lo mal que estoy. Te agradezco que no me hayas ocultado nada. Hiciste muy bien. ¡No me has defraudado hoy, hijo; igual que nunca me has defraudado en la vida! Sé que voy a morir pronto... muy pronto. Lo sé bien. Quizá hoy mismo. Pero no te preocupes por eso, porque yo no le temo a la muerte. Al contrario, ¡ansío encontrarme con Dios y con tu madre! Por eso prefiero esperar tranquilo ese momento sin que se hagan cosas inútiles.

-Está bien papá. Como tú decidas.

-¿Cómo está Linda?

-Más o menos. ¡Aguantando!

-¿Cuánto tiempo me habías dicho que esperarán?

-Lo más hasta los seis meses de embarazo, como les comentaba ayer a ti y al doctor Rostrán. Pero no sabemos si llegará o tendremos que practicar la cesárea antes.

-Estamos hablando de unos treinta días... ¿crees que aguantaré yo, Ric? Dímelo con sinceridad.

-Nadie lo sabe, papá. La verdad es que mis colegas cardiólogos están sorprendidos de que hayas llegado hasta aquí. Tu infarto fue muy serio, tus arterias coronarias están muy obstruidas, tienes más de ochenta años y cargas con otras enfermedades que agravan tu cuadro. Era de esperar otro infarto en corto tiempo, probablemente mortal. Pero, ya ves; ha pasado bastante tiempo desde entonces. ¿Cuánto pasará? No podemos saberlo.

-Sí... ¡Solo Dios lo sabe! Pero seguramente no será mucho, ¿verdad?

Ricardo guardó silencio y trató de que su padre no percibiera su verdadero estado de ánimo, su tristeza, su dolor. Se le dificultaba hablar con su padre de esa forma sin que su voz no lo delatara. Don Ricardo continuó:

-Tú tienes la gran preocupación de la salud de Linda y de que sobreviva el bebé, ¡y yo dándote lata, hijo! ¡Soy un viejo muy necio! No me hagas caso, Ric... Ya estoy chochando.

-Tranquilo papá. Te quiero mucho y me importas mucho. Cada día que puedas estar con nosotros vale mucho para mí y también para Mari, para Linda, para todos los que te queremos. Tu salud en nada interfiere con el embarazo de Linda. Así que, ¡tranquilo! No te preocupes por eso.

-En fin, hijo, ¿qué van a hacer conmigo? ¿Cuándo me voy a casa?

-Yo te quiero pedir, papá, que aunque no te hagamos ningún procedimiento permanezcas hospitalizado.

-¿Por qué, Ric?

-Te trasladaremos a una *suite* donde tendrás todas las comodidades. Además de tu dormitorio tendrás una sala para recibir visitas, televisor, computadora, lo que quieras. No tendrás que estar acostado todo el tiempo, por supuesto. Tendrás un escritorio con una amplia silla y también un cómodo sillón reclinable para tus lecturas. Tampoco estarás solo; recibirás a tus amigos y a la familia. Podrás comer los alimentos de tu gusto, solo con las mismas restricciones que tenías en casa. Pero en cuanto sientas un dolor o cualquier malestar el personal médico estará al minuto contigo. Tendrás oxígeno a mano y todos los monitores listos las 24 horas. Además, yo permanezco aquí más

tiempo que en ningún otro sitio y así puedo verte más seguido y cuidarte mejor.

“No quisiera, papá, que me dijeran un día de estos que te encontraron muerto tirado en el piso”.

-Pero, hijo; todos esos cuidados de nada servirán. No voy a vivir más tiempo por eso.

-Pero si te sucediera algo... digamos que te sucediera lo peor, tendrás oxígeno y medicamentos para el dolor que te evitarán angustias y sufrimientos. Además, nos permitirá a Mari y a mí estar a tu lado más rápidamente en ese momento. Te darán asistencia que nos permitirá acompañarte... a tiempo.

-Me estás diciendo que permanezca en la antesala de la muerte. Que una *suite* del hospital sea mi residencia hasta el día que muera. ¡Prefiero esperar la muerte en mi casa, Ric!

-Te comprendo, pero créeme que en tu estado todo sería más fácil para ti si te quedas en la *suite*.

-No me convence, hijo.

-Bien... entonces te propongo esto: quédate aquí y podrás ir a casa unas horas cada día. Digamos, por unas tres o cuatro horas. Te llevaría el conductor en tu auto, acompañado por un paramédico con cierto equipamiento, ¿sí?

-Está bien, hijo. Lo acepto temporalmente por tu tranquilidad considerando que en cualquier momento podría darse una emergencia con Linda y no quiero que al mismo tiempo tengas una preocupación por mí. Pero después de la cesárea, si llego vivo a ese día, me trasladaré a mi casa satisfecho y tranquilo.

-¿Y el *bypass*?

-No, Ric. Realmente no tiene sentido. Mi ilusión es ver a mi nieto y Linda en cualquier momento dará a luz. Una vez que eso suceda ya podré morir tranquilo. Y si este bebé que tanto deseamos no lograra superar nacer antes de tiempo, yo no podría vivir tanto para esperar otro embarazo de Linda o María Elena. No podría... ¿para qué ilusionarnos? Olvidémonos del *bypass* y de todo lo que no sean medicamentos orales. A estas alturas ya no vale la pena hacer nada más. Estoy cansado, hijo, y quiero marcharme donde tu madre. Solo le pido a Dios que me permita ver a esa criaturita viva y sana antes de irme. Pero no se lo exijo.

Ahora sé que vendrán nietos pues Linda y tú han decidido tener bebés... y parece que también María Elena. Estoy listo para partir. Sin embargo, no lo niego, ¡que felicidad sería ver tan siquiera al primero antes de morir! Pero como no depende de nosotros... ¡Acepto lo que sea y me iré tranquilo!

El doctor Ricardo Mendoza quedó internado en la cómoda *suite* del Hospital General. Su estado era delicado y su corazón dejaría de latir en cualquier instante. Debía estar en observación y en espera... ¿de qué?

Una mezcla de alegría y temor acompañaban la expectación cuando llegó aquel día en que se lograron completar los seis meses de embarazo. Según lo planificado Linda fue trasladada al hospital desde la noche anterior. Allí dos ginecólogos, dos internistas y un cardiólogo, además de Ricardo, le practicaron exhaustivos exámenes. Un pediatra, un neonatólogo y un cardiólogo pediatra exploraron la condición del bebé, incluyendo un ultrasonido. Temprano en la mañana le repitieron algunos exámenes tanto a la madre como al niño antes de trasladarla a la Sala de Operaciones de la Sección de Ginecología y Obstetricia.

La anestesista recibió a Linda y aunque la mascarilla no dejaba ver su sonrisa, ésta se adivinaba en sus ojos.

-¡Por fin, chica, vas a tener a tu bebé! ¿Estás feliz?

-Sí... pero, también preocupada.

-No te preocupes. He visto nacer a muchos prematuritos que han salido muy bien.

-Eso espero... ¡Dios lo quiera!

-Tranquila, Linda. Todos estamos optimistas, incluyendo a Ric.

-¡Yo también! ¡Yo estoy optimista!

-Lo sabemos. Eres una mujer admirable, Linda. Un gran ejemplo. Y muy valiente, por cierto. ¡Razón de más para que todo salga bien!

La anestesista inició su trabajo preparando a Linda para la anestesia epidural y canalizándole el vaso sanguíneo donde le suministrarían las sustancias que fueran indicadas.

Ricardo entró con su traje verde, mascarilla, gorro y guantes. Al verlo, Linda sonrió ampliamente.

-¿Pero quién es este hombre tan guapo escondido tras esos trapos?

-¡El dichoso esposo de esta maravillosa mujer!

-Bueno... Si lo necesitan nos salimos todos –dijo la ginecóloga, quien había entrado acompañada de un séquito de médicos de diferentes especialidades-. Así no interrumpimos este ardiente romance. –Todos rieron de buena gana.

-¿Cómo te sientes, Linda? -Le preguntó su ginecóloga, que encabezaría el equipo médico.

-Nerviosa, no lo voy a negar.

-Es natural. Ahora la anestesista iniciará la sedación y vas a sentirte mejor, más tranquila, adormecida pero consciente. Luego te pondrán la anestesia epidural para practicar la cesárea y sacar al mundo a tu bebé. Todo será rápido.

En ese momento el cardiólogo colega de Ricardo miró con preocupación el monitor que indicaba una presión demasiado alta. Con la mirada indicó su alarma a la ginecóloga y a la anestesista. Ricardo empezó a sudar frío.

El cardiólogo entonces mandó a la anestesista suministrar nifedipina intravenosa.

-¿Suspendo la sedación, doctor?

-No. Al contrario. Más bien debemos darnos prisa.

Linda escuchó.

-¿Qué pasa? –Su pregunta fue serena pero urgida. Estaba muy asustada pero lograba controlarse.

-Se ha subido la presión un poco más de la cuenta, amor –dijo Ricardo-. Pero pronto se va a controlar. Tranquila. No te preocupes. –Trató de transmitirle una tranquilidad que él mismo no sentía.

La sedación empezó a surtir efecto y Linda quedó medio adormilada.

El neonatólogo auscultó al bebé a través de la piel de Linda.

-El bebé tiene baja la frecuencia cardíaca. Pareciera que está siendo afectado por la nifedipina.

El cardiólogo pediatra mostró extrañeza:

-Pero el flujo sanguíneo al bebé por la placenta no lo afecta la nifedipina... ¡se supone! –Procedió también a

auscultarlo.- Efectivamente es muy baja la frecuencia cardíaca. ¡Qué raro! ¡Algo pasa! ¡Urge sacarlo para atenderlo fuera!

La preocupación era general en la sala.

-La presión de Linda sigue subiendo –dijo entonces el cardiólogo.

-El problema del bebé empezó con la nifedipina –dijo el cardiólogo pediatra- y si se administra más nifedipina el bebé no soportará.

-¿Otro antihipertensivo para ella, doctor? –Preguntó la anestesista al cardiólogo.

-No. Ninguno –interrumpió el neonatólogo-. El bebé está afectado con una bradicardia. No sabemos si es por la nifedipina y mejor no arriesgarlo con ningún antihipertensivo suministrado a Linda.

-Pero la presión de Linda está muy alta. Ella peligra. Si sube más podría ser fatal –expresó el cardiólogo.

Ricardo intervino dirigiéndose a la ginecóloga.

-La prioridad es la vida de Linda, ¿qué opinas tomando eso en cuenta?

-Olvidémonos de lo demás por ahora y procedamos a la cesárea sin dilación, ¡de inmediato! ¡Hay que hacer la cesárea ya! ¡No perdamos tiempo! Después por separado se atenderá a Linda y al bebé –dijo la ginecóloga.

-De acuerdo –dijo el neonatólogo.

-Igualmente –dijo el cardiólogo-. De todas maneras Linda no está reaccionando al antihipertensivo y una vez que dé a luz podría reaccionar mejor. ¡Pero debe ser rápido!

La anestesista suministró a Linda la anestesia epidural. Unos minutos después el bisturí rompía su piel buscando cómo llegar hasta un bebé que esperaban sacar con vida, con posibilidades reales de continuar viviendo, y mostrárselo a una madre que también viviera para verlo. Todos los que estaban dentro de las cuatro paredes de aquella sala de operaciones así lo deseaban a pesar de las dudas y de la fuerte tensión que se había generado; especialmente lo deseaba ardientemente el angustiado doctor Ricardo Mendoza.

Don Ricardo presionó el botón para llamar a la enfermera, quien casi al instante estaba en su *suite* del Hospital General.

-¿Llamó don Ricardo?

-Sí. Calculo que a esta hora ya debe haber nacido el bebé de mi hijo, o sea mi nieto. Es más del medio día y no he recibido ninguna noticia, por lo que supongo que en medio de la alegría y de los cuidados se han olvidado de avisarle a este viejo. Por favor, lléveme a la Sala de Neonatología donde están los bebés recién nacidos. Por cierto, éste debe estar en una incubadora.

-¿No quiere que le averigüe por teléfono?

-No, no. Aunque no me hayan avisado nada ya debería estar allí y quiero verlo.

-Entiendo que no se permite la entrada a esa sala, don Ricardo.

-Pero debe haber un ventanal o algo parecido para que los padres y otros familiares puedan ver a los bebés.

-Es cierto... está esa ventana. Lo llevaré. Siéntese en la silla de ruedas, por favor. Pero deberá ser una visita muy rápida, pues el doctor Mendoza me puede llamar la atención.

-El doctor Mendoza es mi hijo y de él me encargo yo. No se preocupe. De todas maneras será una visita muy rápida.

-Llevaremos el tanque portátil de oxígeno y se pondrá la mascarilla si es necesario, don Ricardo.

-Sí, sí, sí.... -respondió con impaciencia-. ¡Pero vamos pronto!

El camino desde la *suite* a la Sala de Neonatología se le hizo eterno a don Ricardo. Bajaron tres pisos en ascensor y circularon por interminables pasillos. Finalmente llegaron frente a una

ventana amplia en la que se podían ver varios niños recién nacidos en sus cunas y otros en incubadoras. La enfermera acercó la silla de ruedas a la ventana lo más posible y le dijo:

-Aquí espéreme por favor un momento. Iré a hablar con la enfermera supervisora de turno.

-Está bien.

Don Ricardo quedó esperando extasiado en la contemplación de todos aquellos bebés que le parecían cual más precioso. Trataba de leer sus apellidos en los diminutos brazaletes plásticos sin lograr identificar a ningún bebé Mendoza. Al cabo de un tiempo que le pareció interminable apareció su enfermera acompañada de otra.

-¡Hola don Ricardo! Soy la supervisora. Sé que está delicado del corazón y por eso he querido venir a acompañarlo en este momento.

Don Ricardo sintió un gélido vacío interno y una intensa ansiedad.

-¿Qué pasa? ¡Dígame por favor! ¿Qué pasa? ¿Está bien el bebé? ¿Y su madre?

-Calma, calma, don Ricardo. Todo está bien. Solo que nació de seis meses y hubo ciertas dificultades durante la cesárea que se superaron sin mayores problemas. Por eso está en una incubadora; es muy pequeña, como una muñequita, y su aspecto puede extrañarle. Quería advertirle para que no se asustara. Pero está bien. Los pediatras y neonatólogos dicen que se desarrollará normalmente. También la madre está en excelentes condiciones. ¡Felicidades!

El alivio que sintió don Ricardo nunca antes lo había sentido. Fue como quitarse una pesada lápida del pecho.

-¿Y dónde está el bebé?

-¡Aquí! –dijo la enfermera señalando la incubadora que acababan de colocar frente a él al otro lado del ventanal.

Don Ricardo vio el minúsculo cuerpecito de una linda bebita durmiendo tiernamente.

-¿No es linda, papá? –Dijo Ricardo que había llegado en ese momento colocándose a su lado.

-¡Es lo más lindo que he visto en mi vida, hijo!

-Por eso se llamará Linda, como su madre.

-¿Y cómo está ella?

-Muy bien. Hubo problemitas con la presión, pero ahora todo está bien. Linda está sumamente feliz, como te puedes imaginar.

-Como lo estamos todos, hijo... ¡Felicidades! ¡También a Linda! Pasaré por su habitación más tarde, por supuesto.

-¡Felicidades también a ti, abuelo! ¡Allí tienes a tu descendencia!

-Así es. Mi descendencia, por fin. ¡Gracias Dios mío! ¡Ya puede culminar mi ocaso porque he visto el nuevo amanecer!

En aquel momento la bebita abrió por un instante sus ojos y movió sus manitos quedándose de nuevo plácidamente dormida, mientras se sentía un dulce y exquisito aroma a perfume de heliotropo.

**FIN**



